

EL HILO ROJO

UNA HISTORIA SEFARDÍ



Leonardo Aníbal Chocrón

EL HILO ROJO

Una Historia Sefardí

Leonardo Aníbal Chocrón

*Para mi prima Daniela,
cuya búsqueda incansable de un hilo suelto en su historia nos llevó a
descubrir el tapiz que nos unía.
Este libro es el mapa del tesoro que empezamos a dibujar juntos.*

Índice general

La Pregunta Inicial	3
1. El Significado de un Nombre	7
1.1. El Hilo Rojo	9
1.2. Las Raíces Más Profundas: La Edad de Bronce . . .	10
1.3. La Llegada a Sefarad: Bajo el Águila de Roma	12
2. Entre Dos Imperios	15
2.1. La Sombra Visigoda	17
2.2. La Llegada del Islam	19
2.3. La Edad de Oro en Al-Andalus	19
2.4. El Principio del Fin	21
3. 1492 - La Elección Imposible	25
3.1. El Preludio: 1391	27
3.2. 1492: El Año del Apocalipsis	28
3.3. La Liquidación de una Vida	30
3.4. El Éxodo	31
3.5. La Ironía de 1492	32
3.6. Los que No Pudieron Soportarlo	33
4. La Mellah: Entre el Mar y el Palacio	35
4.1. Un Hogar en Marruecos	37
4.2. Corsarios y Consejeros	38
4.3. La Mellah: Un Mundo Aparte	39
4.4. Tetuán: Un Laberinto de Vida	40
4.5. Haketía: La Lengua del Alma	40
4.6. La Endogamia como Estrategia	41
5. Las Guardianas de la Memoria	43

5.1.	La Historia Silenciada	45
5.2.	Las Guardianas de la Haketía	45
5.3.	Los Romances: La Memoria Cantada	47
5.4.	La Noche de Henna	48
5.5.	El Traje de Novia: Un Museo Portátil	49
5.6.	La Mimouna: La Puerta Abierta	50
5.7.	El Legado Invisible	52
6.	El Ocaso de la Mellah	55
6.1.	El Declive Inexorable	57
6.2.	La Alliance: Una Ventana al Mundo	58
6.2.1.	1862: Tetuán, Primera Escuela del Mundo	59
6.2.2.	El Currículo de la Transformación	60
6.3.	De Súbditos a Ciudadanos (Potenciales)	61
6.4.	El Conflicto con la Tradición	62
6.5.	El Pasaporte a la Modernidad	63
6.6.	La Alliance como Puente	64
6.7.	América y el Sueño de la Emigración	66
7.	La Paradoja del Protectorado	67
7.1.	La Ironía de la Historia	69
7.2.	El Contexto: La Colonización de Marruecos	69
7.3.	Espanoles y Sefardíes Cara a Cara	70
7.4.	La Re-hispanización Acelerada	71
7.5.	Las Contradicciones del Protectorado	72
7.6.	Franco y la Guerra Civil	73
7.7.	El Declive Final del Protectorado	75
7.8.	El Legado del Protectorado	76

8. Argentina Tierra de Promisión	79
8.1. El Mecanismo de la Partida	81
8.2. La Llamada de las Américas	82
8.3. Una Inmigración Diferente	84
8.4. Buenos Aires: El Rastro de Mi Familia	85
8.5. Una Constelación de Apellidos	87
8.6. Triple Minoría	88
8.7. La Congregación Israelita Latina	89
8.8. El Cementerio: La Autonomía Final	90
8.9. La S del Desembarco: Una Familia Dividida	92
9. Venezuela y Estados Unidos	95
9.1. Los Primeros Sefardíes en Norteamérica	97
9.2. Venezuela: El Refugio Caribeño	99
9.3. La Gran Migración del Siglo XIX	101
9.4. Legado y Continuidad	103
10. Israel: La Otra Orilla	107
10.1. La Rama que se Separó	109
10.2. El Sionismo en Marruecos	109
10.3. El Nacimiento de Israel	110
10.4. La Operación Yachin: Éxodo Clandestino	111
10.5. Ma'abarot: Los Campos de Tránsito	112
10.6. De la Periferia al Centro	113
10.7. Mis Primos de la Otra Orilla	114
10.8. La Otra Orilla	115
11. El Regreso Simbólico	117
11.1. La Justicia Poética de 2015	119

11.2.	El Precedente Portugués	119
11.3.	El Trámite del Alma	120
11.4.	El Significado Más Allá del Documento	121
11.5.	La Reparación Simbólica	122
11.6.	El Verdadero Retorno	123
11.7.	La Ley Expira, la Memoria No	124
12.	El Manuscrito Genético	125
12.1.	El Testigo Molecular	127
12.2.	El Mosaico de Mis Orígenes: Edad de Bronce	128
12.3.	Edad de Hierro y la Identidad Fenicia	130
12.4.	Época Romana: La Mezcla Mediterránea	131
12.5.	Edad Media: La Firma Bizantina	132
12.6.	Cazadores-Recolectores y Agricultores	133
12.7.	Las Poblaciones Antiguas Más Similares	133
12.8.	Cromosoma Y y ADN Mitocondrial	135
13.	El Código Fuente de la Memoria	139
13.1.	El Ingeniero ante el Árbol	141
13.2.	Endogamia como Bug del Sistema	141
13.3.	Nodos y Grafos: La Estructura de la Sangre	143
13.4.	Los Algoritmos de la Memoria	144
13.5.	El ADN como Código Fuente	145
13.6.	El Match que Cambió Todo	146
13.7.	La Ironía Hermosa	147
13.8.	El Perfeccionamiento del Trabajo	148
13.9.	La Tecnología como Puente Temporal	148
13.10.	El Templo de Datos	149

14. Dos Mundos, Una Identidad	151
14.1. La Convergencia	153
14.2. La Ciudadela Sefardí	153
14.3. La Herencia Hispano-Católica	154
14.4. Un Experimento de Libertad	155
14.5. El Estudio Libre del Dogma	155
14.6. Mi Familia Inmediata	157
14.7. El Puente Viviente	158
14.8. La Búsqueda Sin Dogmas	159
14.9. La Continuación del Hilo Rojo	160
 El Tapiz de un Linaje	 165
 Fuentes Citadas	 177

La Pregunta Inicial

Buenos Aires, 2025.

Todo comenzó hace unos años, no con una pregunta directa, sino con un mensaje que alteró la calma de mi familia. Una mujer llamada Daniela contactó a mi madre a través de las redes sociales. No nos conocíamos, nuestros caminos nunca se habían cruzado en la vasta geografía argentina, pero ella tenía una corazonada nacida de meses de investigación genealógica: creía que mi padre podría ser el suyo.

La noticia nos sacudió a cada uno de manera distinta. Mi hermana lloraba de emoción ante la posibilidad de tener una nueva hermana. Mi padre, ya mayor, escuchaba en silencio, sin poder confirmar ni negar algo que no recordaba. Y yo, confieso que mantuve una distancia prudente, casi defensiva. Me parecía lo sensato. Forjar un vínculo tan profundo sobre una mera posibilidad, me repetía, podría traer más dolor que alegría si las pruebas decían lo contrario.

Y así fue. Cuando llegaron los resultados del ADN, descartaron la paternidad. El informe fue claro: éramos primos lejanos, pero no hermanos. La decepción de Daniela me llegó a través de mi madre, y aunque no lo admití entonces, me dejó una profunda sensación de vacío. Había sido cauto cuando debí ser empático. Había calculado cuando debí abrazar la incertidumbre.

Los meses pasaron. La vida siguió su curso hasta que un día, revisando fotos antiguas con mi madre, descubrí la imagen de una mujer con un bebé que yo no conocía. Era el hijo no reconocido de un primo cercano, un joven de veinticuatro años cuya existencia era un secreto familiar guardado bajo llave. Su padre lo había rechazado. Sus hermanas no sabían que tenían un hermano. Y yo, ahora, me encontraba siendo guardián de un secreto que no había pedido guardar.

Esa revelación me partió. Me llenó de rabia tener que mantener ese silencio, pero más aún me confrontó con mi propia hipocresía. Había sido exactamente igual de frío con Daniela. En todo momento había pensado en lo que yo consideraba mejor para mí, para mi familia, para ella incluso, pero nunca me había detenido verdaderamente a considerar sus sentimientos, su búsqueda, su necesidad existencial de conocer sus orígenes.

Así que decidí actuar. Hice lo que mejor sé hacer: resolver problemas. Localicé a Daniela en la misma plataforma de genealogía donde había comenzado su búsqueda y, esta vez, me presenté sin reservas ni cautelas. Así comenzó nuestra verdadera odisea compartida. Nos sumergimos juntos en archivos digitales, registros de inmigración con caligrafías imposibles de descifrar, actas polvorientas escaneadas en PDF borrosos. Como ingeniero, estoy acostumbrado a depurar código línea por línea hasta encontrar el error. Esto era igual, pero el código estaba escrito en hebreo cursivo del siglo XIX, en ladino medieval, en francés administrativo del protectorado. Aprendí hebreo básico para descifrar lápidas en cementerios judíos de Avellaneda, La Tablada y Mercedes. Construimos un árbol genealógico de más de mil quinientas personas, un laberinto de matrimonios endogámicos que complicaba cada paso.

Esa búsqueda tuvo su propio desenlace —que contaré brevemente al final de este libro— pero lo importante para esta historia es que fue Daniela quien tiró del primer hilo que terminó desenmarañando mi propia madeja familiar. Este libro no es sobre su búsqueda personal, aunque le debo todo el impulso inicial. Este libro es sobre lo que descubrí al seguir ese hilo: la historia de mi propia familia, del

apellido que cargo, del pueblo del que descendo sin haberlo elegido conscientemente.

Yo crecí en un hogar donde dos mundos convivían sin fricción. La rama de mi padre era judía sefardí —aunque él no practicaba la religión—, con historias de Tetuán y la travesía hacia Argentina. La rama de mi madre era católica. Me bautizaron de niño, pero de grande tomé distancia de todos los dogmas. Disfruté estudiando diversas religiones —sus textos, sus filosofías, sus narrativas— sin sentirme plenamente identificado ni con el judaísmo ni con el catolicismo. Mi casa era un espacio neutral, donde las tradiciones se recordaban pero no se imponían, donde se contaban historias familiares pero no se exigían lealtades religiosas absolutas.

Sabía algunas cosas: que veníamos de Tetuán, que la familia era judía, que había viajes en barco. Eran relatos fragmentados, repetidos en reuniones familiares pero nunca explorados a fondo. Más allá de esos hitos, el pasado se desvanecía en una niebla de leyendas imprecisas.

La investigación con Daniela cambió eso para siempre. Cada documento encontrado, cada conexión genealógica establecida, cada resultado de ADN analizado, no solo nos acercaba a resolver su misterio personal, sino que me obligaba a confrontar mi propia historia. El hilo rojo que seguíamos no era solo el suyo; era el mío, el nuestro, el de miles de familias sefardíes que hicieron el mismo viaje a través de los siglos.

Este libro es el fruto de ese viaje inesperado. Es la crónica de mi linaje, sí, pero también es la historia de cómo la búsqueda de los orígenes de una prima lejana derribó mis propias defensas emocionales y me enseñó el verdadero significado de la empatía y la pertenencia.

Es la prueba de que a veces, el hilo que tiramos para desentrañar el pasado de otro es el que termina por remendar nuestra propia alma.

Esta es mi historia, nuestra historia, tal como la descubrimos juntos, pieza por pieza, nombre por nombre, lágrima por lágrima. El hilo rojo que comienza con un antepasado pelirrojo anónimo y llega hasta mí, aquí, ahora, en Buenos Aires, escribiendo estas palabras.

Y que, si todo va bien, continuará mucho después de que yo me haya ido.

Capítulo I

El Significado de un Nombre

1.1. El Hilo Rojo

Mi investigación comenzó con la primera pista que tenía a mano: mi propio apellido. Como ingeniero de software, estoy acostumbrado a resolver problemas complejos descomponiéndolos en sus elementos más básicos, atomizándolos hasta encontrar el patrón subyacente. El apellido Chocrón, descubrí, era exactamente eso: un elemento atómico, una pista primitiva pero reveladora, un registro ancestral que había sobrevivido siglos de migraciones y cambios.

Descubrí que **Chocrón** tiene sus raíces en la lengua árabe y significa “pelirrojo” o “de cabellos muy rojos”.¹ De repente, un simple conjunto de letras en mi DNI se transformó en algo vívido y tangible: la imagen de un antepasado, un hombre de cabellos rojizos que vivió hace tanto tiempo que su rasgo físico más distintivo se convirtió en su identidad y, finalmente, en la nuestra. El título de este libro, *El Hilo Rojo*, es un homenaje directo a ese patriarca anónimo. Su cabello de fuego es el hilo que decidí seguir a través del tiempo, un rastro de color que se niega a desaparecer, un *thread* genealógico que atraviesa continentes y siglos.

Esta característica me conectó de inmediato con una tradición judía que desconocía. Se dice que los grandes reyes de Israel —Saúl, David y Salomón— eran pelirrojos, un color asociado al liderazgo y la pasión en la antigüedad.¹ David, el dulce cantor de salmos y guerrero temible, es descrito en las escrituras hebreas como *admoni*, pelirrojo. Cuando descubrí que algunas ramas de nuestra familia habían hebraizado conscientemente el apellido a **Admoni** (derivado de *adam*, “rojo”), sentí algo parecido a reconocimiento: no éramos los primeros Chocrón en buscar entender nuestro lugar en la historia judía.

Pero el origen árabe del nombre también funcionó como una brújula histórica. Me señaló directamente a la Península Ibérica medieval, a Al-Andalus, o a las comunidades del Magreb, lugares donde el árabe, el hebreo y las lenguas romances se entrelazaron durante siglos.³ Entendí que nuestro apellido no era un signo de asimilación forzada, sino de integración cultural. Mis antepasados no vivían aislados en guetos cerrados; formaban parte del tejido multicultural de su tiempo, hasta el punto de que un apodo en árabe —la lengua del poder y la cultura en Al-Andalus— se convirtió en el emblema permanente de nuestra familia.

El apellido Chocrón era un fósil viviente, el primer eslabón de una cadena que me llevaría a través de imperios y continentes, desde el Levante antiguo hasta las pampas argentinas.

Pero ese apellido árabe, acuñado en Al-Andalus medieval, era solo la capa más superficial de mi identidad. Para entender verdaderamente de dónde vengo, necesitaba rebobinar mucho más atrás, hasta los orígenes mismos de mi pueblo. El viaje me llevaría desde las callejuelas de Tetuán en el siglo XIX hasta las arenas del Levante antiguo, tres mil setecientos años en el pasado.

1.2. Las Raíces Más Profundas: La Edad de Bronce

Para entender cómo llegaron mis ancestros a esa encrucijada cultural hispano-árabe donde nació nuestro apellido, necesitaba retroceder mucho más en el tiempo. Mi viaje me llevó a la cuna misma de la civilización en la Edad del Bronce, alrededor del 1800 a.C., a una región del Medio Oriente conocida como el antiguo Levante o Canaán.³

Era como rastrear cada cambio, cada migración, hasta llegar al origen mismo.

Para un lector moderno, el Levante es la franja de tierra que hoy ocupan Israel, los territorios palestinos, Líbano, Jordania y Siria. Era una encrucijada estratégica que conectaba los grandes imperios de la antigüedad: Mesopotamia (actual Irak), Anatolia (actual Turquía) y Egipto.⁶ En ese fértil crisol de culturas se encuentran las raíces más antiguas de mi linaje.

La ciencia moderna confirma esta conexión de una manera asombrosa. Estudios genéticos realizados sobre restos humanos de hace 3,700 años demuestran que más del 90 % de la ascendencia de los habitantes actuales del Líbano proviene directamente de los cananeos de la Edad del Bronce.⁶ Los cananeos eran un pueblo de habla semítica que habitaba esta tierra, y de este sustrato poblacional surgieron múltiples grupos, incluidos los antiguos israelitas y sus vecinos culturales, los fenicios.³

Los fenicios, alrededor del 1800 a.C., se convirtieron en los grandes navegantes y comerciantes del mundo antiguo.⁷ Desde sus ciudades-estado en la costa del actual Líbano —Tiro, Sidón, Biblos—, extendieron sus redes comerciales por todo el Mediterráneo, fundando colonias en el norte de África, Sicilia, Cerdeña y, crucialmente para mi historia, en la Península Ibérica.⁷ No fue una conquista militar, sino una diáspora impulsada por el comercio, por la búsqueda de metales preciosos y rutas marítimas.⁷ Imagino a esos navegantes semitas divisando por primera vez las costas ibéricas, sin saber que sus lejanos primos culturales —mis ancestros— terminarían llamando a esa tierra Sefarad, y que ese nombre quedaría grabado en nuestra identidad para siempre.

Las leyendas de mi pueblo hablan de viajes a Tarsis —identificada por muchos historiadores con Tartessos, en el sur de la actual España— en tiempos del Rey Salomón, en el siglo X a.C.³ Aunque estas historias bíblicas son difíciles de verificar históricamente, la arqueología ha encontrado evidencias tangibles de una presencia semítica temprana en la península. Un anillo fenicio del siglo VII a.C. con inscripciones paleo-hebraicas, hallado en Cádiz —la antigua Gades, fundada por los fenicios—, es un testimonio silencioso pero elocuente de este contacto.³

Esto me hizo reflexionar: es posible que pequeñas comunidades de mercaderes y artesanos judíos, mis ancestros más remotos, se establecieran en los puertos del sur de España siglos antes de la llegada de los romanos, siguiendo las mismas rutas comerciales que sus parientes culturales, los fenicios.⁹ Ellos habrían sido la semilla de la que, mucho después, florecería la gran comunidad judía de Sefarad.

1.3. La Llegada a Sefarad: Bajo el Águila de Roma

La historia de mi familia en la tierra que llamaríamos Sefarad se consolida definitivamente con la llegada del Imperio Romano.³ La destrucción del Segundo Templo de Jerusalén en el año 70 d.C. por las legiones del general Tito fue un cataclismo que provocó la gran diáspora de nuestro pueblo.³ Miles de prisioneros judíos fueron esparcidos por todo el imperio, incluyendo Hispania (el nombre romano para la Península Ibérica), mientras que otros emigraron por su cuenta, reforzando las pequeñas comunidades que ya existían gracias a las antiguas rutas comerciales.¹¹

Esta tragedia, paradójicamente, transformó al judaísmo para siempre. Sin el Templo como centro de nuestra fe, el judaísmo se reinven-

tó, convirtiéndose en una religión portátil centrada en la sinagoga, la oración y el estudio de la Torá. Era una fe que podía sobrevivir en cualquier lugar, una patria espiritual que se llevaba en el corazón y en los libros sagrados.⁵

Descubrí pruebas irrefutables de esta presencia judía temprana en Hispania: lápidas trilingües —en hebreo, latín y griego— en ciudades como Tarragona y Tortosa, evidencia de comunidades cultas e integradas en el mundo romano.³ Y la más conmovedora de todas las evidencias: la tumba de una niña llamada **Salomonula** en Adra (la antigua Abdera, en Almería), del siglo III d.C.³ Ese diminutivo latino de un nombre hebreo me partió el corazón cuando lo descubrí. Era un símbolo perfecto de la identidad híbrida de aquellos primeros judíos hispanos: judía en su nombre hebreo, romana en su forma latina, universal en su niñez truncada. Me pregunto si sus padres imaginaban que, diecisiete siglos después, alguien como yo —un descendiente remoto de esa misma comunidad— leería su epitafio digital y se emocionaría por ello.

Bajo el Imperio Romano, mis antepasados vivían como una *religio licita*, una religión permitida bajo la ley romana.³ Eran comerciantes y artesanos, gozando de una considerable autonomía comunitaria, aunque su monoteísmo estricto y sus costumbres distintivas a menudo generaban recelo entre sus vecinos paganos. Fue en esa Hispania romana, cosmopolita y conectada por las calzadas y rutas marítimas del imperio, donde el linaje Chocrón echó sus primeras raíces ibéricas documentadas.

No lo sabían entonces, pero comenzaban una historia de amor y dolor con esa tierra que duraría más de mil trescientos años.

Capítulo 2

Entre Dos Imperios

2.1. La Sombra Visigoda

El relativo equilibrio de la era romana se hizo añicos con el declive del Imperio Romano de Occidente en el siglo V d.C. Las grandes migraciones de pueblos germánicos reconfiguraron Europa, y en la Península Ibérica, los visigodos establecieron su reino. Durante las primeras décadas, los judíos mantuvieron cierta estabilidad, pero todo cambió en el año 587 d.C.

Ese año, el rey visigodo Recaredo se convirtió al catolicismo, abandonando el arrianismo —una rama del cristianismo considerada herética por la Iglesia de Roma—. ⁶¹ Este acto aparentemente religioso tuvo consecuencias políticas devastadoras. De la noche a la mañana, mis antepasados pasaron de ser una minoría tolerada a convertirse en el objetivo de una monarquía obsesionada con la unificación religiosa. Comenzó una larga y oscura era de persecución sistemática.

Cuando leo sobre esto, no puedo evitar pensar en patrones. Como ingeniero, busco patrones en todo: en código, en datos, en historias. Y este patrón —la conversión religiosa de un gobernante que desata persecución— se repetiría una y otra vez a lo largo de nuestra historia. Era como un *bug* fatal en el sistema operativo de la Europa medieval: cada vez que un reino buscaba consolidar su poder, los judíos pagábamos el precio.

La hostilidad no era completamente nueva. Ya el Concilio de Elvira, a principios del siglo IV, mostró señales preocupantes: prohibió los matrimonios mixtos y el compartir mesa entre judíos y cristianos.³ Pero bajo los reyes visigodos católicos, estas restricciones se convirtieron en política de estado. Se impusieron conversiones

forzadas, se restringieron profesiones consideradas “honorables”, se promulgaron leyes cada vez más humillantes.

Fue en este período de opresión cuando se formaron las primeras *aljamas* o juderías: barrios segregados donde la comunidad judía se replegó para sobrevivir.³ No eran guetos en el sentido moderno —ese horror vendría después—, sino espacios de autodefensa comunitaria. Allí, mis ancestros fortalecieron sus lazos internos, sus instituciones religiosas y educativas, como un acto de resistencia cultural.

Era una arquitectura de supervivencia: muros físicos para protegerse de la violencia externa, muros espirituales de tradición y estudio para mantener viva la identidad. Un sistema de redundancia cultural, diría yo ahora.

La persecución alcanzó su punto más brutal bajo el rey Égica, a finales del siglo VII. Llegó a decretar la esclavitud de todos los judíos del reino, acusándolos de conspirar con los musulmanes del norte de África para derrocar el reino.³ No importaba que la acusación fuera absurda; la paranoia y el odio religioso no necesitan lógica.

Imagino el miedo que se instaló en las casas de mis antepasados durante aquellos años. El terror de escuchar golpes en la puerta en medio de la noche. La angustia de ver a tus hijos crecer en un mundo que los odiaba por el simple hecho de existir. Pero también imagino la resiliencia, la determinación férrea de mantener viva su fe, su lengua, su identidad. Esa cohesión forjada en el sufrimiento sería fundamental para su supervivencia en los siglos venideros.

A veces me pregunto de dónde sacaron esa fuerza. Yo, que vivo en un mundo relativamente seguro, en un país donde puedo ser quien quiero ser, ¿tendría esa misma capacidad de resistir?

2.2. La Llegada del Islam

En el año 711 d.C., todo cambió nuevamente. Los ejércitos musulmanes, liderados por Tariq ibn Ziyad, cruzaron el estrecho desde el norte de África y derrotaron a las fuerzas visigodas en la batalla de Guadalete. En apenas unos años, la mayor parte de la península cayó bajo control islámico.

Para las comunidades judías, esta conquista fue una liberación. Los musulmanes no los veían como enemigos religiosos, sino como *dhimmis*: “Gente del Libro”, es decir, pueblos que compartían con el islam una revelación monoteísta y merecían protección y tolerancia a cambio de un impuesto especial.³ Después de décadas de persecución visigoda, esta nueva realidad debió sentirse como un milagro.

Es irónico, ¿no? Los que hoy algunos presentan como enemigos naturales —judíos y musulmanes— fueron aliados durante siglos. Esta parte de la historia se olvida demasiado a menudo, o se omite deliberadamente. Pero yo la encontré en los documentos, en las lápidas bilingües, en los nombres árabes de mis ancestros judíos.

Así comenzó lo que hoy conocemos como la “Edad de Oro” del judaísmo español, un período de florecimiento cultural sin precedentes que duraría casi cuatro siglos.³

2.3. La Edad de Oro en Al-Andalus

En ciudades como Córdoba, Granada y Lucena —esta última habitada casi exclusivamente por judíos durante siglos—, la vida de mis antepasados alcanzó un desarrollo extraordinario.³ Córdoba, en particular, se convirtió en un faro de civilización que rivalizaba con Bagdad y Constantinopla. Mientras gran parte de Europa vivía lo

que algunos historiadores llaman la “Alta Edad Media”, Al-Andalus brillaba con luz propia.

Intento imaginarme caminando por las callejuelas de Córdoba en el año 1000: escucharía árabe, hebreo, latín, romance mozárabe, todo mezclándose en los zocos. Vería mezquitas, sinagogas e iglesias a pocas cuadras de distancia. Olería especias de Oriente, escucharía debates filosóficos en las plazas.

Bajo el dominio musulmán, mis ancestros gozaban de libertad de culto y considerable autonomía comunitaria. Sí, debían pagar la *jizya*, un impuesto especial para no musulmanes, y existían ciertas restricciones —no podían construir sinagogas más altas que las mezquitas, no podían ocupar ciertos cargos públicos—, pero comparado con la persecución visigoda, era un paraíso.

En este ambiente multicultural surgieron algunas de las figuras más brillantes de la historia judía. Pienso en **Maimónides** (1138-1204), el gran filósofo y codificador de la ley judía, nacido en Córdoba. Pienso en **Yehuda Halevi** (1075-1141), el poeta y filósofo de Toledo. Pienso en **Ibn Gabirol** (1021-1058), cuya poesía en hebreo alcanzó alturas místicas mientras escribía filosofía en árabe.

Era un mundo donde un judío podía ser médico del califa, donde las sinagogas funcionaban como centros de estudio del Talmud y la filosofía griega traducida al árabe, donde se componían poemas en tres lenguas: hebreo para lo sagrado, árabe para lo culto y romance para lo cotidiano.

Fue en este mundo vibrante y políglota donde, muy probablemente, mis ancestros recibieron el apodo que se convertiría en nuestro apellido permanente: **Chocrón**. Alguien de la familia debió destacarse por su cabello rojizo, ese rasgo que llamaba la atención, y

en una sociedad donde el árabe era la lengua del poder y la cultura, ese apodo árabe se quedó pegado. No era asimilación forzada; era integración natural en una sociedad cosmopolita.

Me gusta pensar que ese antepasado pelirrojo era alguien notable. Quizás un médico, un poeta, un comerciante exitoso. O quizás simplemente era alguien querido en su comunidad, y su cabello rojo se convirtió en su seña de identidad. Nunca lo sabré. Pero cada vez que escribo mi apellido, pienso en él.

La identidad de mis ancestros se forjó en esta simbiosis única. Eran judíos devotos que estudiaban Talmud y observaban la Torá, pero también eran hombres y mujeres de su tiempo: hablaban árabe con fluidez, leían poesía persa, conocían la filosofía aristotélica filtrada por comentaristas musulmanes. Esta riqueza cultural, este equilibrio entre particularidad judía y participación en la cultura universal, quedaría grabado en nuestra memoria colectiva como un paraíso perdido.

Cuando descubrí esto, algo encajó en mí. Yo, que crecí entre dos mundos religiosos sin pertenecer completamente a ninguno, que me siento cómodo en múltiples culturas sin ser completamente de ninguna, estaba repitiendo sin saberlo el patrón de mis ancestros andalusíes. Ellos también vivieron en los márgenes, en las intersecciones. Y prosperaron ahí.

2.4. El Principio del Fin

Pero la Edad de Oro no fue eterna. A partir del siglo XI, la estabilidad de Al-Andalus comenzó a resquebrajarse. El califato de Córdoba se fragmentó en pequeños reinos llamados *taifas*, que gue-

rreaban entre sí y eran presa fácil para los reinos cristianos del norte, que avanzaban implacables en lo que llamarían la Reconquista.

La llegada de dinastías musulmanas más fundamentalistas desde el norte de África —primero los almorávides en el siglo XI, luego los almohades en el XII— trajo una nueva era de intolerancia.³ Estos nuevos gobernantes no tenían paciencia para la *convivencia* multicultural. Veían a judíos y cristianos no como “Gente del Libro” a proteger, sino como infieles a convertir o expulsar.

Un evento particularmente traumático fue la masacre de la comunidad judía de Granada en 1066.¹⁸ Más de 4.000 judíos fueron asesinados en un pogromo que anticipaba horrores futuros. La comunidad que había florecido durante siglos, que había dado médicos, poetas y eruditos, fue prácticamente aniquilada en una sola noche de violencia.

Cuatro mil personas. Intento visualizar esa cifra: es como si borrarán de un solo golpe toda la población de un pueblo. Familias enteras, bibliotecas de conocimiento oral, tradiciones, canciones, recetas, historias. Todo perdido en una noche.

Y lo peor es que Granada 1066 no fue un caso aislado. Era el primer capítulo de una larga historia de violencia que mis ancestros tendrían que aprender a esquivar, a sobrevivir, a absorber como un costo inevitable de existir.

Ante estas nuevas presiones, muchas familias —seguramente la mía entre ellas— comenzaron un éxodo masivo hacia los reinos cristianos del norte: León, Castilla, Navarra, Aragón.³ Era una ironía amarga: huir de la intolerancia musulmana hacia tierras cristianas que, no mucho tiempo atrás, habían sido igualmente hostiles.

Al principio, los monarcas cristianos nos acogieron con los brazos abiertos. Necesitaban nuestras habilidades administrativas, nuestros contactos comerciales, nuestro conocimiento de las finanzas. Nos dieron privilegios, protección real, autonomía comunitaria. Pero a medida que la Reconquista avanzaba y el fervor religioso cristiano crecía, esa tolerancia pragmática comenzó a erosionarse.

La Edad de Oro había terminado. Lo que vendría después sería mucho más oscuro.

Pero todavía no lo sabían. Todavía creían que podrían volver a encontrar ese equilibrio, esa convivencia. Todavía tenían esperanza. Esa esperanza duraría otros doscientos años, hasta 1492.

Capítulo 3

1492 - La Elección Imposible

3.1. El Preludio: 1391

Antes de 1492, hubo 1391. Este año marca un punto de inflexión en la historia de los judíos españoles, un ensayo general del horror que vendría un siglo después.

Europa aún no se había recuperado del trauma de la Peste Negra, que entre 1347 y 1353 había matado a casi un tercio de su población. En muchos lugares, los judíos habían sido masacrados como chivos expiatorios, acusados de envenenar pozos o de pactar con el diablo para causar la plaga.⁶³ España escapó relativamente ilesa de esos pogroms, pero la tensión social permanecía.

En 1391, esa tensión explotó. Una ola de violencia antijudía, avivada por predicaciones incendiarias del arcediano de Écija, Ferrán Martínez, barrió las juderías de las Coronas de Castilla y Aragón. Comenzó en Sevilla en junio y se extendió como un incendio: Córdoba, Toledo, Barcelona, Valencia, Palma de Mallorca. Masacres, saqueos, incendios.¹⁶

Las cifras son imprecisas, pero se estima que miles de judíos murieron. Pero lo más devastador no fue la violencia física, sino lo que vino después: aterrorizados, decenas de miles de judíos se vieron forzados a convertirse al cristianismo para salvar sus vidas. Así nació la compleja y trágica figura del *converso* o *cristiano nuevo*.

Algunos conversos abrazaron sinceramente su nueva fe. Otros la practicaron en público mientras mantenían el judaísmo en secreto —los que la Inquisición llamaría despectivamente *marranos*. Y otros más quedaron en un limbo existencial, sin ser plenamente aceptados como cristianos ni poder volver al judaísmo.

Cuando leo sobre los conversos, pienso en identidades fragmentadas, en conflictos internos que nunca se resolvieron. ¿Quién sos

cuando no podés ser quien sos? ¿Cómo te reconciliás con vos mismo cuando tu identidad pública y tu identidad privada están en guerra constante? Mis ancestros tuvieron que enfrentar esa pregunta muchas veces a lo largo de los siglos.

Para las comunidades judías que sobrevivieron intactas, el mensaje fue claro: el mundo se había vuelto un lugar oscuro y peligroso. La tolerancia medieval, siempre frágil, se estaba desmoronando.

Era el preaviso del terremoto. Pero mis ancestros, como la mayoría, eligieron creer que lo peor ya había pasado. Se equivocaban.

3.2. 1492: El Año del Apocalipsis

El año 1492 es una fecha grabada a fuego en la memoria judía. Para España, fue el año del triunfo; para nosotros, el año de la catástrofe.

El 2 de enero, los Reyes Católicos —Isabel de Castilla y Fernando de Aragón— entraron triunfantes en Granada. El último bastión musulmán en la península había caído. Después de casi ocho siglos, la Reconquista estaba completa.¹⁶ Con la unificación territorial consumada, los monarcas fijaron su mirada en el siguiente objetivo: la unificación religiosa.

El 31 de marzo, en el palacio de la Alhambra recién conquistado, firmaron el **Edicto de Expulsión**. El documento, redactado bajo la influencia de la Inquisición —particularmente del inquisidor general Tomás de Torquemada—, presentaba a toda la población judía de sus reinos una elección brutal.

La ironía es brutal: firmaron el edicto en la Alhambra, el palacio construido por musulmanes, decorado con caligrafía árabe, símbolo máximo de la convivencia multicultural que estaban destruyendo

sistemáticamente. Era como borrar siglos de memoria cultural para imponer una sola verdad, una sola fe, una sola identidad.

La lógica oficial era proteger a los conversos de la “judaización”. La Inquisición argumentaba que mientras hubiera judíos practicantes en España, los cristianos nuevos estarían tentados a volver a su antigua fe. La solución, por tanto, era eliminar la tentación eliminando a los judíos: por conversión o por expulsión.

Para mi familia Chocrón, como para las decenas de miles de familias judías en Sefarad, la noticia debió caer como una sentencia de muerte. Se nos daba un plazo de apenas cuatro meses, hasta el 31 de julio de 1492, para tomar una decisión que desgarraría el tejido mismo de nuestra existencia:

1. Abandonar la fe de nuestros antepasados, la ley de Moisés que habíamos observado durante más de mil años, y aceptar el bautismo cristiano.
2. Abandonar la única patria que habíamos conocido, la tierra donde nuestros ancestros habían vivido, amado, trabajado y sido enterrados durante más de un milenio.¹⁷

No había una tercera vía. No había negociación posible. Era una elección entre el alma y el hogar, entre la identidad y la tierra, una fractura existencial que definiría el destino del pueblo sefardí para siempre.

Intento imaginarme en esa situación. Intento ponerme en los zapatos de ese antepasado Chocrón que tuvo que elegir. ¿Qué hubiera hecho yo? ¿Tendría el coraje de dejarlo todo? ¿O hubiera racionalizado la conversión como tantos otros, diciéndome que la supervivencia importa más que los principios?

3.3. La Liquidación de una Vida

La primavera y el verano de 1492 fueron testigos de una tragedia humana de proporciones inmensas. Las juderías de toda España se convirtieron en un hervidero de actividad febril y desesperada.

Mis antepasados se vieron obligados a liquidar en cuestión de semanas el patrimonio acumulado durante generaciones. Casas, tierras, talleres, negocios: todo debía venderse o abandonarse. Y los compradores, sabiendo que los vendedores no tenían opción, ofrecían precios irrisorios. Las crónicas hablan de casas vendidas por el precio de un burro, de viñedos enteros cambiados por un pedazo de tela.

Peor aún, el edicto prohibía expresamente sacar oro, plata o monedas del reino. Los judíos debían convertir su riqueza en bienes transportables o en letras de cambio de dudosa fiabilidad. Era un despojo sistemático, una ruina económica organizada.

Imagino a mis ancestros en aquellos días: ¿qué llevar, qué dejar? ¿Qué objetos podían representar una vida entera? Libros sagrados, seguro. Quizás algunos objetos rituales: candelabros, copas de kidush. Algo de ropa. Herramientas del oficio si eran artesanos. Y, según la leyenda que ha perdurado durante siglos, las llaves de sus casas, guardadas con la esperanza —absurda, desesperada— de poder regresar algún día.¹⁹

Las llaves. Ese detalle me obsesiona. ¿Las llevó mi familia? ¿Las guardó alguien durante generaciones, transmitiéndolas de padres a hijos como un símbolo de lo que perdimos? ¿O las dejaron sobre la mesa, un último gesto de resignación?

3.4. El Éxodo

El cronista Andrés Bernáldez, cura de Los Palacios y capellán del arzobispo de Sevilla, describió el éxodo con una mezcla de asombro y desdén. Escribió sobre “chicos y grandes, viejos y niños, a pie y caballeros en asnos y otras bestias, y en carretas”, avanzando lentamente hacia los puertos designados.¹⁶

Eran caravanas interminables. Se estima que entre 40,000 y 100,000 judíos abandonaron España en ese verano de 1492 —Las cifras exactas se perdieron en la historia. Iban hacia los puertos del Mediterráneo y del Atlántico: Cartagena, Málaga, Cádiz, Barcelona, Valencia. Algunos iban hacia Portugal, otros hacia Navarra. Pero para los judíos del sur de España, el destino más lógico era cruzar el estrecho hacia el Norte de África.¹⁵

El viaje no era un simple cruce. Los caminos hacia los puertos estaban plagados de bandidos que asaltaban a los refugiados indefensos. Los capitanes de barco, conociendo la desesperación de sus pasajeros, cobraban tarifas exorbitantes y, en algunos casos, los robaban y abandonaban en islas desiertas o costas inhóspitas.¹⁸

Las condiciones en los barcos eran espantosas: hacinamiento, falta de agua y comida, enfermedades. Muchos, especialmente niños y ancianos, murieron en el trayecto. Sus cuerpos eran arrojados al mar, sin sepultura, sin kadish.

Sin kadish. Eso me parte. En la tradición judía, el kadish —la oración por los muertos— es sagrado. Es lo último que podés hacer por alguien que amaste. Y esos niños, esos ancianos, fueron tirados al Mediterráneo como lastre, sin ninguna de las ceremonias que sus familias habían practicado durante mil años.

Me pregunto cuántos Chocrón murieron en ese cruce. Cuántos de mis ancestros potenciales nunca llegaron a Tetuán, nunca tuvieron hijos, nunca pasaron sus genes hacia adelante. Yo existo porque alguien sobrevivió ese viaje. Pero ¿cuántos otros no?

3.5. La Ironía de 1492

Hay una ironía histórica que no puedo dejar de mencionar. En el mismo año en que España expulsaba a los judíos, los Reyes Católicos financiaban el viaje de Cristóbal Colón hacia el oeste.⁶⁵ Mientras mi pueblo era arrancado de raíz de su tierra, se abría un Nuevo Mundo que, siglos después, se convertiría en refugio para sus descendientes.

Algunos historiadores especularon que el mismo Colón podría haber tenido orígenes conversos, aunque esto es debatido.⁶⁴ Lo que es indiscutible es que varios miembros de su tripulación eran conversos, y que su viaje fue financiado en parte por Luis de Santángel, un funcionario real de origen converso.⁶⁵

La fecha misma del primer viaje de Colón es significativa: zarpó del puerto de Palos el 3 de agosto de 1492, apenas dos días después del plazo límite para la expulsión judía. Dos viajes, en direcciones opuestas, definieron el destino de España y del mundo.

Y aquí estoy yo, cinco siglos después, viviendo en uno de esos territorios que Colón ayudó a “descubrir” —aunque ya estaban poblados, claro—. Mis ancestros fueron expulsados del Viejo Mundo en el mismo momento en que se abría el Nuevo. Si hubiera una prueba de que la historia es irónica, sería esta.

España perdió a los judíos en 1492. Pero el Nuevo Mundo, eventualmente, nos recibiría. No de inmediato —tuvimos que esperar siglos—, pero eventualmente. La historia tiene patrones circulares.

3.6. Los que No Pudieron Soportarlo

Pero la historia de 1492 no termina con la partida. Hay un capítulo que rara vez se cuenta, uno que me conmovió profundamente cuando lo descubrí: el de los que se fueron y no pudieron soportar el exilio.

Las crónicas revelan que muchos de los que llegaron al Norte de África enfrentaron condiciones tan terribles —hambre, enfermedad, violencia, rechazo de las comunidades locales— que no pudieron seguir adelante. En Málaga, por ejemplo, centenares de judíos que habían partido regresaron a España meses después, suplicando el bautismo.¹⁶

Los registros muestran que estos retornos de “tornadizos” continuaron ocurriendo hasta al menos 1499.¹⁶ Era un proceso agonizante: primero la decisión de partir, con todo el dolor que implicaba; luego el horror del exilio; finalmente, la humillación de volver derrotados, aceptando la conversión que habían rechazado.

Este hecho desmiente la narrativa heroica de un pueblo que eligió el exilio con firmeza inquebrantable. La realidad fue mucho más compleja, más humana, más dolorosa. Muchos dudaron. Muchos se arrepintieron. Muchos no pudieron soportar el precio de su lealtad.

Y no los juzgo. ¿Cómo podría? No estuve ahí. No sé lo que es ver a tus hijos morir de hambre. No sé lo que es llegar a una tierra extraña donde nadie te quiere. No sé lo que es la desesperación absoluta.

Los que volvieron y se convirtieron no eran cobardes. Eran humanos. Hicieron lo que pudieron con las opciones imposibles que les dieron.

La decisión de mis antepasados Chocrón de perseverar en su fe y continuar hacia el Magreb, estableciéndose finalmente en Tetuán,

no fue solo un acto de piedad religiosa. Fue una proeza de extraordinaria resistencia física, psicológica y espiritual. Eligieron el futuro incierto sobre la traición a sí mismos. Eligieron ser extranjeros en una tierra nueva antes que extraños en su propia piel.

Esa elección, tomada hace más de quinientos años en medio del caos y el terror, es la razón por la que yo existo hoy, aquí en Buenos Aires, escribiendo estas líneas. Es la razón por la que puedo llamarme judío.

Pero también es una carga. Porque esa elección me obliga a preguntarme: ¿qué hubiera hecho yo? ¿Estoy a la altura de ese sacrificio? ¿Vivo mi vida de una manera que honre esa decisión?

No tengo respuestas fáciles. Solo gratitud, asombro y una sensación abrumadora de deuda con gente que nunca conocí pero a la que le debo todo.

Capítulo 4

La Mellah: Entre el Mar y el Palacio

4.1. Un Hogar en Marruecos

Al desembarcar en las costas del Norte de África, los judíos españoles —conocidos en hebreo como *megorashim* (expulsados)— no llegaron a un vacío. Se encontraron con comunidades judías ya existentes, los *toshavim* (residentes), que habían vivido en el Magreb durante siglos y cuya lengua principal era el árabe.⁴

La relación entre estos dos grupos no siempre fue fácil. Los *megorashim* llegaban como refugiados, despojados de sus bienes pero no de su orgullo cultural. Se consideraban herederos de la gran tradición sefardí, portadores de una cultura superior forjada en la Edad de Oro de Al-Andalus. Los *toshavim*, por su parte, los veían como intrusos arrogantes que competirían por recursos escasos en comunidades ya sobrepobladas.

En lugar de asimilarse completamente, los *megorashim* establecieron sus propias comunidades en ciudades como Tetuán, Fez, Tánger y Larache.⁴ Formaron “Santas Comunidades de los Expulsados de Castilla”, se organizaron según sus propias tradiciones, mantuvieron celosamente su lengua —el castellano del siglo XV— y se rigieron por la legislación rabínica castellana que habían traído consigo.⁴

La ciudad de **Tetuán**, en particular, se convirtió en uno de los centros más importantes para los *megorashim*, y es aquí donde mi familia Chocrón echó nuevas raíces.²⁵ Durante casi cuatrocientos años, esta ciudad en el norte de Marruecos sería nuestro hogar. Durante generaciones, nuestra identidad no sería simplemente “judía” o “marroquí”, sino específicamente “sefardí”, “castellana”: una rama de España trasplantada en suelo africano, manteniendo viva la memoria de la patria perdida.

4.2. Corsarios y Consejeros

Los siglos XVI, XVII y XVIII no fueron tiempos de silencio en el Magreb. Fueron tiempos de pólvora. Lejos de ser víctimas sumisas, muchos de los expulsados se convirtieron en actores geopolíticos de primer orden, impulsados por una emoción humana muy potente: la sed de venganza contra el Imperio Español.

Tetuán y Salé se convirtieron en nidos de corsarios. Y en esos barcos piratas que azotaban las costas de España y capturaban galeones en el Atlántico, a menudo había socios y financiadores judíos. Los *megorashim* conocían la lengua del enemigo, sus rutas comerciales y sus debilidades. Se formó una alianza tácita entre los corsarios musulmanes y la élite comercial judía. Nosotros poníamos el capital, la red de inteligencia y la gestión de los rescates de cautivos; ellos ponían los barcos y las espadas. Era una guerra privada contra la Inquisición librada desde el mar. Imaginar a un antepasado mío no solo como un rabino encorvado sobre un libro, sino quizás como un armador que financiaba una fragata corsaria para hostigar a la flota de Felipe II, añade una dimensión de agencia y rebeldía a mi linaje que me llena de asombro.

Pero mientras algunos miraban al mar, otros miraban al palacio. En estos siglos surgió la figura del “Judío de Corte” o *Nagid*. Sultanes poderosos como Mulay Ismail confiaron su diplomacia y sus finanzas a familias judías de élite. Familias como los Benatar, los Rojé o los propios Benarroch actuaron como embajadores ante las potencias europeas. Eran los únicos que dominaban los idiomas y los códigos culturales de Europa. Negociaban tratados de paz, importaban armas y gestionaban el tesoro real. Vivían en una paradoja peligrosa: inmensamente ricos y poderosos un día, y al siguiente podían ser

ejecutados si el Sultán cambiaba de humor. Pero durante 300 años, demostraron que los sefardíes éramos indispensables. No éramos un cuerpo extraño enquistado en el Magreb; éramos el cerebro financiero y el brazo diplomático de Marruecos ante el mundo.

4.3. La Mellah: Un Mundo Aparte

Pero más allá de las intrigas de palacio y el estruendo de los cañones corsarios, la verdadera historia de nuestra supervivencia se escribía en el silencio de las piedras. La vida cotidiana de mi familia transcurría dentro de la *mellah*, el barrio judío. A diferencia del gueto europeo, la *mellah* fue una institución creada por los sultanes marroquíes para ofrecer a la comunidad judía una forma de protección bajo la autoridad directa del trono.²⁵

El trato era claro: a cambio de esta protección y del derecho a practicar su religión, los judíos tenían el estatus de *dhimmi*, una minoría tolerada pero subordinada que debía pagar impuestos especiales (*jizya*) y acatar ciertas restricciones humillantes.²⁵ No podían montar a caballo, debían usar ropa distintiva y caminar por ciertas calles descalzos como señal de respeto. Eran reglas diseñadas para recordarnos constantemente nuestro lugar en la jerarquía social. Pero dentro de los muros de la *mellah*, teníamos autonomía. Nuestros propios tribunales rabínicos, nuestras propias instituciones, nuestra propia vida comunitaria. Es como si hubieran tomado la segregación y la hubieran convertido en una fortaleza. ‘¿Nos encierran en un barrio? Perfecto, hagamos de ese barrio un mundo completo.’

4.4. Tetuán: Un Laberinto de Vida

La *mellah* de Tetuán era un microcosmos vibrante y superpoblado.²⁵ Imagino a mis antepasados caminando por sus callejuelas estrechas y sinuosas, donde el sol apenas penetraba entre las casas de varios pisos construidas tan juntas que casi se tocaban. El espacio era escaso, así que se construía hacia arriba. Las familias vivían hacinadas: padres, hijos, abuelos, tíos, todos bajo el mismo techo.

Pero había una vitalidad extraordinaria en ese hacinamiento. El bullicio constante de la vida comunitaria: niños jugando en las calles, mujeres charlando desde los balcones, comerciantes pregonando sus mercancías, estudiantes de la *yeshivá* debatiendo puntos del Talmud. Nacías en la mellah, te educabas en la mellah, te casabas en la mellah, morías en la mellah. Era un circuito cerrado, autosuficiente. Todo lo que necesitabas para vivir como judío, para mantener tu identidad, estaba ahí.

4.5. Haketía: La Lengua del Alma

En el corazón de esta identidad latía un tesoro único: su lengua, la **Haketía**. Más que un simple dialecto, la Haketía era el alma de Sefarad, una patria portátil que los *megorashim* llevaron consigo al exilio y preservaron con devoción durante siglos.⁷

La Haketía nació del castellano hablado en la España del siglo XV y evolucionó de manera única en su nuevo hogar africano.⁴ Se enriqueció con un léxico hebreo y arameo para los asuntos religiosos, y con préstamos del árabe marroquí para la vida cotidiana. Era la lengua de la intimidad, de las canciones de cuna, de la memoria colectiva. Hablar Haketía no era solo comunicarse; era afirmar una

identidad, mantener un vínculo vivo y tangible con la patria perdida. Era decir: “Somos de Sefarad. No lo hemos olvidado. Nunca lo olvidaremos.”

4.6. La Endogamia como Estrategia

Al profundizar en los registros familiares, descubrí que casarse dentro de la propia comunidad —e incluso dentro de la familia extensa— era una estrategia de supervivencia fundamental. Los matrimonios entre primos eran no solo comunes, sino a menudo preferidos. Era una forma de garantizar la continuidad del linaje y de mantener la cohesión de una comunidad minoritaria y vulnerable.

Cuando comencé a construir el árbol genealógico para ayudar a Daniela, me enfrenté a la complejidad resultante de siglos de esta práctica. Los mismos nombres aparecían una y otra vez. Las líneas familiares se entrecruzaban constantemente. Una persona podía ser mi ancestro a través de múltiples caminos diferentes. Era como un tejido donde los mismos hilos se entrelazan una y otra vez, creando un patrón denso y complicado. La mellah ya no existe. La Haketía casi se extinguió. Pero los patrones persisten. Las redes familiares siguen siendo densas. Y yo, cinco siglos después de la expulsión, sigo tratando de entender de dónde vengo.

Capítulo 5

Las Guardianas de la Memoria

5.1. La Historia Silenciada

En el capítulo anterior describí la vida en la mellah: sus instituciones, su estructura, sus tradiciones. Pero hay una dimensión fundamental de esa historia que aún no he contado, porque la historia oficial, esa que se escribe en los libros de actas de las sinagogas y en los árboles genealógicos, es a menudo una historia de hombres. Son los apellidos paternos los que se rastrean con obsesión genealógica. Son los rabinos los que aparecen en las crónicas. Son los padres los que firman los contratos comerciales y los documentos legales.

Pero la historia real —la que se huele en la cocina, la que se canta en las bodas, la que se transmite de abuela a nieta en susurros y abrazos— fue obra casi exclusiva de las mujeres.

En mi familia, como en todas las familias sefardíes, las mujeres fueron las verdaderas guardianas de la llama. Y durante siglos, su trabajo fue invisible, no registrado, no celebrado. Hasta ahora.

Cuando empezamos a construir el árbol genealógico, los nombres de las mujeres desaparecían después de dos o tres generaciones. Sabía el nombre de mi bisabuelo paterno, pero no el de mi bisabuela. Conocía la historia de cómo mi tatarabuelo llegó a Argentina, pero su esposa era solo ‘la mujer de’.

Pero yo sabía, intuitivamente, que sin esas mujeres sin nombre, yo no estaría acá.

5.2. Las Guardianas de la Haketía

Fueron las mujeres las que preservaron la **Haketía** cuando los hombres comenzaban a abandonarla.²⁷ En el mundo público —en el zoco, en las oficinas, en las escuelas de la Alliance— los hombres

aprendieron a hablar francés, español moderno, árabe clásico. Eran las lenguas del comercio y del poder.

Pero en la intimidad del hogar, en la cocina donde se preparaban las comidas, en la alcoba donde se cantaban las canciones de cuna, en las reuniones de mujeres donde se compartían los chismes y las penas, la Haketía seguía viva.²⁷

Eran las madres las que transmitían los refranes antiguos, esas perlas de sabiduría popular que databan de la España medieval:

- *“Mal tenga el quien de mi habló, ma más mal tenga el que me lo contó.”*
- *“Addlea la gotera, adobaras la cazza entera”* (Cuidar los detalles pequeños, evita problemas grandes)
- *“Se ajuntaron la hambre con las ganas de comer”* (Apuesto a que esta ya la conocen)

Eran las abuelas las que contaban los cuentos tradicionales, las historias de princesas y reyes que habían viajado desde Toledo hasta Tetuán en la memoria colectiva.

Y eran las tías y las hermanas mayores las que enseñaban a las niñas pequeñas cómo hablar “correctamente” en Haketía, con todos sus matices y sus palabras hebreas entreveradas para los conceptos religiosos.

Ahora, cuando escucho grabaciones de Haketía en YouTube, intento imaginar cómo sonaba su voz. Qué canciones habría cantado. Qué historias habría contado si alguien se hubiera molestado en preguntarle, en grabarla, en preservar aunque sea un fragmento de ese mundo que se estaba muriendo.

Cuando un hombre de mi familia hablaba Haketía en 1900, probablemente lo hacía con acento francés o español, contaminado por

las lenguas del mundo moderno. Pero cuando lo hablaba una mujer, sonaba como debió sonar en 1492: puro, arcaico, hermoso. Según mi Padre, mi bis-abuelo paterno (Ramón o Salomon) hablaba de forma extraña, difícil de entender, posiblemente moldeado por este crisol de lenguas.

Y ahora esas voces se callaron. Las últimas hablantes nativas de Haketía en mi familia murieron hace décadas. Y con ellas se fue un universo entero de palabras, matices, canciones. Un archivo cultural de quinientos años, perdido porque nadie pensó que valía la pena preservarlo.

5.3. Los Romances: La Memoria Cantada

Y luego estaban los **romances** —esas baladas medievales que contaban historias de amor, traición, honor y muerte. Los romances eran la literatura oral de Sefarad, y fueron las mujeres las que los preservaron durante siglos.

En las reuniones familiares, especialmente en las bodas y en las noches de preparación para las grandes festividades, las mujeres mayores cantaban. Canciones que databan del siglo XV, que hablaban de lugares que ya no existían y de personas que habían muerto hacía quinientos años.

Había romances sobre la reina Isabel, sobre el cerco de Granada, sobre amores imposibles entre cristianos y moros. Había canciones sobre la expulsión misma, lamentos desgarradores sobre dejar España:

Estos versos, rescatados por investigadores del folklore, encierran una verdad dolorosa que resuena a través de los siglos:

“Por la tu mucha maldad, moriremos en agena tierra”

‘Moriremos en tierra ajena.’ Y eso fue exactamente lo que pasó. Mis ancestros murieron en Marruecos; sus hijos, en Argentina.

Pero las mujeres que cantaban estos romances en Tetuán en 1890 no sabían que estaban documentando su propia profecía. Pensaban que estaban contando historias antiguas. No sabían que estaban describiendo su futuro.

Estas canciones nunca fueron escritas en libros. No había partituras. Todo se transmitía de memoria, de madre a hija, durante generaciones. Y es un milagro que sobrevivieran.

En el siglo XX, etnomusicólogos comenzaron a grabar estas canciones en comunidades sefardíes de todo el mundo, dándose cuenta de que estaban ante un tesoro cultural en peligro de extinción. Hoy, esas grabaciones —voces de viejas mujeres marroquíes cantando romances españoles del siglo XV— son documentos de valor incalculable.

Gracias a etnomusicólogos que grabaron estas canciones en el siglo XX, hoy es posible escuchar esas voces quebradas por la edad, cantando en una lengua que ya casi nadie habla. Son documentos sonoros de un mundo desvanecido. Al escucharlas, es inevitable preguntarse si entre esas voces anónimas resonarán, tal vez, los ecos de parientes lejanos cuya memoria se perdió.

5.4. La Noche de Henna

Pero quizás la tradición femenina más hermosa y significativa era la **ceremonia de la henna** (*leilat al-henna* en árabe), que precedía a las bodas.

Esta era una ceremonia exclusivamente de mujeres²⁵, de la que los hombres estaban completamente excluidos. La noche antes de la

boda, las mujeres de la familia se reunían con la novia en la casa de sus padres. Era la última noche que pasaría allí como soltera, y era un momento cargado de emoción: alegría por el matrimonio que comenzaba, tristeza por la niñez que terminaba.

Las mujeres mayores preparaban la pasta de henna —ese polvo rojizo hecho de hojas molidas que tiñe la piel de un color naranja profundo. La aplicaban en las manos y los pies de la novia en patrones elaborados y hermosos: flores, pájaros, símbolos de fertilidad y protección.

Mientras trabajaban, cantaban canciones tradicionales. Algunas eran alegres, otras melancólicas. Había lágrimas mezcladas con risas. Las madres daban consejos a la novia sobre el matrimonio, sobre cómo ser una buena esposa, sobre los misterios de la noche de bodas que estaba por venir.

La henna no era solo decorativa. Tenía un significado profundo, casi mágico. Se creía que protegía a la novia del *ayin hara*, el mal de ojo. El color rojo era apotropaico, ahuyentaba los malos espíritus que podrían querer dañar a la pareja en su momento más vulnerable.

Esta tradición, que combinaba elementos judíos con costumbres bereberes y árabes del norte de África, era una de las muchas formas en que la cultura sefardí marroquí era genuinamente sincrética, una mezcla de múltiples influencias que se habían fundido durante siglos de convivencia.

5.5. El Traje de Novia: Un Museo Portátil

Y luego estaba el traje de novia mismo, conocido como el *keswa el-kbira* (“el traje grande”) o “traje de berberisca”. Era una obra maestra textil que resumía visualmente toda nuestra historia.

Hecho de terciopelo pesado, generalmente en colores oscuros como verde, rojo o morado, estaba completamente bordado con hilos de oro y plata en patrones florales y geométricos. El bordado era tan denso que el tejido base apenas se veía. Pesaba varios kilos.

El estilo del traje mostraba claras influencias de la moda cortesana española del siglo XV —las mangas amplias, el corte del corpiño— pero adaptadas con elementos del Magreb. Era como si nuestras antepasadas hubieran congelado en el tiempo la moda de la corte de Isabel la Católica y luego la hubieran decorado con la estética del norte de África.

Estos trajes eran tesoros familiares, pasados de madre a hija, o alquilados entre familias para las bodas. No todas las familias podían permitirse uno propio. Pero para el día de la boda, cada novia sefardí marroquí se vestía como una princesa, cargando sobre sus hombros el peso literal de la historia.

Hoy, algunos de estos trajes se conservan como tesoros en museos, como el Museo Sefardí de Toledo. Son obras maestras textiles que resumen nuestra historia: el corte español del siglo XV fusionado con la estética del norte de África. Al ver las imágenes de estas prendas, uno no puede dejar de pensar en las mujeres que los llevaron, cargando literalmente sobre sus hombros el peso y la belleza de nuestra tradición.

5.6. La Mimouna: La Puerta Abierta

Pero si hay una tradición que captura perfectamente el espíritu femenino y comunitario de mi pueblo, es la **Mimouna**. Esta fiesta, que se celebra la noche que termina la Pascua judía (*Pésaj*), es me-

nos conocida que otras festividades judías, pero para los sefardíes marroquíes es central.⁸²

Durante los ocho días de Pésaj, los judíos no pueden comer nada con levadura (*jametz*). Las casas se limpian meticulosamente para eliminar hasta la última miga de pan. Es una semana de privación culinaria que conmemora el éxodo de Egipto, cuando nuestros ancestros no tuvieron tiempo de dejar que el pan leudara antes de huir.

Pero cuando termina Pésaj, hay una explosión de alegría. Y esa explosión se llama Mimouna. La etimología del nombre es debatida—algunos dicen que viene de *emunah* (fe), otros que era el nombre del padre de Maimónides— pero lo que importa es el espíritu.

La Mimouna es fundamentalmente una fiesta de hospitalidad⁸³, y las anfitrionas son las mujeres de la casa. Apenas termina el último día de Pésaj, las puertas de la casa se abren de par en par— literalmente, se quitan de sus bisagras en algunas comunidades— y no se cierran en toda la noche.⁸⁴

Cualquiera puede entrar: familiares, amigos, vecinos, incluso extraños. Y las mujeres reciben a todos con mesas cargadas de dulces: *mofletas* (crêpes finas con miel), *mufletas* (otra variante), dátiles, higos, almendras. Todo es dulce porque la Mimouna celebra la dulzura de la libertad y la esperanza de prosperidad para el año que viene.

Lo más hermoso de la Mimouna era su dimensión interreligiosa. En Marruecos, los judíos no podían tener harina en casa durante Pésaj. Entonces, cuando terminaba la festividad, eran los vecinos musulmanes los que traían harina fresca, leche y mantequilla como regalo. Las mujeres musulmanas ayudaban a las judías a preparar las primeras masas.

Era un momento de convivencia real, de amistad entre comunidades que el resto del año estaban separadas por muros legales y sociales. Las mujeres, a través de la comida y la hospitalidad, construían puentes que los hombres y las instituciones no podían o no querían construir.

Esto me recuerda a mi propia casa de chico: mi madre católica, mi padre judío no practicante, celebrando Navidad. Las mujeres de mi familia —mi madre, mis tías— también construyeron puentes. También mantuvieron la paz. También hicieron posible la convivencia.

Quizás el legado más importante de las mujeres sefardíes no sea las canciones o los trajes, sino esa capacidad de mantener vínculos humanos más allá de las divisiones religiosas y culturales.

Cuando emigramos a Argentina, la Mimouna casi desapareció. Sin vecinos musulmanes, sin la estructura comunitaria de la *mellah*, la fiesta perdió parte de su sentido. Pero en Israel, donde cientos de miles de judíos marroquíes emigraron, la Mimouna se ha convertido en una fiesta nacional, celebrada por todo el país. Es un triunfo de la cultura popular femenina sobre la cultura oficial masculina.

En mi familia en Argentina nunca celebramos Mimouna. Ni siquiera sabía que existía hasta que empecé esta investigación. Una tradición más que se perdió en el viaje transatlántico, en la asimilación necesaria para sobrevivir en un país nuevo.

5.7. El Legado Invisible

Todas estas tradiciones —la Haketía, los romances, la henna, los trajes, la Mimouna— fueron preservadas y transmitidas por mujeres cuyos nombres raramente aparecen en los documentos históricos.

No tengo los nombres de las mujeres que cantaban los romances en mi familia hace doscientos años. No sé qué bisabuela mía fue la última en usar un traje de berberisca en su boda. No puedo rastrear quién preparó la última Mimouna auténtica antes de que emigráramos.

Y esto me duele de una manera particular. Como alguien que ha pasado meses construyendo árboles genealógicos, rastreando nombres, cruzando bases de datos, llamando a desconocidos, sé exactamente qué herramientas tengo a mi disposición para recuperar el pasado. Y sé exactamente cuáles son sus límites.

Puedo encontrar actas de nacimiento de hombres del siglo XIX. Pero las mujeres aparecen generalmente como ‘esposa de’, ‘hija de’, ‘madre de’. Puedo rastrear apellidos paternos cinco generaciones atrás. Pero los apellidos maternos desaparecen después de una o dos generaciones. Puedo encontrar fotos de mis bisabuelos. Pero las bisabuelas están en segundo plano, borrosas, sin identificar. Y seguramente esto hubiese sido más difícil sin la endogamia.

El patriarcado no solo oprimió a las mujeres en vida. Las borró también de la historia.

Pero sé que existieron. Sé que trabajaron, amaron, sufrieron y transmitieron. Sé que sin ellas, sin su labor invisible y no remunerada de preservación cultural, nada de lo que soy habría sido posible.

Este capítulo es mi intento tardío e inadecuado de honrarlas. De decir sus nombres aunque no los conozca. De reconocer que la historia de mi familia no es solo la de los hombres que aparecen en los documentos, sino también —y quizás más importante— la de las mujeres que tejieron el tejido invisible que nos mantuvo unidos a través de los siglos.

A todas las Chocrón sin nombre, a todas las guardianas de la memoria cuyas voces se perdieron: este libro, es también para ustedes. Ojalá hubiera llegado a tiempo para escucharlas. Ojalá hubiera sabido hacer las preguntas correctas antes de que fuera demasiado tarde.

Pero al menos ahora, tardíamente, puedo decir: las veo. Las reconozco. Las honro.

Capítulo 6

El Ocaso de la Mellah

6.1. El Declive Inexorable

A partir del siglo XVIII, la situación de las comunidades judías en Marruecos comenzó un lento pero inexorable deterioro. Mis antepasados, que en épocas anteriores habían sido comerciantes prósperos y ocasionalmente diplomáticos para los sultanes, se vieron cada vez más marginados, empobrecidos y oprimidos.⁴

Las razones eran múltiples y complejas. Marruecos mismo estaba en declive, fragmentado entre dinastías débiles y tribus rebeldes. La economía se estancaba mientras Europa avanzaba en su revolución industrial. Las *mellahs* se volvían cada vez más superpobladas, insalubres. Las epidemias eran frecuentes. La pobreza, endémica.²⁵

Pero el punto de inflexión decisivo fue la Guerra Hispano-Marroquí de 1859-1860. España, buscando expandir su influencia en el norte de África, declaró la guerra a Marruecos usando como pretexto ataques de tribus rifeñas a las fortificaciones de Ceuta. El ejército español invadió y ocupó temporalmente Tetuán.

Para la comunidad judía de la ciudad, el conflicto fue devastador. Atrapados entre dos fuegos —el ejército español invasor y la población musulmana que los veía como colaboradores potenciales del enemigo cristiano—, fueron víctimas de saqueos y violencia. Los informes hablan de hasta 400 judíos asesinados.⁶⁶

Cuando la guerra terminó y las tropas españolas se retiraron, la situación no mejoró. La derrota había humillado al sultanato y empobrecido aún más al país. Las reparaciones de guerra debían pagarse, y los impuestos cayeron con especial dureza sobre las comunidades judías.

Pero algo más había cambiado. La ocupación española, aunque breve, había abierto una ventana a un mundo diferente. Los soldados

españoles hablaban un idioma que los judíos sefardíes aún entendían, aunque transformado por cuatro siglos de evolución. Traían noticias de un mundo moderno, de oportunidades más allá del estrecho.

6.2. La Alliance: Una Ventana al Mundo

Y fue precisamente en ese contexto de crisis que llegó algo que cambiaría todo: la **Alliance Israélite Universelle**, una organización judía francesa fundada en 1860 con la misión de defender los derechos de los judíos en todo el mundo y promover su educación.⁶⁸ A partir de 1862, la Alliance comenzó a establecer escuelas modernas.

Estas escuelas ofrecían algo revolucionario: educación en francés, conocimientos seculares, oficios modernos. Para los jóvenes judíos de la *mellah*, era como abrir una puerta que habían creído cerrada para siempre.

Cuando empecé esta investigación, la Alliance era apenas un nombre que había escuchado de pasada. Pero al sumergirme en los archivos, al leer los informes de los maestros franceses y ver las listas de alumnos con nombres como Isaac, Mercedes, Salomón, me di cuenta: esta no era solo una escuela. Era una máquina del tiempo que catapultó a mi familia tres siglos hacia adelante en el espacio de una generación.

Si la *mellah* era el refugio de la tradición y la Haketía el sonido de nuestra memoria, la Alliance fue la ventana que se abrió al mundo moderno. Y esa ventana se abrió primero, de manera casi milagrosa, en Tetuán.

Los fundadores de la Alliance —judíos franceses emancipados que habían experimentado los beneficios de la Revolución Francesa—

tenían una misión ambiciosa: “trabajar en todo lugar por la emancipación y el progreso moral de los judíos”.

No era caridad simple. Era un proyecto civilizatorio. Los fundadores de la Alliance, imbuidos de los valores de la Ilustración francesa —Libertad, Igualdad, Fraternidad— creían sinceramente que podían “regenerar” a sus hermanos “orientales” a través de la educación moderna.

Hoy, ese lenguaje de ‘regeneración’ me hace rechinar los dientes. Suena a colonialismo cultural, a condescendencia, a la idea de que los judíos de Tetuán eran ‘menos’ que los de París y necesitaban ser ‘civilizados’. Y hay algo de verdad en esa crítica.

Pero también sería injusto juzgarlos solo con los ojos del siglo XXI. Los maestros de la Alliance no eran explotadores. Eran idealistas que dejaban París —con sus cafés, sus bulevares, su comodidad— para ir a enseñar en condiciones precarias en ciudades polvorientas del norte de África. Creían genuinamente que estaban ayudando. Y, a su manera imperfecta, lo hicieron.

6.2.1. 1862: Tetuán, Primera Escuela del Mundo

En 1862 ocurrió algo histórico: la primera escuela de la Alliance en todo el mundo no se abrió en París, ni en Argel, ni en Estambul. Se abrió en **Tetuán**.⁶⁹

Esto no fue casualidad. Tetuán era la ciudad más “española” y dinámica de Marruecos. Su comunidad judía, aunque pobre, mantenía una conexión cultural con España a través de la Haketía y conservaba una memoria viva de Sefarad. Cuando los emisarios de la Alliance llegaron, fueron recibidos con los brazos abiertos.

La escuela abrió sus puertas con una clase de varones. Al año siguiente, se creó una escuela para niñas, algo revolucionario en una sociedad tradicional donde las mujeres rara vez recibían educación formal más allá de lo doméstico.

Intento imaginar ese primer día de clases. Niños judíos de la mellah, muchos descalzos, algunos sin haber salido nunca de esas callejuelas estrechas, entrando a un aula con mapas en las paredes, con libros en francés, con un maestro que venía de París y les hablaba de un mundo que no podían ni imaginar.

¿Qué habrán pensado? ¿Miedo? ¿Excitación? ¿Confusión? ¿Habrán intuido que ese primer día de clases era el principio del fin de un mundo que había existido durante siglos?

6.2.2. El Currículo de la Transformación

El programa educativo de la Alliance era moderno y secular, aunque respetuoso de la identidad judía. Los estudiantes aprendían:

- **Francés:** El idioma de la cultura y el progreso, la lengua de Molière y de la Declaración de los Derechos del Hombre
- **Matemáticas y ciencias:** Conocimientos prácticos para el mundo moderno
- **Historia y geografía:** Una visión del mundo más allá de la *mellah*
- **Hebreo moderno:** No solo el hebreo bíblico de las oraciones, sino el hebreo como lengua viva
- **Oficios prácticos:** Para los varones, carpintería, contabilidad; para las niñas, costura moderna, economía doméstica

Pero más que el currículo específico, lo que transformó fue la mentalidad. Los maestros de la Alliance —jóvenes idealistas formados en las escuelas normales de Francia— trajeron consigo una visión completamente diferente del mundo y del lugar del judío en él.

Imagino a mi bisabuelo Salomón (o Ramón), sentado en un pupitre, mirando un mapamundi por primera vez. Ahí estaba Marruecos, ese puntito en el norte de África. Y ahí estaba el mundo: Europa, América, Australia. Continentes enteros que existían más allá de los muros de la *mellah*.

Ese mapamundi era más peligroso que cualquier sermón revolucionario. Porque una vez que ves el mundo entero, una vez que entendés que hay lugares donde la vida puede ser diferente, ya no podés volver a conformarte con lo que tenés.

6.3. De Súbditos a Ciudadanos (Potenciales)

La Alliance enseñaba algo revolucionario: que los judíos no tenían que ser eternamente *dhimmis*, súbditos tolerados pero inferiores. Que existía un mundo —el mundo occidental moderno— donde los judíos podían ser ciudadanos plenos, con derechos iguales ante la ley.

Esta idea, para mis bisabuelos que crecieron en la década de 1880 y 1890, debió ser embriagadora. De repente, el horizonte se expandió más allá de los muros de la *mellah*. El mundo era grande, y en algún lugar —quizás en Francia, quizás en América— había un lugar para ellos no como extranjeros tolerados, sino como ciudadanos.

Ciudadanos. Esa palabra debe haber sonado como magia. No *dhimmis*. No tolerados. No protegidos pero subordinados. Ciudada-

nos. Con derechos. Con dignidad legal. Con la posibilidad de ser dueños de su propio destino.

Y una vez que esa idea entra en tu cabeza, no hay manera de sacarla. Por eso la Alliance fue tan revolucionaria y tan peligrosa para el orden establecido. No enseñaba solo francés y matemáticas. Enseñaba ambición. Enseñaba que el mundo podía ser diferente.

Las niñas que asistían a la escuela de la Alliance aprendían que no tenían que limitarse a ser esposas y madres (aunque eso seguía siendo importante). Podían ser maestras, secretarias, enfermeras. Tenían opciones.

6.4. El Conflicto con la Tradición

Pero esta transformación no fue pacífica. La Alliance generó tensiones profundas dentro de la comunidad. Los rabinos tradicionales la veían con sospecha, incluso con hostilidad. ¿Qué era esta educación secular? ¿Por qué necesitaban los niños aprender francés y ciencias cuando deberían estar estudiando Talmud?

Había un temor genuino —y no completamente infundado— de que la Alliance estuviera creando una generación que abandonaría la tradición, que se asimilaría completamente a la cultura francesa y perdería su identidad judía.

Y en cierta medida, tenían razón. La Alliance fue un agente de cambio cultural radical. Los graduados de la Alliance comenzaron a vestirse de manera diferente, a hablar diferente, a pensar diferente que sus padres.

Pienso en las conversaciones que debe haber habido en mi familia. Un abuelo rabino, un padre comerciante educado por la Alliance, discutiendo sobre el futuro de los hijos. ¿Deberían seguir estudiando

Talmud o ir a la escuela moderna? ¿Deberían aprender hebreo sagrado o francés práctico? ¿Deberían quedarse en Tetuán o emigrar?

No eran decisiones fáciles. Eran decisiones que partían familias, que generaban resentimientos, que creaban abismos entre generaciones. Y no había respuestas correctas, solo opciones imposibles entre preservar el pasado o abrazar el futuro.

Pero paradójicamente, la Alliance también fortaleció la identidad judía de una manera nueva. Al enseñar hebreo moderno, al conectar a los estudiantes con comunidades judías de todo el mundo, al presentar el judaísmo como parte de una civilización global y no solo como una tradición local, la Alliance creó una nueva forma de ser judío: secular, moderno, pero aún profundamente conectado con el pueblo judío.

6.5. El Pasaporte a la Modernidad

Cuando años más tarde mis antepasados desembarcaron en los puertos de Argentina, no llegaron como campesinos analfabetos y desorientados, como tantos otros inmigrantes de esa época. Llegaron con una educación, con idiomas, con habilidades para el mundo moderno.

Mis antepasados probablemente asistieron a las escuelas de la Alliance en Tetuán en las décadas del 1860 al 1890. No tengo las actas que lo confirmen —esos registros se perdieron o nunca llegaron a los archivos argentinos— pero todo encaja. Sus hijos nacidos en Argentina iban a la escuela, sabían leer y escribir, hablaban español correctamente desde chicos. Eso no pasa por generación espontánea.

Allí, en esas aulas de la Alliance, aprendieron francés, algo de contabilidad, geografía. Cuando llegaron a Argentina, sabían leer y

escribir, sabían hacer cuentas, podían comunicarse con las autoridades argentinas que hablaban español —un idioma suficientemente cercano a su Haketía y al francés que habían aprendido.

Esta preparación facilitó enormemente su integración y su éxito económico. Mientras otros inmigrantes judíos —especialmente los ashkenazíes de Europa del Este que llegaban huyendo de pogroms— a menudo comenzaban como vendedores ambulantes o trabajadores manuales, los sefardíes educados por la Alliance podían aspirar desde el principio a trabajos de oficina, comercio establecido, incluso profesiones liberales en la siguiente generación.

Mi abuelo José —hijo de esos inmigrantes educados por la Alliance— fue arquitecto. No vendedor ambulante, no obrero. Arquitecto. Con oficina, con clientes, con respetabilidad de clase media, con grandes edificios construidos en el barrio de Belgrano. En una sola generación, la Alliance había transformado campesinos de la *mellah* en profesionales urbanos.

6.6. La Alliance como Puente

La Alliance fue el puente invisible que conectó la *mellah* medieval con la metrópolis moderna. Fue el mecanismo que permitió a una comunidad que había estado congelada en el tiempo durante siglos dar un salto hacia la modernidad en el espacio de una sola generación.

Sin la Alliance, la historia de mi familia habría sido muy diferente. Quizás habrían emigrado de todas formas —la presión económica y social era demasiado fuerte—, pero habrían llegado mucho menos preparados para triunfar en el Nuevo Mundo.

En cierto sentido, la Alliance cumplió su misión. “Regeneró” — término problemático que suena a colonialismo cultural, pero que era genuino en su intención— a una comunidad que estaba al borde del colapso. Le dio las herramientas para sobrevivir y prosperar en el siglo XX.

Pero también, sin quererlo quizás, aceleró el fin de la cultura tradicional sefardí marroquí. Los graduados de la Alliance ya no querían vivir en la *mellah*. Querían salir, explorar, prosperar. Y la única manera de hacer eso era emigrar.

La Alliance abrió el mundo para mis ancestros. Y una vez abierta esa ventana, no había manera de cerrarla de nuevo.

¿Fue eso bueno? ¿Fue eso malo? No lo sé. Soy el producto de esa transformación. Vivo en Buenos Aires, trabajo en tecnología, escribo este libro en una computadora conectada a internet. Sin la Alliance, probablemente todavía estaría en Tetuán —si es que la familia hubiera sobrevivido el siglo XX.

Pero también sé lo que se perdió. La Haketía. Los romances. La vida comunitaria de la *mellah*. La sensación de pertenecer completamente a un mundo coherente. Eso se fue con la modernización. Y no sé si lo que ganamos vale lo que perdimos.

O quizás esa es una pregunta equivocada. Quizás no era una elección. Quizás la modernidad iba a llegar de todas formas, y la Alliance solo nos dio las herramientas para surfear esa ola en lugar de ahogarnos en ella.

No tengo respuestas. Solo gratitud por las oportunidades que la Alliance les dio a mis ancestros, y melancolía por el mundo que tuvieron que dejar atrás para aprovecharlas.

6.7. América y el Sueño de la Emigración

Para muchas familias sefardíes como la mía, educadas por la Alliance y conscientes del mundo más allá del Mediterráneo, el sueño de un futuro mejor comenzó a mirar hacia el oeste, hacia América. Las noticias llegaban de países como Argentina, Brasil, Venezuela: tierras vastas que necesitaban inmigrantes, que prometían libertad religiosa y prosperidad económica. Las rutas marítimas se volvían más regulares y accesibles.²⁸

La Alliance no solo había enseñado francés y matemáticas. Había enseñado algo más peligroso: la ambición de una vida diferente. Había mostrado que el mundo era más grande que la *mellah*, y que en algún lugar de ese mundo había espacio para prosperar.

Pero antes de que esas familias pudieran tomar la decisión de emigrar, algo inesperado ocurrió. Algo que parecía sacado de una novela de realismo mágico, una paradoja histórica tan grande que casi resulta cómica.

En 1912, exactamente 420 años después de la expulsión, España volvió. Pero esta vez no venía con decretos de expulsión, sino con mapas coloniales y promesas de modernización.

El largo capítulo marroquí de nuestra historia —casi cuatrocientos años— estaba entrando en su acto final. Pero ese final sería tan extraño y contradictorio como todo lo que había venido antes.

Capítulo 7

La Paradoja del Protectorado

7.1. La Ironía de la Historia

Con la instauración del **Protectorado Español en Marruecos** (1912-1956), Tetuán se convirtió en la capital de esta nueva administración colonial española en el norte de Marruecos.⁷⁰ De la noche a la mañana, ocurrió algo que habría sido inimaginable para mis ancestros del siglo XV: los descendientes de los expulsados de 1492 pasaron a ser, de facto, súbditos protegidos de España sin moverse de sus casas.

La paradoja era tan grande que casi parecía deliberada: España, el país que nos había echado con violencia, ahora volvía como “protector”. El país cuya Inquisición nos había perseguido durante siglos, ahora prometía orden y progreso.

Intento imaginar lo que debió sentir mi bisabuelo cuando vio por primera vez la bandera española ondeando sobre Tetuán. ¿Rabia? ¿Confusión? ¿Esperanza? Sus abuelos habían guardado llaves de casas españolas, habían cantado canciones sobre España, habían soñado con un regreso imposible. Y ahora España volvía, pero no como ellos la imaginaban. Volvía con soldados, con funcionarios coloniales, con mapas que dividían Marruecos como si fuera una torta.

¿Cómo procesas eso emocionalmente? No tengo idea. Pero sé que debió ser perturbador en un nivel profundo.

7.2. El Contexto: La Colonización de Marruecos

Para entender esta situación extraña, necesito dar un paso atrás. A principios del siglo XX, Marruecos era uno de los últimos países africanos aún independientes, pero su independencia era precaria. Las potencias europeas —Francia, España, Gran Bretaña, Alemania— competían por influencia en el norte de África.

En 1912, después de años de negociaciones y crisis diplomáticas que casi provocan una guerra europea, Francia y España llegaron a un acuerdo para repartirse Marruecos. Francia se quedó con la parte del león: la mayor parte del territorio, incluyendo las ciudades imperiales de Fez, Marrakech y Meknes, y los recursos económicos más ricos.

España recibió una franja relativamente pequeña en el norte: la región del Rif y la costa mediterránea, con Tetuán como capital administrativa. No era un premio consolación menor —la región era pobre, montañosa, habitada por tribus bereberes rebeldes que no reconocían la autoridad de nadie. España tendría que ganar su protectorado con sangre.

7.3. Españoles y Sefardíes Cara a Cara

Cuando los primeros soldados y funcionarios españoles llegaron a Tetuán en 1913, esperaban encontrar “moros” —la imagen estereotipada del musulmán norteafricano que dominaba el imaginario español desde la Reconquista. Lo que encontraron los dejó atónitos.

Había una comunidad vibrante de judíos —más de 10,000 en Tetuán²⁵— que hablaban un castellano antiguo que a los españoles les sonaba como el lenguaje de Cervantes y el Romancero. Que guardaban llaves de casas en Toledo y Sevilla. Que cantaban canciones sobre la reina Isabel y el cerco de Granada. Que, en muchos sentidos, eran más “españoles” culturalmente que muchos españoles contemporáneos.

El encuentro fue emocionalmente complejo para ambas partes. Para los españoles, descubrir a estos “españoles sin patria” fue un

shock. Algunos lo vivieron con culpa histórica, otros con curiosidad antropológica, otros simplemente como una oportunidad política.

Para los sefardíes de Tetuán, ver la bandera española ondeando sobre la ciudad donde habían vivido durante siglos fue igualmente perturbador. ¿Eran liberadores o conquistadores? ¿Representaban una oportunidad o un peligro?

Mis ancestros probablemente se hicieron esas mismas preguntas. Y probablemente no tenían respuestas claras. La historia rara vez es tan limpia como nos gustaría.

7.4. La Re-hispanización Acelerada

Lo que siguió fue un proceso de “re-hispanización” acelerada y deliberada. El gobierno del Protectorado vio en la comunidad judía un aliado natural y un vehículo para sus ambiciones coloniales.

Se abrieron escuelas españolas que competían con las de la Alliance Israélite Universelle. Se promovió el español moderno sobre el francés. Se fundaron periódicos en español. Se trajeron maestros, médicos y funcionarios de la península.

Para muchos jóvenes judíos de mi familia, educados ya en las escuelas de la Alliance en francés, ahora se añadía el español moderno. Esas generaciones —nacidos en las décadas de 1910 y 1920— probablemente hablaba cuatro o cinco idiomas: Haketía en casa, hebreo en la sinagoga, francés en la escuela de la Alliance, español en los tratos con la administración colonial, y algo de árabe para el comercio con la población musulmana.

Pienso en eso y me maravillo. Yo, que me considero políglota porque hablo español y algo de inglés, no llego ni cerca de esa capacidad. Pero para ellos no era un logro extraordinario. Era supervivencia. Ca-

da idioma era una llave para un mundo diferente, una herramienta para navegar una sociedad fragmentada en compartimientos étnicos y religiosos.

Y también pienso: ¿qué hace esa multiplicidad de idiomas a tu sentido de identidad? ¿En qué idioma soñaban? ¿En qué idioma pensaban cuando estaban solos? ¿Eran diferentes personas en cada idioma?

La influencia española no era solo lingüística. Era cultural. Los cines proyectaban películas españolas. Las familias leían periódicos de Madrid. Los jóvenes seguían el fútbol español. La música española —flamenco, zarzuela— se volvió popular.

En una generación, la comunidad sefardí de Tetuán pasó de ser franco-marroquí a hispano-marroquí. Era como si el exilio de cuatro siglos se estuviera deshaciendo, como si estuviéramos volviendo culturalmente a España sin movernos geográficamente.

Pero era una ilusión. Una hermosa, tentadora, peligrosa ilusión. Porque no estábamos volviendo a España. España estaba viniendo a nosotros, pero como poder colonial, no como patria recuperada. Y esa diferencia importaba.

7.5. Las Contradicciones del Protectorado

Pero el Protectorado era una estructura colonial, no un acto de reparación histórica. Y como toda colonización, estaba llena de contradicciones y explotación.

Sí, los judíos tenían más derechos bajo el Protectorado español que bajo el sultanato marroquí. Sí, había más oportunidades económicas. Sí, había modernización —electricidad, agua corriente, hospitales, carreteras.

Pero también había violencia. El Protectorado español enfrentó una resistencia feroz de las tribus bereberes del Rif, lideradas por Abd el-Krim. La **Guerra del Rif** (1921-1926) fue brutal. España usó armas químicas —gas mostaza— contra la población civil. Miles de soldados españoles murieron. Decenas de miles de marroquíes fueron asesinados.

Los judíos de Tetuán estaban atrapados en medio. No eran colonizadores, pero se beneficiaban del sistema colonial. No eran españoles, pero colaboraban con la administración española. No eran musulmanes, pero compartían con ellos el estatus de colonizados.

Era una posición moralmente ambigua y políticamente peligrosa.

Y es una posición que entiendo demasiado bien. Como argentino descendiente de inmigrantes, como alguien que se benefició de sistemas que explotaban a otros, como alguien que disfruta privilegios que no elegí pero tampoco renuncié, reconozco ese espacio gris donde vivieron mis ancestros.

Es fácil juzgar desde el presente. Es fácil decir ‘deberían haber resistido el colonialismo’. Pero ¿cómo? ¿Renunciando a las escuelas, a los hospitales, a las oportunidades que el Protectorado traía? ¿Solidarizándose con los rebeldes rifeños que también los veían como extranjeros?

No había opciones limpias. Solo decisiones complicadas en circunstancias imposibles.

7.6. Franco y la Guerra Civil

Y luego vino Franco. En julio de 1936, el General Francisco Franco, entonces comandante de las tropas españolas en Marruecos, lan-

zó su golpe militar contra la República Española desde Tetuán. La Guerra Civil Española comenzó literalmente en la ciudad donde vivía mi familia.

Lo que siguió fue tres años de guerra salvaje en la península. Pero en Marruecos, el golpe triunfó inmediatamente. No hubo resistencia republicana. El Protectorado quedó bajo control franquista desde el primer día.

Para la comunidad judía de Tetuán, esto presentó un dilema moral terrible. Franco era un fascista aliado de Hitler y Mussolini. Su régimen adoptaría muchas de las formas externas del fascismo: uniformes, saludos, propaganda totalitaria.

Pero en Marruecos, Franco no aplicó políticas antisemitas. Necesitaba la lealtad de las comunidades locales para mantener el control y para reclutar soldados marroquíes —musulmanes y algunos judíos— para luchar en la península.

Este es el tipo de verdad histórica que duele escribir. Porque la narrativa simple sería: Franco era fascista, los judíos resistieron. Pero la realidad fue más complicada y más incómoda.

Hay evidencia de que algunos judíos de Tetuán apoyaron económicamente a Franco. Hay registros de jóvenes judíos que se alistaron en el ejército nacionalista. No era ideología fascista lo que los motivaba, sino una mezcla compleja de pragmatismo (Franco era el poder establecido), miedo (la alternativa era el caos) y, en algunos casos, agradecimiento por la “protección” española.

Es un capítulo incómodo de nuestra historia. No puedo juzgar duramente a mis ancestros por estas decisiones. No vivieron lo que vivieron los judíos europeos bajo el fascismo real. Su contexto era diferente, sus opciones limitadas, su información incompleta.

Pero es importante reconocerlo y no blanquearlo. Hubo colaboración, aunque fuera por supervivencia más que por convicción.

Y también es importante reconocer algo más: Franco, el dictador fascista, salvó vidas judías durante el Holocausto. Miles de judíos europeos escaparon a través de España. Algunos fueron enviados a campos de concentración en Francia, es cierto. Pero muchos otros fueron dejados pasar o incluso protegidos.

¿Hace eso a Franco menos monstruoso? No. ¿Complica la narrativa? Absolutamente. La historia no es un cuento moral simple con buenos y malos claramente definidos. Es un desastre complicado donde a veces los villanos hacen cosas buenas por razones equivocadas, y las víctimas se alían con opresores por supervivencia.

No me gusta escribir esto. Me gustaría que la historia de mi familia fuera más heroica, más clara. Pero la honestidad importa más que la comodidad.

7.7. El Declive Final del Protectorado

Después de la Segunda Guerra Mundial, el orden colonial en África comenzó a desmoronarse. Los movimientos de independencia se fortalecieron en todo el continente. En Marruecos, el Sultán Mohammed V se convirtió en el líder del movimiento nacionalista.

En 1956, Marruecos obtuvo su independencia tanto de Francia como de España. El Protectorado terminó. España se retiró de Tetuán. La bandera marroquí reemplazó a la española.

Para la comunidad judía, esto fue el principio del fin. Bajo el Protectorado, habían tenido una posición relativamente privilegiada. Bajo el nuevo estado marroquí independiente, dominado por nacionalistas musulmanes, su futuro era incierto.

La independencia de Marruecos coincidió con la fundación del Estado de Israel en 1948 y con las tensiones crecientes en el mundo árabe por el conflicto árabe-israelí. Los judíos marroquíes, aunque eran ciudadanos marroquíes y no tenían nada que ver con el sionismo europeo, fueron vistos con sospecha.

Comenzó un éxodo masivo. Entre 1948 y 1967, más de 250,000 judíos marroquíes —la gran mayoría de la comunidad— emigraron.²⁵ La mayoría fue a Israel. Otros, como mi familia, fueron a América Latina. Algunos pocos a Francia o a España misma.

En 1960, Tetuán tenía tal vez 3,000 judíos, una fracción de los que había cincuenta años antes. Hoy quedan menos de cien.

Cuando leí esa cifra —menos de cien— sentí algo parecido al vértigo. Una comunidad de miles de años, borrada en dos generaciones. Los que se quedaron son fantasmas, ancianos manteniendo vivo un mundo muerto.

Hoy, la mellah está vacía de judíos, las sinagogas convertidas en museos o abandonadas, las casas donde vivieron mis ancestros ahora ocupadas por otros. Es como visitar una tumba abierta.

7.8. El Legado del Protectorado

El Protectorado Español en Marruecos (1912-1956) fue el último acto de la vida judía tradicional en el norte de África. Fue una época de transformación acelerada, de modernización forzada, de reencuentro cultural con España después de siglos de separación.

Fue también una época de contradicciones: desarrollo económico pero explotación colonial, oportunidades educativas pero violencia militar, acercamiento cultural pero subordinación política.

Para mi familia, el Protectorado fue el preludio necesario para la emigración a Argentina. Les dio las herramientas —idioma español, educación moderna, mentalidad occidental— que necesitarían para triunfar en América del Sur.

Pero también aceleró el fin de un mundo. La comunidad que había sobrevivido en Marruecos durante cuatro siglos después de la expulsión no sobrevivió ni veinte años después de la independencia marroquí.

El Protectorado fue la despedida larga y extraña de una tierra que nunca fue realmente nuestra pero que habíamos llamado hogar durante tanto tiempo. Fue el momento en que volvimos a ser, brevemente y de manera complicada, “españoles” justo antes de dejar de ser marroquíes y convertirnos en argentinos, israelíes, venezolanos.

Fue la paradoja final de una historia llena de paradojas: España nos expulsó en 1492 y nos “reconquistó” en 1912, solo para que eligiéramos, finalmente, marcharnos por nuestra propia voluntad.

No porque nos echaran esta vez. Sino porque finalmente entendimos que nunca habíamos pertenecido del todo a ningún lugar. Éramos, desde 1492, un pueblo en tránsito permanente. Y el Protectorado fue simplemente otra estación en ese viaje interminable hacia un hogar que quizás nunca encontremos del todo.

O quizás —y esta es la conclusión a la que he llegado después de años de investigación— el hogar no es un lugar. Es una red de relaciones, una constelación de historias, un hilo rojo que conecta generaciones a través del tiempo y el espacio.

Ese hogar, ese hilo, sobrevivió la expulsión, sobrevivió el exilio, sobrevivió incluso el Protectorado. Y sobrevive en mí, ahora, escri-

biendo estas palabras en Buenos Aires, cinco siglos y un océano de distancia de donde todo comenzó.

Capítulo 8

Argentina Tierra de Promisión

8.1. El Mecanismo de la Partida

La práctica de matrimonios endogámicos adquirió una nueva dimensión con la emigración a América a finales del siglo XIX y principios del XX. Las historias que encontré documentadas en registros, hablaban de matrimonios arreglados a través del océano.³⁵

El patrón era así: un joven de Tetuán emigraba a Argentina o Brasil, generalmente solo, para probar suerte en el Nuevo Mundo. Si lograba establecerse —encontrar trabajo, ahorrar algo de dinero— escribía a su familia en Marruecos. “Estoy listo para casarme. Búscuenme una esposa.”

La familia se ponía en acción. Se consultaba con otras familias de la comunidad. Se evaluaban candidatas: ¿De buena familia? ¿Piadosa? ¿Trabajadora? ¿Con dote? Una vez identificada la joven apropiada, comenzaba un cortejo epistolar. Cartas cruzaban el Atlántico. Quizás una fotografía.

Y entonces, si ambas familias estaban de acuerdo, la joven —frecuentemente apenas una adolescente— era “encomendada” a su futuro esposo.³⁵ Subía a un barco, a menudo acompañada por un familiar o vecino que hacía el mismo viaje, y navegaba hacia un continente desconocido para casarse con un hombre al que quizás nunca había visto en persona.

Para el hombre, este arreglo aseguraba una esposa de su misma fe, cultura y comunidad. Para la mujer, era un pasaje a una nueva vida, una oportunidad de escapar de la pobreza y la incertidumbre del Magreb.³⁵ Para las familias, era una forma de mantener los lazos entre el viejo y el nuevo mundo, de fortalecer la red comunitaria a través del océano.

No puedo evitar preguntarme sobre los sentimientos de estas jóvenes. El miedo de dejar atrás todo lo conocido. La emoción ante lo desconocido. La resignación o tal vez la esperanza. ¿Cuántas encontraron amor? ¿Cuántas solo encontraron deber? No lo sé. Sus voces no quedaron registradas en los documentos oficiales que pude consultar.

Aunque no encontré las actas específicas de estas ‘novias encomendadas’ en mi propia familia, los registros históricos de la comunidad confirman que fue una práctica común. Nombres como Sara, Esther o Raquel aparecen en los censos de la época, mujeres jóvenes que llegaron solas o acompañadas por parientes lejanos para casarse y asegurar el futuro de su linaje en una tierra nueva.

¿Fueron felices? ¿Se adaptaron? ¿Extrañaron Tetuán toda su vida? No lo sé. Solo sé que fueron valientes de una manera que yo nunca he tenido que serlo.

Pero sé que esos matrimonios transatlánticos fueron el mecanismo que permitió que la comunidad sefardí marroquí se estableciera y floreciera en América. Los lazos de sangre que habían mantenido unida a la comunidad en el viejo mundo se convirtieron en las cadenas que la anclaron en el nuevo.

8.2. La Llamada de las Américas

A mediados del siglo XIX, el mundo de mis antepasados sefardíes marroquíes se puso en movimiento una vez más. La combinación de factores que describí en el capítulo anterior —la inestabilidad política en Marruecos, la pobreza endémica en las *mellahs*, la violencia de la Guerra Hispano-Marroquí— actuaba como un poderoso empuje. Pero los empujones solos no bastan para desencadenar

una migración masiva. Hace falta también un jalón, una atracción desde el otro lado.

Esa atracción era América.

Argentina, Brasil, Venezuela, incluso Estados Unidos: eran nombres que circulaban en las conversaciones de la *mellah* con una mezcla de esperanza y temor. Tierras vastas, decían. Oportunidades para prosperar. Libertad religiosa. Gobiernos que buscaban activamente inmigrantes para poblar sus territorios y desarrollar sus economías.

La Argentina de finales del siglo XIX estaba en plena transformación. Después de décadas de guerras civiles, el país se había estabilizado bajo la llamada “Generación del 80”, una élite política que soñaba con convertir a Argentina en la “París de América del Sur”. Su lema era claro: “gobernar es poblar”. Necesitaban brazos para trabajar la tierra, construir ferrocarriles, poblar la pampa inmensa.

Para conseguirlo, Argentina abrió sus puertas de par en par a la inmigración. Entre 1880 y 1930, más de seis millones de inmigrantes llegaron al país: italianos, españoles, polacos, rusos, sirios, libaneses... y judíos de diversos orígenes.

Seis millones. Es una cifra que me hace pensar. Mi país, la Argentina que conozco, se construyó con gente que vino de todos lados. Somos un país de inmigrantes. Y sin embargo, hoy hay argentinos que hablan de ‘los inmigrantes’ como si fueran otros, como si ellos mismos no fueran descendientes de gente que llegó hace apenas tres o cuatro generaciones.

Mi bisabuelo desembarcó en Buenos Aires en 1907. Eso es hace apenas 118 años. Tres generaciones. Y ya me siento argentino, completamente argentino. ¿En qué momento dejás de ser inmigrante y te convertís en nativo? ¿Cuántas generaciones tienen que pasar?

Para los judíos de Marruecos, Argentina ofrecía algo más que oportunidades económicas. Ofrecía la posibilidad de ser ciudadanos plenos por primera vez en siglos. No más estatus de *dhimmi*. No más restricciones humillantes. En teoría, al menos, todos los habitantes de Argentina eran iguales ante la ley.

La migración comenzó como un goteo en las décadas de 1860 y 1870, y se convirtió en una corriente constante hacia finales del siglo. El viaje transatlántico se volvía cada vez más accesible con el desarrollo de líneas regulares de vapores. Desde Tánger o Tetuán, los emigrantes cruzaban el estrecho hacia Gibraltar o Cádiz, donde se embarcaban en barcos que hacían la larga travesía hacia Buenos Aires.

Era un viaje de semanas, en condiciones a menudo miserables en la tercera clase. Pero al final del viaje, decían, esperaba una nueva vida.

8.3. Una Inmigración Diferente

La inmigración judeo-marroquí a Argentina tuvo características distintas a otras migraciones judías del mismo período. Mientras que los judíos de Europa del Este —los ashkenazíes— llegaban huyendo de pogroms y persecuciones, organizados por grandes instituciones como la Jewish Colonization Association del Barón de Hirsch, que estableció colonias agrícolas en las pampas argentinas⁵⁸, la inmigración sefardí marroquí fue más espontánea, más individual, más urbana.²⁸

Mis antepasados no fueron a trabajar la tierra. No sabían de agricultura —en Marruecos habían sido comerciantes, artesanos. Se asentaron en las ciudades: Buenos Aires principalmente, pero tam-

bién Rosario, Córdoba, Mendoza. Allí aplicaron las habilidades que traían: el comercio ambulante al principio, luego pequeños negocios, talleres.

No llegaron en grandes grupos organizados, sino en cadenas migratorias: un hermano primero, que luego traía a otro hermano, luego a un primo, luego a una prometida desde Tetuán. Cada uno ayudaba al siguiente, recreando en el Nuevo Mundo las redes de solidaridad que habían existido en la *mellah*.

8.4. Buenos Aires: El Rastro de Mi Familia

Es en Buenos Aires, la gran capital argentina, donde encontré el rastro concreto y conmovedor de mi propia familia.

Y cuando digo ‘encontré’, no es metafórico. Literalmente encontré. Porque cuando empecé esta investigación con Daniela, yo no sabía nada de esto. Sabía que veníamos de Tetuán, que llegamos ‘hace mucho’ a Argentina. Pero nombres, fechas, hermanos, barcos... nada. Todo eso lo descubrí pieza por pieza, documento por documento, acta por acta.

Y cada descubrimiento era como encontrar una pieza de un rompecabezas que ni siquiera sabía que estaba armando.

La emigración de los Chocrón desde Tetuán comenzó en las últimas décadas del siglo XIX. Moisés Chocrón y Mery Azulay, mis tatarabuelos, tuvieron tres hijos que emprenderían ese viaje transatlántico: José, Rubén, y Jacobo. Este último fue registrado erróneamente como “Shocrón” al ingresar al país—uno de esos errores burocráticos que dividirían a una familia bajo apellidos distintos por el capricho de una pluma mal escuchada.

Los tres hermanos emigraron a Argentina entre 1880 y 1910, formando parte de esa ola migratoria que transformaría tanto a Argentina como a la diáspora sefardí marroquí.

José Chocrón, mi tatarabuelo, tuvo dos matrimonios. Primero con **Dolores Hassan**, quien falleció tempranamente dejándole un hijo, Jacobo. Luego se casó con **Clara Cohen**, con quien tuvo siete hijos más. Uno de ellos fue **Salomón Ramón Chocrón**—aunque no está claro si “Ramón” era realmente su nombre o si, una vez más, un oficial de inmigración confundió “Salomón” con “Ramón” en algún registro.

Mi bisabuelo Salomón llegó a Argentina el **25 de julio de 1907**, desembarcando en Buenos Aires como miles de otros jóvenes sefardíes que buscaban en el Nuevo Mundo las oportunidades que la *melлах* de Tetuán ya no podía ofrecer.

Cuando encontré ese dato —25 de julio de 1907— en los registros de inmigración digitalizados, me quedé mirando la pantalla durante largo rato. Ahí estaba. Salomón Chocrón. Edad: 23 años. Procedencia: Tetuán, Marruecos. Destino: Buenos Aires.

Era real. No era solo una historia que me habían contado. Había documentos. Había pruebas. Mi bisabuelo había existido, había cruzado el océano, había llegado a este país que ahora es el mío.

Intenté imaginar ese día. Un joven de 23 años, solo (su familia vendría después), bajando del barco después de semanas de viaje. Viendo por primera vez el Río de la Plata, tan ancho que no se ve la otra orilla. Escuchando español —un español distinto al que hablaba, pero reconocible. Sintiendo el frío de julio en el hemisferio sur, tan diferente del clima de Tetuán.

¿Qué pensó? ¿Tuvo miedo? ¿Emoción? ¿Arrepentimiento? Nunca lo sabré. Pero sé que fue lo suficientemente valiente —o lo suficientemente desesperado— como para hacer ese viaje.

Se estableció en Belgrano, entonces un barrio en crecimiento de Buenos Aires, se casó, y tuvo hijos que serían la primera generación de Chocrón nacidos en suelo argentino.

Una nueva generación que hablaba español, no Haketía. Que crecía en una ciudad moderna, no en una *mellah* medieval. Que eran argentinos, aunque sus padres nunca dejaran de ser marroquíes en el corazón.

8.5. Una Constelación de Apellidos

Aunque este libro sigue el hilo de mi apellido, Chocrón, es fundamental entender que nuestra historia no es única. Es el reflejo de la odisea de miles de familias sefardíes que hicieron el mismo viaje.

Al explorar los registros de nuestra comunidad —actas de matrimonio, certificados de defunción, listas de socios de las instituciones comunitarias— los mismos apellidos aparecen una y otra vez: Azulay, Benarroch, Carciente, Cohen, Serfaty, Toledano, Bendayan, Benchimol, Benoliel, Bensignor, Wahnón.³⁵

Cada apellido representa una familia, y cada familia tiene su propia versión de esta misma saga de exilio y renacimiento. Cada una trae sus propias historias, sus propias tragedias y triunfos. Pero todas comparten el núcleo fundamental: Tetuán, la expulsión de España, la esperanza argentina.

Cuando Daniela y yo empezamos a construir el árbol genealógico, estos apellidos empezaron a aparecer por todos lados. No solo en mi familia. En la suya. En las de todos los sefardíes marroquíes

de Argentina. Era imposible rastrear una línea sin toparse con un Azulay, un Benarroch, un Cohen.

Y cada vez que encontrábamos una conexión nueva, nos comparíamos la información, enviándonos capturas de pantalla o fotos por WhatsApp para documentar cómo las ramas se entrelazaban. Era como armar un rompecabezas gigante donde cada pieza encajaba de manera inesperada.

Y lo fascinante —y a veces frustrante— es que todas estas familias están entrelazadas. Los matrimonios endogámicos durante siglos en la *mellah* de Tetuán significan que prácticamente todos estamos relacionados de múltiples maneras. Un Chocrón se casa con una Azulay, cuya madre era Serfaty, cuyo abuelo era Benarroch... Las líneas se cruzan y se recruzan infinitamente.

8.6. Triple Minoría

Al llegar a Argentina, mis antepasados se encontraron en una situación curiosa y compleja. Eran una triple minoría:

1. **Judíos en un país mayoritariamente católico.** Argentina era —y sigue siendo— un país profundamente marcado por la tradición católica. La Constitución de 1853 establecía que el gobierno federal “sostiene el culto católico apostólico romano”, aunque garantizaba libertad de culto para otras religiones. Los judíos eran una minoría visible y, a menudo, objeto de prejuicios.
2. **Sefardíes dentro de una comunidad judía dominada por ashkenazíes.** La gran mayoría de los inmigrantes judíos que llegaron a Argentina entre 1880 y 1930 eran ashkenazíes de Europa

del Este: polacos, rusos, rumanos, húngaros. Hablaban yiddish, tenían sus propias tradiciones, su propia liturgia. Los sefardíes marroquíes, con su Haketía y sus costumbres distintas, eran una minoría dentro de la minoría.⁸⁵

3. **Marroquíes entre otros sefardíes.** Incluso dentro del mundo sefardí argentino, los marroquíes eran distintos. Había también sefardíes del Imperio Otomano —turcos, griegos, de los Balcanes— que hablaban ladino y tenían tradiciones diferentes.³⁵

Esta triple condición de minoría los empujó a una estrategia que ya habían practicado durante siglos: la autopreservación cultural a través de instituciones propias.

Pienso en esto y me pregunto: ¿cómo se debe sentir ser triple minoría? Yo, que soy argentino, algo blanco, casi educado, mayoritariamente heterosexual, nunca he sentido ese tipo de marginación múltiple. Nunca he tenido que crear mis propias instituciones porque las existentes no me aceptaban.

Mis bisabuelos sí. No encajaban completamente en ningún lado. Demasiado judíos para los católicos argentinos. Demasiado sefardíes para los ashkenazíes. Demasiado marroquíes para los otros sefardíes.

Así que hicieron lo que habían hecho durante siglos: se juntaron entre ellos y construyeron su propio mundo.

8.7. La Congregación Israelita Latina

En 1891, apenas una década después de que comenzara la inmigración significativa, los judíos sefardíes de Buenos Aires fundaron la Congregación Israelita Latina de Buenos Aires.⁷⁵

El nombre es revelador: “Latina”, no “Sefardí” ni “Marroquí”. Era una forma de enfatizar su herencia española, su conexión con el mundo latino, diferenciándose de los ashkenazíes de Europa del Este.

La Congregación estableció su templo en la calle Piedras, en el barrio de San Telmo, entonces un barrio de inmigrantes. El edificio, con su fachada modesta pero digna, sigue en pie hasta hoy, un testimonio de aquella comunidad pionera.³⁶

El templo era más que un lugar de oración. Era el centro de la vida social: allí se celebraban bodas y bar mitzvahs, se organizaban fiestas comunitarias, se resolvían disputas. Era un pedazo de la *mellah* recreado en Buenos Aires.

8.8. El Cementerio: La Autonomía Final

Pero la manifestación más profunda de la determinación por mantener la autonomía comunitaria fue la creación de su propio cementerio.

Los ritos funerarios son fundamentales en el judaísmo. La forma en que se lava el cuerpo, cómo se viste, las oraciones que se dicen, cómo se marca la tumba: todo sigue tradiciones específicas que varían entre comunidades.

Cuando los primeros sefardíes marroquíes comenzaron a morir en Buenos Aires, la comunidad ashkenazí —específicamente la Jevrá Kedushá, la sociedad de entierros— les ofreció espacio en su cementerio. Pero rápidamente se hizo evidente que las diferencias en los ritos eran demasiado significativas.

Así que en 1897, apenas seis años después de fundar su congregación, los sefardíes marroquíes establecieron su propia sociedad de entierros, la **Guemilut Hassadim** (“Actos de Bondad”, en hebreo), y

crearon su propio cementerio en Avellaneda, al sur de Buenos Aires.³⁶

El dato histórico es tanto triste como significativo: fue el primer cementerio judío en Argentina después del cementerio de los proxenetas —las víctimas judías de la trata de blancas que operaba en Buenos Aires en esa época, un capítulo oscuro de nuestra historia que merece su propio libro.

Caminar por ese cementerio hoy es caminar por la historia de mi comunidad. Las lápidas, muchas con inscripciones en hebreo y español, llevan los apellidos familiares: Chocrón, Azulay, Serfaty, Benarroch. Las fechas de nacimiento están en Tetuán, Tánger, Fez. Las fechas de muerte están en Buenos Aires, Rosario, Córdoba.

Fui a ese cementerio virtualmente, a través de miles de fotos disponibles en sitios como jewishgen.org. Pasé horas analizando imágenes de lápidas, leyendo nombres, buscando a nuestros ancestros.

Y los encontramos. Tumba tras tumba con nuestros apellidos. Gente que había hecho el mismo viaje que nosotros estábamos reconstruyendo con documentos digitales. Pero ellos lo habían vivido. Habían dejado todo. Habían cruzado el océano. Habían construido vidas nuevas en una tierra extraña.

Y ahora descansaban en Avellaneda, en un cementerio judío sefardí, a miles de kilómetros de Tetuán pero rodeados de sus paisanos, de gente con los mismos apellidos, las mismas historias.

Cada tumba es una historia de migración, de esperanza y pérdida, de un mundo que terminó y otro que comenzó.

8.9. La S del Desembarco: Una Familia Dividida

Hay una anécdota familiar que descubrí durante mi investigación y que ilustra perfectamente los azares de la inmigración. Es una historia pequeña, casi cómica, pero que tuvo consecuencias duraderas para nuestra familia.

Ya les hablé de tres hermanos Chocrón —José, Rubén y Jacobo— que llegaron desde Tetuán a Argentina entre 1880 y 1910. Aunque no necesariamente viajaron juntos, todos pasaron por el mismo proceso burocrático en el puerto de Buenos Aires, enfrentándose a oficiales de inmigración que debían transcribir nombres en lenguas que no comprendían.

Pero cuando llegó el momento de registrar sus nombres, algo salió mal.

En Haketía, la “CH” de Chocrón no se pronuncia como en español estándar. Tiene un sonido gutural, similar a la “SH” del inglés o del yiddish. Para un oído argentino no familiarizado con estas particularidades, la diferencia era casi imperceptible.

El oficial de migraciones que los atendió —probablemente un argentino o italiano que apenas entendía español, mucho menos Haketía— escuchó el apellido de manera diferente en cada hermano. O quizás cada hermano lo pronunció ligeramente distinto, nervioso ante la autoridad.

El resultado: José y Rubén fueron registrados como **Chocrón**, manteniendo la grafía tradicional. Pero Jacobo fue anotado como **Shocrón**—con una “S” inicial en lugar de “CH”.

Una letra. Una simple diferencia de una letra en un libro de registro, escrita en un momento de confusión en un puerto bullicioso, y una familia quedó dividida bajo dos apellidos.

Hoy, más de un siglo después, sus descendientes —primos de sangre— llevan apellidos distintos. Algunos somos Chocrón, otros son Shocrón. Aunque no nos cruzamos frecuentemente, tuve la oportunidad de conectar con algunos, como Ruth Shocrón, quien vive en Ushuaia y con quien he compartido documentos, charlas y videoconferencias reconstruyendo nuestra historia común. Somos la misma familia, solo nos separa una letra.

Pero es más que una anécdota curiosa. Es un recordatorio de que la identidad es frágil, maleable, sujeta a los caprichos del azar y la burocracia. Es un testimonio de que la historia se escribe no solo en los grandes eventos —guerras, expulsiones, migraciones— sino también en los pequeños momentos: un oficial distraído, una pronunciación malentendida, una pluma que escribe una letra en lugar de otra.

Este tipo de “bautismo burocrático” no era exclusivo de nuestra familia. Era una experiencia casi universal para los inmigrantes en las Américas. En Ellis Island, en Nueva York, hay innumerables historias —algunas verificadas, otras posiblemente míticas— de apellidos transformados por oficiales que no entendían polaco, yiddish, italiano, griego.

Nuestra pequeña fractura familiar era, en realidad, parte de un rito de paso casi universal en la experiencia migratoria: el momento en que tu nombre, tu identidad más básica, es reinterpretada por el Nuevo Mundo.

Y hay algo profundamente irónico en esto: mis ancestros guardaron su apellido, su identidad, su cultura durante cuatrocientos años en Marruecos. Sobrevivieron la expulsión de España. Mantuvieron vivo el recuerdo de Sefarad. Hablaron Haketía durante generaciones.

Y luego, en cinco minutos en un puerto de Buenos Aires, un oficial distraído divide a la familia con una letra mal escrita.

A veces pienso que esa letra —esa ‘S’ en lugar de ‘CH’— es la mejor metáfora de la experiencia migratoria que conozco. Porque la migración no es solo dejar un lugar y llegar a otro. Es ser transformado por el viaje. Es que te reinterpreten. Es perder control sobre tu propia identidad y ver qué sobrevive del otro lado.

Los hermanos Chocrón cruzaron el océano juntos, en espíritu al menos. Pero desembarcaron como dos familias diferentes. Y así seguimos, más de un siglo después: Chocrón y Shocrón, la misma sangre, apellidos distintos, unidos por una historia que casi se pierde pero que ahora, finalmente, estoy contando.

Capítulo 9

Venezuela y Estados Unidos

9.1. Los Primeros Sefardíes en Norteamérica

La historia judía en lo que hoy es Estados Unidos comenzó con los sefardíes, mucho antes de la gran ola migratoria del siglo XIX que traería millones de ashkenazíes desde Europa del Este.

En septiembre de 1654, un pequeño barco francés llamado *Sainte Catherine* llegó a Nueva Ámsterdam —la futura Nueva York, entonces una colonia holandesa. A bordo venían 23 refugiados judíos sefardíes: cuatro parejas, dos viudas y trece niños.⁷⁶

No era su destino planeado. Venían de Recife, en el noreste de Brasil, donde había florecido una próspera comunidad judía bajo el dominio holandés. Muchos eran descendientes de conversos que habían huido de España y Portugal siglos atrás, encontrando finalmente en el Brasil holandés un lugar donde podían volver abiertamente al judaísmo.

Pero en 1654, los portugueses reconquistaron Recife. Y con los portugueses llegó la Inquisición. Los judíos tuvieron que huir nuevamente. Algunos volvieron a Holanda. Otros fueron a las colonias holandesas del Caribe. Y este pequeño grupo de 23 terminó en Nueva Ámsterdam.

Su llegada no fue bienvenida. Peter Stuyvesant, el gobernador holandés de la colonia, quería expulsarlos. En una carta a la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, los describió como “esta nación engañosa” y pidió permiso para echarlos.

Pero la Compañía, que tenía accionistas judíos influyentes en Ámsterdam, negó el permiso. Los refugiados podían quedarse, siempre y cuando no fueran una carga para la colonia.

Así, casi por accidente, se fundó la primera comunidad judía de Norteamérica. Se llamaron **Shearith Israel** (“Remanente de Israel”),

y la congregación existe hasta hoy en Nueva York, la sinagoga en funcionamiento continuo más antigua de Estados Unidos.⁷⁶

Estos primeros sefardíes se distinguían por su cultura de base hispano-portuguesa, su orgullo de linaje que los conectaba con la grandeza perdida de Sefarad, y su habilidad para el comercio.⁷⁶ Se establecieron en varios puertos a lo largo de la costa atlántica: Newport en Rhode Island, Filadelfia, Charleston en Carolina del Sur, Savannah en Georgia.

Eran pocos —quizás nunca más de 3,000 en todas las colonias juntas— pero prósperos y bien conectados. Comerciabán con el Caribe, con Europa, con otras colonias. Algunas familias se volvieron muy ricas.

Y cuando llegó la Revolución Americana, muchos la apoyaron activamente. Haym Salomon, un judío sefardí de Polonia que se había establecido en Filadelfia, fue un financiero crucial para el esfuerzo de guerra revolucionario.⁷⁶ Murió en bancarrota después de prestar enormes sumas al gobierno revolucionario que nunca fueron completamente repagadas.

La república que ayudaron a fundar les dio algo sin precedentes: plena ciudadanía. La Constitución de Estados Unidos no mencionaba la religión como requisito para ocupar cargos públicos. La Primera Enmienda garantizaba la libertad religiosa. Por primera vez en la historia moderna, los judíos eran ciudadanos plenos de un estado.

Pienso en eso y me maravillo. Mis ancestros fueron dhimmis en Marruecos durante cuatrocientos años. Antes de eso, habían sido expulsados de España. Antes de eso, habían vivido bajo restricciones en distintos imperios.

Y de repente, en 1787, un grupo de revolucionarios en América del Norte decide: la religión no importa para la ciudadanía. Todos son iguales ante la ley.

Debe haber sonado imposible para los judíos de esa época. Y sin embargo, funcionó. No perfectamente —el antisemitismo existía y existe— pero mejor que en cualquier otro lugar hasta ese momento.

Aunque las grandes migraciones judías del siglo XIX y XX serían abrumadoramente ashkenazíes —más de dos millones de judíos de Europa del Este llegaron a Estados Unidos entre 1880 y 1924⁷⁶— cambiando para siempre la demografía del judaísmo estadounidense, la herencia de aquellos primeros pioneros sefardíes permanece como la piedra fundacional.

9.2. Venezuela: El Refugio Caribeño

Mientras mi rama familiar se establecía en Argentina, otros sefardíes marroquíes encontraron su hogar en Venezuela. Su historia tiene características únicas que vale la pena explorar.

La conexión judía con Venezuela comenzó, curiosamente, en una isla que nunca fue venezolana: **Curazao**. Esta isla caribeña, parte de las Antillas Holandesas, se convirtió en un importante centro judío desde el siglo XVII. Los holandeses, con su política de tolerancia religiosa, permitieron que los judíos sefardíes se establecieran allí y prosperaran.⁷⁷

La sinagoga de Curazao, Mikvé Israel-Emanuel, fundada en 1674, es la sinagoga en funcionamiento continuo más antigua de las Américas. Su piso cubierto de arena —una tradición que se dice recuerda los días de la Inquisición cuando los judíos practicaban en secreto y

necesitaban amortiguar el sonido de sus pasos— es uno de los símbolos más conmovedores de la persistencia sefardí.

Desde Curazao, los judíos comerciaban con tierra firme. Y cuando las guerras de independencia hispanoamericanas comenzaron a principios del siglo XIX, jugaron un papel sorprendente.

Simón Bolívar, el Libertador, encontró refugio en Curazao durante uno de los momentos más oscuros de su campaña. Las familias judías de la isla —los Ricardo, los de Lima, los Meza— le dieron apoyo financiero y logístico crucial.⁷⁷ Cuando Bolívar triunfó y Venezuela obtuvo su independencia, no olvidó esa deuda.

En 1821, la nueva República de Venezuela promulgó la libertad de cultos. Las puertas estaban abiertas. En 1824, familias sefardíes de Curazao se establecieron en Coro, en la costa venezolana, donde fundaron el **cementerio judío más antiguo de América en uso continuo**.⁷⁷

Pero la migración directa desde Marruecos comenzó más tarde, a mediados del siglo XIX, impulsada por las mismas crisis que llevaron a otros a Argentina y Brasil.²⁸ En 1844, grupos de judíos marroquíes llegaron a Barcelona, una ciudad en el oriente de Venezuela (no confundir con la Barcelona española).⁸⁶

Estos primeros inmigrantes eran típicamente hombres solteros que comenzaban como buhoneros —vendedores ambulantes que recorrían el campo con sus mercancías a cuestas o en burros. Era un trabajo duro, solitario, a menudo peligroso. Pero les permitía ahorrar.

Con el tiempo, los buhoneros exitosos abrían tiendas en los pueblos. Luego traían a hermanos, primos, prometidas desde Marruecos. Las cadenas migratorias se fortalecían.

Lo que hizo de Venezuela un destino especialmente atractivo en el siglo XX fue el petróleo. Cuando se descubrieron los vastos yacimientos petroleros y Venezuela se convirtió en uno de los países más ricos de América Latina, la inmigración judía —incluida la sefardí marroquí— se aceleró.⁷⁷

Para mediados del siglo XX, la comunidad judeo-marroquí había crecido hasta constituir aproximadamente el **55 % de la población judía total de Venezuela**, un caso único en América Latina.⁷⁷ Esto le dio al judaísmo venezolano un carácter predominantemente sefardí, muy diferente de Argentina o Brasil donde los ashkenazíes eran mayoría.

Los judíos sefardíes de Venezuela contribuyeron significativamente a la vida del país. Fueron comerciantes, industriales, profesionales. Algunos ocuparon cargos políticos importantes. La comunidad prosperó durante décadas.

Pero luego vino el chavismo y todo cambió. La crisis económica y política que devastó a Venezuela desde finales de los 90s provocó una nueva diáspora. Miles de judíos venezolanos han emigrado, principalmente a Israel, Estados Unidos y Panamá. La vibrante comunidad que alguna vez fue está ahora en peligro de desaparecer.

Es el ciclo eterno de la historia judía: establecimiento, prosperidad, crisis, dispersión, nuevo comienzo en otro lugar.

9.3. La Gran Migración del Siglo XIX

Para entender plenamente la migración sefardí marroquí a las Américas, necesito ponerla en contexto. Porque nuestra historia, aunque importante para nosotros, era apenas una nota al pie en el gran éxodo judío de finales del siglo XIX y principios del XX.

Entre 1880 y 1924, más de dos millones de judíos abandonaron Europa del Este, principalmente el Imperio Ruso y sus territorios (Polonia, Lituania, Ucrania, Bielorrusia) y el Imperio Austro-Húngaro (Galitzia, Hungría, Rumania).⁷⁶ La mayoría fue a Estados Unidos. Cientos de miles fueron a Argentina, Brasil y otros países de América Latina.

Estos judíos —los ashkenazíes— no emigraban buscando mejores oportunidades económicas, aunque eso también jugaba un papel. Huían por sus vidas. Huían de los pogromos, las masacres organizadas que barrían las aldeas judías con regularidad aterradora. Huían de las leyes discriminatorias que los confinaban a la Zona de Asentamiento, que les prohibían ciertos oficios, que limitaban su acceso a la educación.

En comparación, la emigración sefardí marroquí era mucho más pequeña —quizás decenas de miles en total— y menos desesperada. Nuestros ancestros dejaban atrás pobreza y discriminación, sí, pero no masacres sistemáticas. Buscaban oportunidades, no solo supervivencia.

Esta diferencia en las circunstancias de la emigración tuvo efectos duraderos. Los ashkenazíes llegaban a América con trauma, pero también con una determinación férrea de reconstruir y tener éxito. Traían tradiciones de activismo político —socialismo, bundismo, sionismo— que transformarían el judaísmo americano.

Los sefardíes marroquíes, en cambio, llegaban con expectativas más modestas y estrategias más conservadoras. Querían establecerse, prosperar, mantener sus tradiciones. No buscaban revolucionar nada.

Y por ser tan pocos en comparación con los ashkenazíes, a menudo éramos invisibles en la narrativa mayor del judaísmo americano. Las grandes instituciones judías —los sindicatos, los movimientos políticos, los centros comunitarios, las federaciones— fueron creados por y para ashkenazíes. Los sefardíes éramos, una vez más, una minoría dentro de la minoría.

Cuando pensás en ‘judíos’, la imagen cultural dominante es probablemente un ashkenazí de Europa del Este. El estereotipo del judío de Nueva York, con acento yiddish, comiendo bagels. Esa es la representación que domina películas, libros, la cultura popular.

Pero nosotros, los sefardíes, existimos. Tenemos nuestra propia historia, nuestra propia lengua (Haketía, no yiddish), nuestra propia comida (cuscús, no gefilte fish), nuestras propias tradiciones. Y durante mucho tiempo, esa historia fue ignorada, incluso dentro de la comunidad judía.

Este libro, en parte, es mi intento de corregir eso. De decir: acá estamos. Esta también es una historia judía. Esta también es una historia americana.

9.4. Legado y Continuidad

A lo largo del siglo XX, mi familia y miles de otras familias judeo-marroquíes se integraron exitosamente en las sociedades latinoamericanas. Las generaciones nacidas en Argentina, Venezuela, Brasil, accedieron a la educación superior, se destacaron en diversas profesiones, contribuyeron al tejido cultural y económico de sus países.³⁵

No fue siempre fácil. El antisemitismo existía y existe en América Latina. Hubo y hay discriminación. En Argentina, el atentado

terrorista contra la AMIA en 1994, que mató a 85 personas, fue un recordatorio brutal de que el odio persiste.

Una de esas 85 personas era mi tío Jacobo Chemanuel. No llegué a conocerlo, pero su nombre está en la lista de víctimas. Está en el memorial. Es parte de nuestra historia familiar, una cicatriz que no se cierra.

El atentado dejó claro algo que quizás algunos judíos argentinos habían olvidado o querido olvidar: que podés vivir en un país durante generaciones, podés sentirte completamente argentino, y aun así hay quienes te ven solo como judío, solo como objetivo.

Pero en general, América Latina ofreció a los judíos oportunidades que no habían tenido en siglos. Ciudadanía plena. Educación. Movilidad social. La posibilidad de ser judío y argentino, judío y venezolano, judío y brasileño, sin tener que elegir.

El legado intelectual y creativo de la diáspora sefardí norteafricana en América es notable. Pienso en figuras como **Isaac Chocrón** (1930-2011), el célebre dramaturgo venezolano.⁵¹

Aunque comparte nuestro apellido y su padre era de Ceuta — otra ciudad del norte de Marruecos con fuerte presencia sefardí, y su madre era Serfaty—, no logré establecer la conexión genealógica directa. Pero dado lo endogámica que era nuestra comunidad, es casi seguro que compartimos ancestros comunes en el Magreb del siglo XIX.

Sus obras exploraban temas de identidad, familia, pertenencia —temas que resuenan con la experiencia de ser sefardí en América Latina, de vivir entre mundos: entre tradición y modernidad, entre la memoria de Sefarad y la realidad del Nuevo Mundo.

Aquí en Argentina, figuras como **Alejandro Chocrón**, fundador de FIBO y vocal en Junior Achievement Argentina, continúan llevando nuestro apellido en el ámbito empresarial y filantrópico.⁵³

Estos ejemplos me muestran algo fundamental: la resiliencia, la adaptabilidad y la riqueza cultural forjadas a lo largo de un viaje de dos milenios han permitido a nuestro linaje no solo sobrevivir, sino prosperar y dejar una marca indeleble en las sociedades que nos acogieron.

El hilo rojo que comenzó con un antepasado pelirrojo en el Levante antiguo, que se extendió por España medieval, que sobrevivió al exilio en Marruecos, ese hilo no se rompió al cruzar el Atlántico. Se estiró, se ramificó, se entrelazó con nuevos hilos en el Nuevo Mundo.

Y continúa, vibrante y tenaz, hasta el presente.

Pero también está frágil. Cada generación que pasa, el hilo se adelgaza un poco más. La Haketía se pierde. Las tradiciones se olvidan. Los jóvenes se asimilan, se alejan.

Y entonces alguien —alguien como yo, alguien como Daniela— decide buscar. Decide preguntar. Decide que esas historias importan, que esos nombres perdidos merecen ser recordados, que ese hilo rojo merece ser preservado aunque sea en forma de libro, de árbol genealógico, de memoria digital.

Porque si no lo hacemos nosotros, ¿quién lo va a hacer? Si no contamos nuestra propia historia, ¿quién la va a contar

Capítulo 10

Israel: La Otra Orilla

10.1. La Rama que se Separó

Mientras mi bisabuelo Salomón Ramón Chocrón construía una vida en Belgrano, Buenos Aires, y otros primos sefardíes probaban suerte en Caracas, Venezuela, o en Estados Unidos, hubo una parte significativa de mi pueblo —quizás la mayoría— que tomó un camino radicalmente distinto. No buscaron prosperidad en el Nuevo Mundo occidental; buscaron redención en Sion, la tierra ancestral.

Esta es una parte de mi historia familiar que conozco menos íntimamente, porque mi rama específica eligió América. Pero para entender completamente quiénes somos los Chocrón, necesito reconocer que hay miles de primos —algunos que comparten mi apellido, otros conectados por esas líneas endogámicas imposibles de desenredar— que ahora viven en Israel, hablan hebreo y construyeron un país prácticamente de la nada.

Su historia es tan parte de la mía como la de los que llegaron al Río de la Plata.

Y hay algo que me genera una mezcla extraña de fascinación y melancolía: mientras yo rastreaba la historia de mi familia en archivos argentinos, seguramente había otra persona —quizás un Chocrón, quizás un primo con otro apellido— haciendo lo mismo en Israel. Buscando los mismos ancestros de Tetuán, construyendo su propio árbol genealógico, pero desde la otra orilla del mundo.

10.2. El Sionismo en Marruecos

El sionismo —el movimiento político para establecer un estado judío en la antigua tierra de Israel— nació en Europa a finales del

siglo XIX como respuesta al antisemitismo. Pero resonó de manera muy diferente en las comunidades sefardíes de Marruecos.

Para los judíos europeos, el sionismo era a menudo un proyecto secular, nacionalista, casi socialista. Era una forma de “normalizar” al pueblo judío, convertirlo en una nación como las demás.

Para los judíos marroquíes, el sionismo tenía una dimensión más mística, más religiosa. La idea de regresar a Eretz Israel (la Tierra de Israel) no era una invención moderna; era una oración que habíamos repetido durante dos mil años: “El año que viene en Jerusalén”. El sionismo moderno simplemente proponía convertir esa plegaria en un programa político.

A partir de los años 1940, agentes sionistas comenzaron a operar en Marruecos, organizando la *Aliyah* (“ascenso”, el término hebreo para la inmigración a Israel). Fundaron escuelas, enseñaron hebreo moderno, difundieron la visión de un futuro en una tierra propia.

10.3. El Nacimiento de Israel

Cuando Israel declaró su independencia en mayo de 1948, el mundo árabe reaccionó con furia. Los ejércitos de Egipto, Jordania, Siria, Líbano e Irak invadieron el nuevo estado. Comenzó lo que los israelíes llaman la Guerra de Independencia y los árabes llaman la *Nakba* (la Catástrofe).

En Marruecos, aunque no participó militarmente en la guerra, hubo disturbios antijudíos. En junio de 1948, un pogrom en Oujda y Jerada dejó 44 judíos muertos.⁶⁷ El mensaje era claro: el conflicto en Palestina tenía consecuencias para los judíos de todo el mundo árabe, sin importar que no tuvieran nada que ver con el sionismo europeo.

La emigración a Israel, que había sido un goteo, se convirtió en un torrente.

Y acá está la pregunta que me hago: ¿por qué mi bisabuelo eligió Argentina y no Israel? Bueno, llegó en 1907, cuatro décadas antes de que Israel existiera. Pero las generaciones que vinieron después, que vivieron la creación de Israel en 1948, ¿consideraron ir? ¿Pensaron en hacer aliyá? ¿O ya se sentían demasiado argentinos para irse?

No lo sé. Esas conversaciones, si existieron, no quedaron registradas.

10.4. La Operación Yachin: Éxodo Clandestino

Entre 1961 y 1964, el Mossad (la agencia de inteligencia israelí) organizó una operación secreta llamada **Operación Yachin** para sacar a los judíos marroquíes. Era necesaria porque el gobierno marroquí, aunque no directamente hostil, había prohibido la emigración a Israel bajo presión de otros países árabes.

Los judíos que querían ir a Israel debían hacerlo clandestinamente.²⁵ Cruzaban la frontera hacia Argelia o Gibraltar, desde donde eran transportados en barcos y aviones a Israel. Familias enteras dejaban todo atrás —casas, negocios, posesiones acumuladas durante generaciones— con lo puesto.

Entre 1948 y 1967, más de 250,000 judíos marroquíes emigraron, la gran mayoría a Israel.²⁵ Era un éxodo comparable en escala a la expulsión de 1492, pero esta vez voluntario, motivado por la esperanza más que por el terror.

10.5. Ma'abarot: Los Campos de Tránsito

Llegaron a un Israel que apenas tenía tres años, pobre, rodeado de enemigos, luchando por absorber cientos de miles de inmigrantes de docenas de países. No había casas suficientes, ni trabajo suficiente, ni infraestructura suficiente.

Los recién llegados fueron alojados en *ma'abarot*, campos de tránsito: tiendas de campaña o barracas de chapa ondulada en el desierto o en las periferias de las ciudades. Las condiciones eran duras. Hacía frío en invierno, un calor insoportable en verano. La comida era escasa y monótona.

Peor aún, enfrentaron discriminación. La élite política y cultural de Israel era abrumadoramente *ashkenazí* —judíos de Europa del Este con su yiddish, su cultura secular socialista, su desdén por la religiosidad tradicional. Miraban a los judíos sefardíes y mizrajíes (orientales) con una mezcla de paternalismo y desprecio.

Los llamaban despectivamente “primitivos”, “atrasados”, “demasiado árabes”. Se esperaba que los inmigrantes de países árabes abandonaran su cultura —su música, su comida, sus tradiciones— y se asimilaran a la cultura *ashkenazí* que se presentaba como el “verdadero” judaísmo moderno.

Fue una experiencia traumática para muchos. Habían venido buscando redención y encontraron humillación.

Esta parte de la historia me indigna. Porque es el mismo patrón que se repite una y otra vez: una élite que define qué es ‘civilizado’ y qué es ‘primitivo’, qué cultura vale y cuál debe ser borrada. Los *ashkenazíes* sufrieron eso en Europa. Y luego, cuando tuvieron poder, lo reprodujeron con los mizrajíes.

Es un recordatorio de que la opresión no enseña automáticamente empatía. A veces solo enseña los mecanismos del poder.

10.6. De la Periferia al Centro

Pero, con esa resiliencia que habían desarrollado durante siglos de supervivencia en la *mellah*, los judíos marroquíes y otros mizrajíes transformaron Israel desde abajo.

Construyeron las ciudades de desarrollo (*ayarot pituach*) en el desierto del Neguev: Be'er Sheva, Dimona, Ashdod. Trabajaron en la agricultura, en la construcción, en los servicios. Sirvieron en el ejército, lucharon en las guerras de 1967 y 1973.

Y lentamente, generación tras generación, conquistaron espacio cultural y político. La música mizrají —con sus melodías árabes y sus ritmos que la élite ashkenazí había despreciado como “música de casete”— se convirtió en el sonido dominante de Israel. La comida sefardí y mizrají —*hummus*, *falafel*, *couscous*, *malawaj*— se convirtió en la comida nacional, mucho más que el *gefilte fish* ashkenazí.

Políticamente, los mizrajíes se organizaron. En las elecciones de 1977, por primera vez en la historia de Israel, un partido derechista (Likud) ganó, en gran parte con el apoyo de votantes mizrajíes hartos de ser tratados como ciudadanos de segunda clase por la élite laborista ashkenazí.

Hoy, más de setenta años después de las primeras *aliyot* masivas desde Marruecos, los judíos de origen marroquí son la comunidad más grande de Israel. Han dado al país presidentes, primeros ministros, generales, artistas, rabinos.

La cultura israelí contemporánea es, en muchos sentidos, más mizrají que ashkenazí. El Israel que existe hoy no es el que soñaron los

fundadores europeos ashkenazíes; es el que construyeron millones de judíos de países árabes que llegaron sin nada y lo transformaron todo.

Y pienso: si mi bisabuelo hubiera elegido Israel en lugar de Argentina, yo sería israelí. Hablaría hebreo. Habría hecho el servicio militar. Viviría en un país en conflicto permanente, pero también en un país donde ser judío es la norma, no la excepción.

¿Sería más feliz? ¿Más realizado? ¿Más conectado con mi identidad? No lo sé. Son preguntas sin respuesta, vidas alternativas que nunca se concretaron.

10.7. Mis Primos de la Otra Orilla

No tengo contacto directo con mis primos israelíes. No sé exactamente cuántos son ni dónde viven. Pero sé, estadísticamente, que existen. Con tanta endogamia en nuestra comunidad marroquí, y con más de la mitad de esa comunidad emigrando a Israel, es inevitable que haya Chocrón —o Benarroch, o Azulay, o cualquiera de los otros apellidos entrelazados con el mío— viviendo en Tel Aviv o Jerusalén o algún moshav en el Neguev.

Quizás algunos sirvieron en las FDI (Fuerzas de Defensa de Israel). Quizás alguno murió en una de las guerras. Quizás hay primos míos que son músicos, tocando música andalusí en festivales. O rabinos, preservando las tradiciones sefardíes en yeshivot en Jerusalén. O simplemente gente común viviendo vidas comunes en un país extraordinario.

Son parte de mi historia tanto como los que están enterrados en el cementerio sefardí de Avellaneda. Somos dos mitades de una mis-

ma naranja, partida por la geopolítica del siglo XX pero unida por la misma memoria ancestral, los mismos apellidos, el mismo ADN.

Ellos eligieron construir un estado. Nosotros elegimos construir vidas en la diáspora. No hay una elección moralmente superior a la otra. Ambas son válidas. Ambas son parte de la respuesta judía a la pregunta eterna: ¿Cómo sobrevivimos? ¿Cómo florecemos?

10.8. La Otra Orilla

Para mí, Israel siempre será “la otra orilla”. El camino no tomado. La familia que no conozco. La vida alternativa que podría haber vivido si mis bisabuelos hubieran hecho una elección diferente en algún muelle de Tánger hace más de un siglo.

No soy sionista en el sentido político. No creo que todos los judíos deban vivir en Israel. Pero siento una conexión profunda con ese país, no por ideología sino por sangre. Es donde vive la otra mitad de mi pueblo. Es donde el hilo rojo de mi linaje tiene otra rama, tan legítima y vital como la mía.

Y si este libro cae en manos de algún primo israelí que comparte conmigo este apellido Chocrón, este ADN cananeo, esta memoria de Tetuán y Sefarad, quiero que sepa: te veo. Te reconozco. Somos familia, separados por un océano y medio siglo, pero familia al fin.

Seguiste el hilo hacia el este, hacia la tierra ancestral. Yo lo seguí hacia el oeste, hacia el exilio permanente que se convirtió en hogar.

Ambos caminos son válidos. Ambos son parte de quiénes somos.

Capítulo II

El Regreso Simbólico

11.1. La Justicia Poética de 2015

Más de quinientos años después de que los Reyes Católicos firmaran el Edicto de Expulsión en el palacio de la Alhambra, la historia dio un giro inesperado que parecía sacado de una novela. El 11 de junio de 2015, el gobierno español promulgó la Ley 12/2015, que ofrecía la nacionalidad española a los descendientes de los judíos sefardíes expulsados en 1492.⁸⁰

No era una simple ley migratoria diseñada para atraer inversores o trabajadores calificados. Era algo mucho más profundo: un acto de reparación histórica. España reconocía, por primera vez de manera oficial y legal, que la expulsión de 1492 había sido una injusticia. Que Sefarad no era solo un capítulo cerrado de su pasado, sino una parte viva de su identidad que había sido amputada violentamente y que merecía ser reconectada.

El entonces Ministro de Justicia, Rafael Catalá, lo expresó en términos que emocionan: “Es una manera de corregir un error histórico y reparar, de algún modo, una herida que permaneció abierta durante quinientos años.”

Una herida de quinientos años. Exactamente.

España estaba diciendo: sí, pasó. Sí, fue injusto. Y queremos, de alguna manera, repararlo.

11.2. El Precedente Portugués

España no fue la primera. En 2013, Portugal había aprobado una ley similar, aunque con criterios algo diferentes. Pero la ley española tuvo un impacto mucho mayor porque la comunidad sefardí global

tiene lazos más fuertes con España que con Portugal, lingüística y culturalmente.

Cuando la ley española fue anunciada, desató una reacción en cadena en comunidades sefardíes de todo el mundo: Israel, Turquía, los Balcanes, América Latina, Estados Unidos. De repente, miles de personas que se habían considerado turcos, argentinos, venezolanos, brasileños, se dieron cuenta de que podían ser, legalmente, españoles también.

II.3. El Trámite del Alma

Pero no era automático. Había que probarlo. Había que demostrar que realmente descendías de los expulsados de Sefarad. Y aquí comenzó una carrera febril que fue, en sí misma, un fenómeno histórico fascinante.

Los requisitos incluían:

1. **Certificado de la Federación de Comunidades Judías de España** que confirmara tu origen sefardí
2. **Certificado de rabino competente** que atestiguara tu pertenencia a la comunidad sefardí
3. **Prueba de conocimiento** de español y de cultura constitucional española (un examen estandarizado)
4. **Documentos genealógicos** que rastrearán tu linaje

Para muchos, esto significó una inmersión profunda en su propia historia familiar. Archivos parroquiales, actas de nacimiento de bisabuelos, certificados de la Alliance Israélite Universelle, documentos de inmigración a Argentina o Venezuela. La burocracia se convirtió en una herramienta de redención histórica.

Y acá está lo irónico: la ley española logró lo que décadas de educación judía no habían logrado. De repente, gente que apenas sabía que era sefardí estaba investigando su genealogía, aprendiendo sobre la expulsión de 1492, reconectando con una identidad que habían dejado dormir.

Un pasaporte europeo es un motivador poderoso. Pero el proceso de conseguirlo obligaba a la gente a confrontar su propia historia. A aprender quiénes eran antes de poder demostrar de dónde venían.

Hubo toda una industria que surgió alrededor de esto: genealogistas profesionales, abogados especializados, academias que preparaban para el examen DELE (Diploma de Español como Lengua Extranjera), rabinos que emitían certificados.

11.4. El Significado Más Allá del Documento

Pero aquí está lo extraordinario: la mayoría de la gente que aplicó no lo hizo para mudarse a España. No buscaban un trabajo en Madrid ni una casa en Barcelona. La tasa de emigración real de beneficiarios de esta ley hacia España es mínima.

Lo hicieron por algo mucho más profundo. Lo hicieron para cerrar una herida. Para completar un círculo. Para tener ese documento, ese pasaporte color burdeos con el escudo real, y poder decirle simbólicamente a Isabel y Fernando, quinientos años después: “Nos echaron. Pero hemos vuelto. Seguimos aquí. No nos borraron.”

Es una forma de decir: ganamos. Ustedes intentaron borrar a los judíos de España. Y fracasaron. Porque acá estamos, cinco siglos después, volviendo no como suplicantes sino como ciudadanos con derechos.

Hay algo profundamente satisfactorio en eso. Algo que va más allá de lo práctico.

11.5. La Reparación Simbólica

Yo no apliqué, pero celebro con emoción genuina que primos y miles de sefardíes de todo el mundo hayan obtenido esa ciudadanía. Es una victoria simbólica inmensa. Es el reconocimiento de que lo que se hizo en 1492 fue un error, una injusticia, un crimen contra un pueblo que había sido parte integral de España durante más de un milenio.

¿Por qué no apliqué yo? Honestamente, no sentí que lo necesitaba en ese momento y etapa de mi vida. Me sentía bien siendo argentino, con mi identidad y mi pertenencia claras. Y parte de mí sentía que aplicar solo por el beneficio práctico de un pasaporte europeo era... no sé, como traicionar el significado simbólico de la ley. Como reducir quinientos años de historia a un trámite migratorio conveniente.

Pero esa es solo mi perspectiva. Y no juzgo a nadie que haya aprovechado esta oportunidad. Al contrario, los entiendo perfectamente.

Es España diciendo, finalmente: “Lo sentimos. Os equivocamos. Deberíais haber podido quedaros. Erais parte de nosotros.”

Ese reconocimiento vale oro. No borra el dolor. No resucita a los que murieron en el exilio. No devuelve las casas, los negocios, las vidas que se perdieron. Pero es un gesto de justicia histórica que importa.

Y en términos prácticos, un pasaporte español es un pasaporte de la Unión Europea. Para alguien viviendo en un país latinoamericano con inestabilidad económica o política, es un salvavidas poten-

cial. Es la opción de irse si las cosas se ponen feas. Es seguridad para los hijos y nietos.

II.6. El Verdadero Retorno

Pero para mí, el verdadero retorno no es legal, sino existencial. He vuelto a Sefarad cada vez que escribí una página de esta historia. Cada vez que investigué un documento. Cada vez que conecté un nombre en el árbol genealógico. Cada vez que entendí una palabra en Haketía.

Sefarad no es un territorio geográfico al que se viaja en avión. No es un país con fronteras y gobierno. Sefarad es un **territorio de la memoria**, un **país del alma** que llevamos dentro los que descendemos de aquellos expulsados.

Es la canción que tu abuela cantaba. Es el refrán que tu padre repetía sin saber de dónde venía. Es la nostalgia inexplicable que sientes cuando ves imágenes de Toledo o Granada, aunque nunca hayas estado allí. Es el reconocimiento inmediato cuando conoces a otro sefardí, sin importar de qué país venga, porque compartes algo más profundo que la nacionalidad.

De ese país —Sefarad del alma— nunca fuimos expulsados. Y a ese país he regresado al escribir este libro.

Y en cierto sentido, este libro es mi pasaporte sefardí. No emitido por ningún gobierno, no válido para cruzar fronteras. Pero válido para transmitir identidad. Válido para decir: esto es quién soy, esto es de dónde vengo, esto es lo que mis ancestros sobrevivieron para que yo pudiera estar acá.

Ese pasaporte no expira nunca.

11.7. La Ley Expira, la Memoria No

La ley española tenía fecha de expiración. Originalmente se podía aplicar hasta octubre de 2019, luego se extendió hasta 2021. Entre 2015 y el cierre del plazo, más de **150,000 personas** solicitaron la nacionalidad española bajo esta ley.⁷² Decenas de miles la obtuvieron.

Es un número asombroso. Es prueba de que quinientos años después, la diáspora sefardí no solo existe sino que prospera. Que somos cientos de miles, quizás millones, dispersados por el mundo pero unidos por una memoria común.

La ley puede haber expirado, pero la memoria no expira. La conexión no expira. Sefarad vive en cada uno de nosotros que conoce esta historia y la transmite.

Y esa es una forma de retorno que ningún gobierno puede otorgar ni negar. Es un retorno que se gana al conocer de dónde vienes, al honrar a los que vinieron antes, al transmitir la historia a los que vendrán después.

En ese sentido, volví a Sefarad. Y vos, lector, si llegaste hasta acá en este libro, hiciste el viaje conmigo.

Capítulo 12

El Manuscrito Genético

12.1. El Testigo Molecular

Después de meses de investigación —rastreando documentos en archivos, construyendo árboles genealógicos, leyendo sobre la historia sefardí desde la expulsión hasta el Protectorado—, llegué a un punto donde las fuentes escritas ya no podían llevarme más lejos.

Había reconstruido la historia de mi familia desde 1492, desde Tetuán hasta Buenos Aires. Había trazado la vida en la mellah, el impacto transformador de la Alliance, la paradoja del Protectorado español. Pero quedaban preguntas más profundas sin responder. ¿Cómo podía estar seguro de esta narrativa que se remontaba miles de años atrás, hasta la Edad de Bronce? ¿Cómo conectar los hilos de milenios de historia con certeza científica?

La respuesta estaba, literalmente, dentro de mí: en mi ADN.

Decidí hacerme una prueba de ADN a través de MyHeritage, una de las plataformas más completas para análisis de ancestría. No voy a mentir: tenía expectativas. Después de meses investigando, después de construir árboles genealógicos con más de mil quinientas personas, después de leer sobre fenicios y cananeos y expulsiones, quería confirmación. Quería pruebas irrefutables de que todo lo que había descubierto era real.

El kit llegó por correo. Un par de hisopos de algodón. Frotás el interior de las mejillas, los guardás en los tubitos con líquido conservante, y lo mandás de vuelta. Parece tan simple para algo que va a leer la historia de cinco mil años escrita en tus células.

Cuando llegaron los resultados, sentí que estaba abriendo un manuscrito antiguo escrito en un lenguaje que solo la ciencia moderna podía traducir. No era una simple categorización racial —la genética moderna ha demostrado que ese concepto es obsoleto.³⁸ Era algo

mucho más rico y complejo: un tapiz que reflejaba milenios de viajes, encuentros y mezclas.

Me quedé analizando los datos con fascinación. Gráficos de torta con colores. Porcentajes. Nombres de culturas antiguas que había estudiado en libros ahora aparecían como componentes de mi propio cuerpo. Era surreal.

Cada porcentaje, cada marcador genético, era un eco del pasado, una huella dejada por mis ancestros en su largo viaje. Mi ADN se había convertido en el testigo biológico que confirmaba la historia que había reconstruido a través de documentos y libros.

Pero también era más que eso. Era prueba de que yo no soy simplemente un argentino que vive en Buenos Aires. Soy un nodo en una red que atraviesa continentes y milenios. Soy la suma de todos esos viajes, todas esas mezclas, todas esas supervivencias contra toda probabilidad.

12.2. El Mosaico de Mis Orígenes: Edad de Bronce

El análisis de MyHeritage ofrece algo llamado “Desglose de Orígenes Antiguos”, que rastrea la ascendencia a través de diferentes períodos históricos. Comenzando por la **Edad de Bronce** (aproximadamente 1800-1100 a.C.), los resultados fueron reveladores:

- **Cananeo (Hazor): 47.8 %**

Este es el componente más grande de mi ADN antiguo, y confirma lo que la historia ya sugería: mis ancestros más remotos provenían del Levante, de la tierra de Canaán. Específicamente, el análisis me vincula con los cananeos de Hazor, una de las ciudades-estado más importantes del antiguo Israel.

Ver ese 47.8% fue impactante. No es solo un número. Es la confirmación científica de que todas esas historias que escuché de chico, todas esas referencias bíblicas, toda esa narrativa sobre ‘venir de la Tierra de Israel’ tenía un sustento biológico real. Mis células guardan la memoria de ese lugar.

Los cananeos eran un pueblo de habla semítica que habitaba la región entre Anatolia al norte, Mesopotamia al este y Egipto al sur. Estaban en el centro de las civilizaciones emergentes de la Edad de Bronce. De este sustrato poblacional surgieron tanto los antiguos israelitas como sus vecinos culturales, los fenicios.

Este 47.8% es mi ancla genética más profunda, el hilo que me conecta con el origen mismo de mi pueblo.

■ **Cultura Sintashta (Estepa Central): 40.6%**

Este componente me sorprendió al principio. ¿Qué hacía un porcentaje tan alto de ascendencia de las estepas de Asia Central en mi ADN judío sefardí?

La cultura Sintashta surgió en los Urales meridionales durante la Edad de Bronce Medio y se considera el origen de las lenguas indoiraníes. Este componente refleja las grandes migraciones prehistóricas que mezclaron poblaciones de las estepas con las del Medio Oriente y Europa.

Es un recordatorio de que ninguna población es “pura”. Incluso en la antigüedad más remota, los pueblos se mezclaban, migraban, intercambiaban genes e ideas.

Y esto me hizo pensar en algo: todos esos discursos sobre ‘pureza racial’ o ‘sangre pura’ que han causado tanto sufrimiento en la historia son literalmente mentiras biológicas. Yo, que vengo de una tradición de matrimonios endogámicos durante siglos, tengo ADN

de las estepas de Asia, de África, de toda Eurasia. Somos todos mestizos. Siempre lo fuimos.

- **Africano del Noroeste (Neolítico Temprano): 7.4 %**

Este componente confirma la conexión con el norte de África, que se profundizaría siglos después con la estancia de mi familia en Marruecos. Los estudios genéticos muestran que las poblaciones del Magreb han mantenido una notable continuidad desde el Neolítico.

- **Otros componentes menores:** Río Amarillo (2.2 %), Estepa Oriental (1.8 %), Pigmeo Africano Subsahariano (0.2 %)

Estos porcentajes pequeños son testimonios de la complejidad de las migraciones humanas prehistóricas. Cada uno representa un encuentro ancestral, una mezcla que ocurrió hace miles de años.

12.3. Edad de Hierro y la Identidad Fenicia

Avanzando a la Edad de Hierro (aproximadamente 1000-330 a.C.), el análisis muestra:

- **Fenicio (Período Aqueménida): 68.0 %**

Aquí está la confirmación genética de lo que la historia ya sugería. Los fenicios eran parte del grupo más amplio de los cananeos. Para el 1200 a.C., habían construido ciudades y pueblos a lo largo de la costa del Levante y se habían convertido en los grandes navegantes y comerciantes del Mediterráneo.

68 %. Más de dos tercios de mi ADN de la Edad de Hierro es fenicio. Esos navegantes que llegaron a España mil años antes de Cristo,

que fundaron Cádiz, que comerciaban por todo el Mediterráneo... están en mí. Literalmente.

Es casi poético: mis ancestros fenicios llegaron a España por mar hace tres mil años. Mis ancestros judíos fueron expulsados de España hace quinientos años. Y yo, ahora, llevo ambas historias en mis células.

Lo fascinante es que este componente me vincula específicamente al período Aqueménida (el Imperio Persa), cuando los fenicios estaban en su apogeo como intermediarios comerciales entre Oriente y Occidente.

La población de la Edad de Hierro del Líbano puede modelarse como una mezcla de la población local de la Edad de Bronce (63 %-88 %) y una población relacionada con antiguos anatolios o europeos del sureste (12 %-37 %). Esta es exactamente la firma genética que aparece en mi ADN.

- **Saka (Tian Shan): 28.0 %**

Los sakas eran un pueblo nómada de las estepas de Asia Central, famosos por su destreza con el arco y la flecha, especialmente a caballo. Este componente refleja las continuas mezclas entre poblaciones del Medio Oriente y de las estepas durante la Edad de Hierro.

12.4. Época Romana: La Mezcla Mediterránea

En la **Época Romana** (50 a.C.-700 d.C.), cuando mis ancestros ya vivían en la Península Ibérica:

- **Levante Romano: 39.4 %**
- **Levante Romano (Ej Jaouze): 21.4 %**

Estos componentes confirman la continuidad de la ascendencia levantina durante el período romano. Los individuos de la época romana del Líbano se agrupan con poblaciones levantinas actuales y se asemejan a los libaneses modernos.

Lo interesante es que este componente no se diluyó significativamente a pesar de vivir en el Imperio Romano. Mantenemos una firma genética distintivamente levantina.

- **Sármata (Estepa del Caspio): 37.0 %**

Los sármatas eran un pueblo nómada que dominó las estepas entre los Urales y el Danubio. Su presencia en mi ADN refleja las complejas interacciones entre poblaciones durante la Pax Romana.

12.5. Edad Media: La Firma Bizantina

Finalmente, en la Edad Media (300-1300 d.C.):

- **Levantino Bizantino: 80.4 %**

Este porcentaje alto confirma que, incluso durante los siglos en Al-Andalus y luego en Marruecos, mis ancestros mantuvieron una firma genética predominantemente levantina. Las comunidades judías, a pesar de vivir en la diáspora durante siglos, mantuvieron una notable cohesión genética.

- **Turco (Nómada): 18.0 %**

Este componente refleja las mezclas durante el período medieval, cuando las poblaciones túrquicas se expandieron por Asia Central y el Medio Oriente.

12.6. Cazadores-Recolectores y Agricultores

MyHeritage también proporciona un “Desglose de Cazador-Recolector y Agricultor”, que muestra las proporciones de ascendencia de diferentes revoluciones humanas:

- Agricultor Neolítico de Anatolia: 47.6 %
- Agricultor Neolítico de Zagros: 15.6 %
- Cazador-Recolector Europeo: 14.0 %
- Cazador-Recolector de América del Sur: 6.8 %
- Cazador-Recolector del Cáucaso: 5.8 %
- Cazador-Recolector Natufiano: 5.4 %
- Cazador-Recolector del Norte de África: 3.4 %
- Pastor de la Sabana del Este de África: 1.2 %

Este desglose muestra cómo mi ADN representa miles de años de transformaciones humanas: la revolución agrícola en el Medio Oriente, las migraciones de cazadores-recolectores, los complejos intercambios entre poblaciones.

12.7. Las Poblaciones Antiguas Más Similares

Quizás lo más revelador del análisis es la lista de las 50 poblaciones antiguas más similares a mí genéticamente. Es como una lista de reproducción de mis ancestros, ordenada por similitud. Las tres primeras son:

1. Judío Europeo Medieval (Erfurt): Puntuación 5.324

Los judíos ashkenazíes medievales de Erfurt, Alemania (siglos XI-XIV). El análisis muestra que estos judíos eran genéticamente

muy similares a los ashkenazíes modernos, lo que implica poco flujo genético desde el siglo XIV.

Que esta sea mi coincidencia más cercana confirma algo fundamental: a pesar de vivir en diferentes extremos de Europa —ellos en Alemania, mis ancestros en España— compartíamos un origen común en el Levante y mantuvimos una notable cohesión genética a través de los siglos.

2. Morisco: Puntuación 5.333

Los moriscos eran los musulmanes de Iberia forzados a convertirse al cristianismo. La cercanía genética con este grupo refleja la realidad de la España medieval: judíos, musulmanes y cristianos, a pesar de sus diferencias religiosas, compartían ascendencia ibérica y norteafricana.

Esto también me voló la cabeza. Estoy genéticamente más cerca de los moriscos —los musulmanes convertidos de España— que de muchas otras poblaciones judías. ¿Qué dice eso sobre las fronteras religiosas que dividieron (y siguen dividiendo) a la gente?

Vivíamos en los mismos lugares. Nos mezclábamos, aunque fuera prohibido. Compartíamos genes aunque nos matáramos por diferencias teológicas. La historia es absurda y trágica en partes iguales.

3. Musulmán de Al-Ándalus: Puntuación 5.683

La población musulmana de la España medieval. Una vez más, la proximidad genética refleja siglos de convivencia —no siempre pacífica, pero real— en la península.

Lo que estas coincidencias me dicen es claro: soy el producto de una historia compleja. Mi ADN no es “puramente” judío o levantino;

lleva las marcas de siglos viviendo en España, en el norte de África, en la encrucijada de civilizaciones.

Y eso me gusta. No quiero ser ‘puro’. La pureza es aburrida. La pureza es una ficción peligrosa. Yo soy una mezcla, un mestizo de cinco mil años de migraciones y encuentros. Y eso me hace más rico, no menos.

12.8. Cromosoma Y y ADN Mitocondrial

Más allá de la mezcla general, el ADN puede rastrear linajes directos a través de dos tipos especiales de marcadores:

- El **cromosoma Y** se transmite exclusivamente de padres a hijos varones, funcionando como un “apellido genético”. Es la línea paterna pura, sin mezclas.
- El **ADN mitocondrial** se transmite de madres a todos sus hijos, permitiendo rastrear la línea materna pura.⁶⁰

Pensá en esto: mi cromosoma Y es exactamente el mismo (con mínimas mutaciones) que el de mi padre, que el de su padre, que el de su padre, remontándose potencialmente miles de años. Es como un apellido que no cambia nunca, que pasa de generación en generación sin diluirse.

Estudios en poblaciones sefardíes han encontrado frecuentemente marcadores paternos como ramas de los **haplogrupos J y E**, muy comunes en el Medio Oriente.⁷³ Estos son considerados una firma de la diáspora judía.

Yo tengo esos marcadores. Ese ‘apellido genético’ levantino está en mi línea paterna. Es la prueba definitiva: mis antepasados varones

vinieron del Levante. No es especulación. No es tradición oral. Es biología.

Otros marcadores, como el subclado **E1b1b**, conectan con las antiguas poblaciones del Norte de África, como los bereberes, confirmando la larga estancia en Marruecos.⁶⁰

La presencia de estos “apellidos genéticos” de origen levantino en mi línea paterna Chocrón es prueba irrefutable de que mis antepasados formaron parte de las poblaciones que emigraron desde el Levante hacia el oeste hace miles de años.

Es, en esencia, el propio hilo rojo genético, que conecta a aquel antepasado pelirrojo de la antigüedad con mi presente en Buenos Aires. Es la historia no escrita en piedra ni en papiro, sino en la doble hélice de mi ADN, narrando un viaje épico de supervivencia y perseverancia a través de las edades.

Cuando cerré los resultados de MyHeritage esa noche, me quedé sentado en silencio durante largo rato. Todo lo que había descubierto en archivos, en libros, en conversaciones con familiares, estaba confirmado en un nivel que no admite dudas.

Pero más que confirmación, lo que sentí fue conexión. Conexión con todos esos ancestros cuyas historias nunca conoceré, cuyos nombres se perdieron, cuyos rostros nunca veré. Pero que están en mí. Que soy yo.

Soy el resultado de cinco mil años de supervivencia contra toda probabilidad. De expulsiones y migraciones. De mezclas prohibidas y amores clandestinos. De guerras sobrevividas y hambrunas superadas. De barcos cruzando mares y familias cruzando desiertos.

Cada célula de mi cuerpo es un testimonio de que mis ancestros se negaron a desaparecer. Y ahora me toca a mí continuar esa tradición. No desaparecer. Contar la historia. Mantener vivo el hilo rojo.

Capítulo 13

El Código Fuente de la Memoria

13.1. El Ingeniero ante el Árbol

Soy, por formación y profesión, un ingeniero de software. Un CTO. Mi vida cotidiana transcurre entre servidores, arquitecturas de datos, algoritmos y código. Podría parecer que este mundo frío, lógico y binario está en las antípodas de la emoción de buscar ancestros, de reconstruir historias familiares, de conectar con el pasado.

Pero la realidad es exactamente lo contrario. La tecnología ha sido mi mazo y mi cincel en esta excavación arqueológica. Mi formación como ingeniero, lejos de ser un obstáculo, fue la herramienta fundamental que me permitió desenredar el nudo gordiano de mi genealogía sefardí.

Este capítulo es sobre cómo el pensamiento sistemático, las herramientas digitales y los métodos de la ciencia de datos se convirtieron en los instrumentos que me permitieron recuperar una historia que parecía perdida en el tiempo.

Y también es sobre algo más: sobre cómo mi identidad profesional y mi identidad familiar se fusionaron de una manera que nunca imaginé. El ingeniero que soy me permitió ser el genealogista que necesitaba ser. Las mismas habilidades que uso para resolver problemas de arquitectura de software las apliqué para resolver el problema de mi propia historia.

13.2. Endogamia como Bug del Sistema

Cuando comencé esta investigación con Daniela, enfrenté rápidamente un problema que habría derrotado a cualquier genealogista tradicional con papel y lápiz: la **endogamia**.

Las comunidades sefardíes marroquíes practicaban matrimonios entre primos durante generaciones como estrategia de supervivencia cultural, como muchas otras culturas. Ya exploraremos las razones históricas y sociales de esta práctica, por ahora, abordaremos sus consecuencias técnicas para mi investigación genealógica. No era un tabú; era una estrategia de supervivencia para mantener la cohesión comunitaria y preservar el patrimonio.

Pero desde una perspectiva de construcción de árbol genealógico, esto crea un problema técnico masivo. En un árbol “normal”, cada generación hacia atrás duplica el número de ancestros: 2 padres, 4 abuelos, 8 bisabuelos, 16 tatarabuelos, y así sucesivamente. Es un crecimiento exponencial limpio.

Pero con endogamia, las líneas se colapsan sobre sí mismas. Tu bisabuelo paterno puede ser hermano de tu bisabuela materna. Un antepasado en la generación 6 puede aparecer en múltiples ramas del árbol. Los mismos apellidos —Chocrón, Azulay, Cohen, Serfaty— aparecen una y otra vez, entrelazados en patrones que desafían la lógica lineal.

Para un genealogista tradicional, esto es un caos. Para un ingeniero de software, es un problema de **grafo** solucionable con las herramientas correctas.

Y acá está la ventaja de pensar como ingeniero: no me asusté ante la complejidad. La reconocí. La cuantifiqué. Y busqué las herramientas adecuadas para manejarla.

Porque en software, los problemas complejos no se resuelven trabajando más duro. Se resuelven usando las abstracciones correctas y las herramientas adecuadas.

13.3. Nodos y Grafos: La Estructura de la Sangre

Un árbol genealógico, visto desde la ciencia de la computación, no es realmente un árbol. Es un **grafo dirigido acíclico** (DAG, por sus siglas en inglés): una red de nodos (personas) conectados por aristas (relaciones: padre-hijo, hermano-hermana, esposo-esposa).

Cuando hay endogamia, el grafo deja de ser un árbol limpio y se convierte en una red compleja donde los caminos se cruzan constantemente. Es como una red de transporte público donde puedes llegar al mismo destino por múltiples rutas.

Para manejar esto, necesitaba herramientas profesionales. Usé:

GEDCOM (Genealogical Data Communication): El formato estándar para intercambio de datos genealógicos. Es esencialmente un archivo de texto estructurado que describe personas y sus relaciones. Como ingeniero, aprecio su simplicidad y su universalidad.

Software especializado: Utilicé herramientas como Gramps, Family Tree Maker y las plataformas online de MyHeritage y FamilySearch. Cada una tiene sus fortalezas. Gramps es open-source y potente para análisis complejos. MyHeritage tiene algoritmos de coincidencia de ADN excepcionales.

Bases de datos relacionales: Para análisis más profundos, exporté los datos GEDCOM a una base de datos PostgreSQL donde pude hacer consultas SQL complejas. Por ejemplo, “encontrar todos los ancestros comunes entre la persona A y la persona B que estén a menos de 5 generaciones de distancia”.

Visualización de grafos: Usé herramientas como Gephi para visualizar la red completa de relaciones. Cuando ves 1,500 personas y sus conexiones representadas visualmente, patrones emergen que serían invisibles en una lista.

13.4. Los Algoritmos de la Memoria

Lo fascinante de aplicar pensamiento algorítmico a la genealogía es que puedes hacer preguntas que serían imposibles de responder manualmente:

Cuellos de botella demográficos: ¿Hubo momentos en la historia de mi familia donde casi desaparecimos? El algoritmo puede identificar generaciones donde hay muy pocos individuos, sugiriendo crisis —plagas, pogroms, emigraciones masivas.

Ancestros prolíficos (hubs): ¿Quiénes fueron los “super-ancestros” de los que descienden cientos de personas actuales? En mi árbol, identifiqué varios: patriarcas y matriarcas del siglo XVIII en Tetuán de quienes descendemos prácticamente todos los Chocrón, Azulay y Benarroch actuales.

Coeficientes de consanguinidad: Pude calcular matemáticamente qué tan relacionados genéticamente están diferentes individuos. Daniela y yo, por ejemplo, compartimos no solo una conexión directa de primos quintos, sino múltiples conexiones adicionales más lejanas por otras ramas. Nuestro coeficiente de relación real es mayor de lo que sugiere el parentesco más cercano.

Los algoritmos revelaron lo que la intuición ya sabía: en una comunidad tan endogámica, todos estamos relacionados de múltiples maneras. No hay una sola conexión; hay docenas.

Análisis de clustering: Los algoritmos de clustering agrupan individuos por similitud. Esto me permitió identificar “familias extendidas” o clanes dentro de la comunidad más amplia. Hay un cluster “Chocrón-Azulay”, otro “Benarroch-Serfaty”, etc.

13.5. El ADN como Código Fuente

Y luego está el ADN. Para un informático, el ADN es el *código fuente* definitivo. Es un programa de aproximadamente 3 mil millones de “letras” (nucleótidos A, C, G, T) que se ejecuta en cada una de nuestras células, construyendo y manteniendo nuestro cuerpo.

Analizar mis resultados de ADN fue como hacer *debugging* de mi propia historia:

Literalmente. Cuando veía algo que no tenía sentido —un porcentaje de ethnicity inesperado, un match que parecía estar en la rama equivocada del árbol— lo trataba como un bug. Buscaba la fuente del error. ¿Estaba mal mi árbol? ¿Estaba mal la interpretación del algoritmo? ¿Había una conexión que no había descubierto aún?

Y siempre encontraba la respuesta. Porque los datos no mienten. Si no entendés algo, es porque te falta información, no porque los datos estén equivocados.

Segmentos compartidos: Cuando comparas tu ADN con el de otra persona, los algoritmos identifican segmentos, pequeños trozos de cromosomas que son idénticos o casi idénticos. La longitud y ubicación de estos segmentos te dicen qué tan cercanamente estás relacionado y aproximadamente cuántas generaciones atrás compartieron un ancestro común.

Triangulación: Si tú, tu primo A y tu primo B todos comparten el mismo segmento de ADN, es casi certeza de que lo heredaron del mismo ancestro. Esto permite confirmar relaciones genealógicas con certeza matemática.

Haplogrupos: Los marcadores del cromosoma Y (línea paterna) y del ADN mitocondrial (línea materna) son como “apellidos genéticos” que te conectan con migraciones humanas de hace miles de

años. Mi haplogrupo paterno me vincula directamente con el Levante antiguo, confirmando genéticamente lo que la historia documental sugería.

Etnicity estimates: Los algoritmos que comparan tu ADN con miles de poblaciones de referencia pueden estimar tu mezcla étnica con sorprendente precisión. Mi 47.8 % Cananeo, 68 % Fenicio, etc. —estos números no son aleatorios. Son el resultado de algoritmos sofisticados de clustering y comparación.

13.6. El Match que Cambió Todo

La historia de cómo Daniela y yo nos encontramos es, en esencia, una historia de algoritmos funcionando correctamente.

Daniela subió su ADN a una plataforma (MyHeritage). El algoritmo comparó su ADN con millones de otros usuarios. Cuando llegó a mi perfil, identificó segmentos compartidos significativos. Calculó la longitud total de ADN compartido (alrededor de 28,0 centimorgans), lo comparó con distribuciones estadísticas conocidas, y determinó: “Estas dos personas son primos cuartos o quintos con alta probabilidad”.

No fue magia. No fue destino. Fue matemática. Y funcionó perfectamente.

Sin esos algoritmos, Daniela y yo probablemente nunca nos habríamos encontrado. Vivimos en ciudades diferentes. No teníamos amigos en común. Nuestras familias no se hablaban. Pero el algoritmo, comparando silenciosamente secuencias de A's, C's, G's y T's, vio lo que ningún humano podría haber visto: que estamos conectados.

Y esa conexión cambió nuestras vidas. A los dos. Porque a partir de ese match algorítmico comenzó una investigación que nos llevaría a descubrir no solo nuestra relación, sino la historia completa de nuestras familias.

13.7. La Ironía Hermosa

Hay una ironía hermosa en todo esto. Usamos la tecnología más futurista —inteligencia artificial, secuenciación genética, big data, algoritmos de machine learning— para recuperar lo más antiguo que tenemos: nuestra historia, nuestros ancestros, nuestra identidad.

Los mismos algoritmos que Google usa para mostrarte anuncios, que Netflix usa para recomendarte series, que los bancos usan para detectar fraude —esos mismos principios matemáticos— pueden usarse para reconstruir linajes que se remontan al siglo XV.

La ciencia no mata el misterio; lo ilumina. No destruye la emoción; la amplifica. Cada match de ADN, cada conexión confirmada en el árbol genealógico, cada patrón emergente en los datos, es un momento de descubrimiento que me ha llenado de asombro.

Y acá está lo que me fascina: podría haber hecho esta investigación de manera ‘tradicional’. Ir a archivos físicos, revisar libros polvorientos, tomar notas a mano. Pero habría tardado décadas. Y probablemente nunca habría encontrado la mitad de lo que encontré.

La tecnología me dio superpoderes. Me permitió procesar en meses lo que antes hubiera requerido toda una vida de trabajo. Y eso no es trampa. Eso es usar las herramientas de tu época para resolver los problemas de tu época.

13.8. El Perfeccionamiento del Trabajo

Como ingeniero, entiendo el concepto de refinamiento iterativo. La primera versión de cualquier sistema es imperfecta. Tiene bugs, inconsistencias, datos faltantes. Pero con cada iteración, mejora.

Mi árbol genealógico ha pasado por docenas de iteraciones. Cada nueva fuente de datos —un acta de nacimiento, una fotografía antigua, un resultado de ADN de un pariente recién descubierto— me obliga a revisar, corregir, expandir.

He aprendido a ser sistemático en la verificación de datos. Cada conexión en mi árbol tiene una fuente citada. Cada fecha tiene un grado de certeza asociado (“confirmado”, “probable”, “estimado”). Cada relación familiar está respaldada por al menos dos fuentes independientes cuando es posible.

Esto no es solo rigor académico. Es respeto por la verdad. Estas personas existieron. Vivieron vidas reales, tuvieron alegrías y sufrimientos reales. No puedo inventar sus historias. Debo reconstruirlas con la mayor precisión posible usando las herramientas que tengo.

Y cuando no sé algo, lo digo. Cuando solo tengo una estimación, lo marco como estimación. Cuando hay múltiples versiones de una historia, las incluyo todas con sus fuentes.

Porque la honestidad intelectual no es opcional. Es fundamental. Especialmente cuando estás reconstruyendo la historia de gente que ya no puede hablar por sí misma.

13.9. La Tecnología como Puente Temporal

En cierto sentido, he hackeado el tiempo. He usado tecnología para crear un puente que conecta el siglo XXI con el siglo XV, mi

escritorio en Buenos Aires con las callejuelas de Tetuán en 1850, mi ADN con el de un cananeo de la Edad de Bronce.

Ese puente es frágil, construido de bits y bytes, de probabilidades estadísticas y correlaciones. Pero es real. Y me ha permitido hacer algo que ninguna generación anterior pudo hacer: ver mi historia completa, desde el origen hasta el presente, mapeada, cuantificada, visualizada.

Mis bisabuelos no sabían que eran 47.8% cananeos. No podían ver un gráfico de sus ancestros remontándose a la Edad de Bronce. No tenían algoritmos que les dijeran exactamente cómo estaban relacionados con sus primos.

Pero yo sí. Y ese conocimiento no es frío ni abstracto. Es profundamente emocional. Cada porcentaje de etnicity, cada haplogrupo, cada segmento compartido de ADN, me dice: “Eres el resultado de un viaje extraordinario. Eres el producto de miles de decisiones, de supervivencias contra probabilidades imposibles, de amores que cruzaron fronteras y de esperanzas que desafiaron la lógica”.

13.10. El Templo de Datos

Mi árbol genealógico, con sus 1,500+ personas, sus miles de conexiones, sus datos verificados y fuentes citadas, es mi obra más importante. Es mi templo, construido no de piedra sino de datos, no con las manos sino con algoritmos.

Cada nombre añadido es una piedra colocada con cuidado. Cada conexión verificada es un arco que sostiene la estructura. Cada fuente citada es un cimiento sólido.

Y la estructura revela algo hermoso: que no estamos solos. Que somos parte de algo mucho más grande que nosotros mismos. Que

cada uno de nosotros es un nodo en una red que se extiende hacia atrás en el tiempo hasta los orígenes de la humanidad, y hacia adelante hacia generaciones aún no nacidas.

La tecnología me dio las herramientas para ver esa red, para mapearla, para entenderla. Y al entenderla, entendí mi lugar en ella.

No soy solo Leonardo Chocrón, ingeniero de software en Buenos Aires en 2025. Soy el resultado de cien generaciones, de dos mil años de diáspora, de un hilo rojo que se niega a romperse.

Y gracias a los algoritmos, a las bases de datos, al ADN secuenciado y a los servidores en la nube que procesan estos datos, ahora puedo probarlo.

Puedo mostrarte el árbol. Puedo mostrarte los porcentajes de ADN. Puedo mostrarte las fuentes documentales. Puedo mostrarte los grafos y las visualizaciones.

No es fe. No es tradición oral. Es ciencia. Es prueba. Es verdad verificable.

Y esa verdad es hermosa.

Capítulo 14

Dos Mundos, Una Identidad

14.1. La Convergencia

Reconstruí trece siglos de historia de mi familia paterna, los Chocrón, desde las callejuelas de la Hispania romana hasta las avenidas de Buenos Aires. Rastreé el ADN que me conecta con cananeos de la Edad de Bronce. Mapeé la red genealógica de 1,500 personas entrelazadas por matrimonios endogámicos.

Pero hay una parte fundamental de mi historia que aún no he contado, la más cercana, la que explica quién soy yo, Leonardo Aníbal Chocrón, más allá del apellido que heredo.

Porque si este libro es un tapiz, los hilos más vibrantes y cercanos son los que forman mi propia piel. Y mi identidad no es un bloque monolítico tallado en una sola cantera, sino una estructura compleja donde dos tradiciones aparentemente irreconciliables decidieron, un día, dejar de luchar para empezar a construir.

14.2. La Ciudadela Sefardí

Por un lado, la herencia de mi padre, **Daniel Alberto Chocrón**.

Él nació en el seno de una familia judía sefardí que llevaba el peso de toda la historia que he contado en este libro. Sus padres — mis abuelos paternos— eran descendientes directos de aquellos que habían cruzado el Atlántico desde Tetuán. Los apellidos de su árbol genealógico son un diccionario de la *mellah*: Chocrón, Elazar, Benatuil, Serfaty, Carciente, Azulay.

Cada apellido representa una rama de ese laberinto endogámico que he pasado años desenredando. Cada uno trae consigo historias de la Haketía, de las callejuelas estrechas de Tetuán, de barcos que cruzaron océanos, de sinagogas en Rosario, Mendoza y Buenos Aires.

Mis abuelos paternos sí fueron judíos practicantes, observantes de las tradiciones que habían traído desde Tetuán. Pero mi padre creció en una Argentina cada vez más secular, donde cada generación de inmigrantes comenzaba a alejarse de las prácticas religiosas estrictas. En nuestra casa nunca se practicaron las costumbres judías de manera formal: no había Shabat semanal, ni comida *kosher*, ni oraciones diarias. Las tradiciones vivían en las historias que se contaban en reuniones familiares, no en rituales cotidianos.

14.3. La Herencia Hispano-Católica

Por el otro lado, el mundo de mi madre, **Mirta Beatriz Mato**.

Sus padres —mis abuelos maternos— eran **Antonio Mato** y **Nelly Rodríguez**, con raíces hispanas y católicas que representaban el otro gran pilar cultural de la Argentina: la herencia mayoritaria, la fe de la conquista española, la tradición que construyó catedrales y nombró ciudades con nombres de santos.

Mi madre creció en un hogar católico tradicional. Fue a escuelas católicas, hizo su primera comunión, conocía las oraciones y los rituales. Su mundo estaba marcado por el calendario litúrgico católico tanto como el mundo de mi padre lo estaba por el calendario judío. Eran dos universos completos, cada uno con su propia lógica interna, sus propias certezas.

Cuando mis padres se conocieron, representaban dos universos que, en otras épocas y lugares, habrían sido incompatibles. En la España de la Inquisición, su matrimonio habría sido imposible, literalmente ilegal. En el Marruecos de la *mellah*, impensable. Incluso en la Argentina de mediados del siglo XX, no era una unión obvia ni necesariamente bien vista por todos los sectores de ambas familias.

14.4. Un Experimento de Libertad

Pero mis padres eligieron diferente. Eligieron construir algo nuevo.

Su matrimonio no fue una renuncia de ninguno a su herencia. No fue mi padre convirtiéndose al catolicismo ni mi madre al judaísmo. Fue algo más radical: fue la decisión de que el amor y el respeto mutuo podían crear un espacio donde ambas tradiciones coexistieran sin anularse. Un espacio donde los dogmas, al encontrarse y contradecirse mutuamente, perdían su poder absoluto y dejaban lugar a la libertad de conciencia.

Yo nací en ese espacio. Fui bautizado de niño —una concesión a la tradición materna— pero crecí conociendo también las historias del lado paterno. En mi casa no había Shabat semanal ni misa dominical obligatoria, pero sí había respeto por ambas tradiciones. Se contaban las historias de Tetuán con el mismo interés que las historias de los Mato y los Rodríguez. Se celebraban algunas festividades católicas, pero ninguna con fervor religioso dogmático, sino como parte del tejido cultural familiar.

Mi hermana y yo crecimos en esta peculiar neutralidad. No éramos “ni lo uno ni lo otro”; éramos ambas cosas a la vez, o quizás algo completamente nuevo. Y en ese espacio intermedio aprendimos a pensar por nosotros mismos, a cuestionar sin miedo, a explorar sin las anteojeras de la fe heredada.

14.5. El Estudio Libre del Dogma

Cuando fui lo suficientemente grande para tomar mis propias decisiones, elegí el camino de la búsqueda personal. De adulto, me

alejé conscientemente de los dogmas, tanto judíos como católicos. No por rechazo o rebeldía, sino por una sed genuina de comprender.

Disfruté estudiando diversas religiones. Leí fragmentos de la Torá y el Talmud. Leí los Evangelios y los escritos de los Padres de la Iglesia. Leí fragmentos del Corán, los Upanishads, algunos textos budistas, filósofos griegos. No como creyente buscando confirmación, sino como investigador buscando comprensión.

Descubrí que cada tradición tiene su belleza, su sabiduría, sus verdades. Pero también sus contradicciones, sus imposiciones, sus dogmas que demandan obediencia ciega. Y decidí que no podía, en buena conciencia, elegir uno y rechazar los demás.

Esto no siempre fue fácil de explicar. Cuando decía ‘soy judío pero no practico’, la gente se confundía. ‘¿Entonces sos o no sos?’ Como si la identidad religiosa fuera binaria, como si tuvieras que estar 100 % adentro o 100 % afuera.

Pero yo vivo en el gris. Y ese gris es más rico, más interesante, más honesto que cualquier certeza absoluta.

No me identifico plenamente ni con el judaísmo ni con el catolicismo. No asisto a sinagogas ni a iglesias como acto de fe. Pero llevo ambas tradiciones en mí, no como credos a los que debo lealtad, sino como partes constitutivas de mi identidad cultural e intelectual.

Mi fe, si puedo llamarla así, está en la razón, en el método científico, en la búsqueda constante de verdad a través de la evidencia y el pensamiento crítico. Creo en el perfeccionamiento personal a través del estudio y el trabajo. Creo en la ética que nace de la empatía y la comprensión, no de mandamientos grabados en piedra.

14.6. Mi Familia Inmediata

Y aquí, en este capítulo personal, quiero nombrar a las personas que me hicieron quien soy:

Mi padre, **Daniel Alberto Chocrón**, quien me enseñó que se puede honrar una herencia sin estar esclavizado por ella. Él vivía su judaísmo como identidad cultural, no como dogma religioso: conocía las historias, asistía ocasionalmente a festividades familiares, mantenía lazos con la comunidad. Pero también se permitía la duda, la distancia, la libertad de elegir. De él heredé ese equilibrio: el orgullo de pertenecer a un linaje antiguo sin sentir la obligación de repetir cada uno de sus rituales.

Mi madre, **Mirta Beatriz Mato**, quien me mostró que el amor puede ser más fuerte que cualquier dogma. Ella, criada en la fe católica, eligió construir un hogar donde dos tradiciones convivieran sin que ninguna dominara. De ella heredé la apertura mental, la curiosidad que no se detiene ante fronteras religiosas, la capacidad de respetar profundamente una tradición sin sentirse obligado a seguirla. Me enseñó que se puede amar sin poseer, honrar sin obedecer.

Mi hermana **Cecilia Guadalupe Chocrón**, que navegó este mismo territorio de identidad dual y encontró su propio camino, diferente al mío pero igualmente válido.

Y mi hijo, **Dante Ezequiel Chocrón**, nacido de mi unión con **Julia Natalia Perilli** —ella misma descendiente de italianos y españoles que también cruzaron el océano buscando un futuro mejor— a quien miro y veo los ecos de todos los que vinieron antes: un gesto que reconozco de mi padre, una forma de sonreír que quizá era de mi abuelo, un rasgo físico que quizás viene de ese antepasado pelirrojo anónimo del que todo empezó.

Cuando nació Dante, me pregunté: ¿qué identidad le voy a transmitir? ¿Qué le voy a decir cuando me pregunte ‘qué somos’?

Y decidí que le voy a decir la verdad: somos muchas cosas. Somos judíos sefardíes y católicos argentinos e italianos inmigrantes. Somos el resultado de todas esas historias. Y él puede elegir qué partes abraza y cuáles suelta. Porque esa libertad —la libertad de elegir tu propia relación con tu herencia— es el mejor regalo que puedo darle.

14.7. El Puente Viviente

Soy el resultado de una alquimia. Un puente viviente entre mundos que en otras épocas habrían sido incompatibles. Llevo en mí:

- La resiliencia del judío perseguido que aprendió a sobrevivir en la diáspora
- La fe del católico que construyó catedrales y cruzó océanos para evangelizar
- La determinación del inmigrante que lo dejó todo por un futuro mejor
- La tenacidad del comerciante sefardí que prosperó contra todas las probabilidades
- La apertura mental del hijo de dos mundos que aprendió a navegar entre tradiciones sin pertenecer completamente a ninguna

No soy un judío “puro”. No soy un católico “verdadero”. Soy un argentino del siglo XXI cuya sangre lleva las marcas de veinte pueblos diferentes, cuya identidad es un mosaico, cuya fe —si tengo

alguna— es en la capacidad humana de crear significado a través del conocimiento y la conexión.

Soy un puente entre la tradición sefardí y la católica. Entre el Viejo Mundo y el Nuevo. Entre la fe de mis ancestros y la razón del siglo XXI. Entre la endogamia de la *mellah* y la mezcla del Buenos Aires cosmopolita.

Y lejos de sentirlo como una contradicción que debo resolver — eligiendo un lado, renunciando al otro— lo vivo como mi mayor fortaleza. Porque puedo entender múltiples perspectivas. Porque puedo traducir entre mundos. Porque puedo ver la humanidad común bajo las diferencias superficiales.

Esta investigación genealógica, este libro que has estado leyendo, es mi forma de honrar todas esas partes de mí. No tuve que elegir entre mi padre judío y mi madre católica. No tuve que renunciar a Sefarad para ser argentino. No tuve que rechazar la ciencia para respetar la tradición.

Pude ser todo a la vez. Y en esa multiplicidad, en esa complejidad, encontré no confusión sino riqueza.

14.8. La Búsqueda Sin Dogmas

No todos tuvieron ese privilegio. Muchas familias más tradicionales, tanto del lado judío como del católico, crecieron con mandatos más rígidos: “Esto es lo que somos. Esto es lo que creemos. No hay espacio para dudar.”

Yo tuve la suerte —y a veces la carga— de la duda. De la pregunta constante. De la libertad que viene con la ausencia de certezas absolutas.

Esa libertad fue la que me permitió emprender esta investigación sin agenda religiosa. No busqué en mi genealogía una confirmación de la superioridad de una fe sobre otra. No traté de probar que el judaísmo era “mejor” que el catolicismo o viceversa. Busqué simplemente la verdad histórica: ¿de dónde venimos? ¿Cómo llegamos aquí? ¿Qué caminos tomaron? ¿Qué decisiones enfrentaron?

Y al encontrar esas respuestas, encontré algo más profundo que cualquier dogma religioso: encontré la humanidad compartida de todos los que vinieron antes. Encontré que, más allá de las etiquetas —judío, católico, sefardí, argentino— todos fueron personas que amaron, sufrieron, esperaron, lucharon.

14.9. La Continuación del Hilo Rojo

El hilo rojo que comienza con un antepasado pelirrojo en el Levante antiguo se ha entretejido, en mí, con hilos de otros colores: el dorado de los campos de Castilla de los Mato, el rojo y verde de las colinas de Italia de los Perilli.

Y aquí está la ironía más profunda de todas: los ancestros de mi madre y de mi esposa —esos españoles e italianos católicos que construyeron la Argentina mayoritaria— son descendientes del mismo mundo que expulsó a mis ancestros paternos en 1492. Los expulsores y los expulsados, reunidos cinco siglos después en el Río de la Plata, reconciliados en el amor que construyó mi familia. La historia, al final, tiene un sentido del humor redentor.

En esa mezcla, en esa fusión de colores, he encontrado no confusión sino belleza. No crisis de identidad sino riqueza de perspectivas. No pérdida de tradición sino evolución hacia algo nuevo.

Soy el resultado de la historia que he contado en este libro. Pero también soy el comienzo de algo diferente: una identidad post-dogmática, que honra el pasado sin estar esclavizada por él, que respeta las tradiciones sin estar limitada por ellas, que mira hacia adelante sin olvidar de dónde viene.

Y esa, quizás, es la verdadera continuación del hilo rojo: no en la repetición exacta de lo que fue, sino en la capacidad de transformarse sin romperse, de adaptarse sin perder el alma, de ser fiel a la memoria mientras se construye algo nuevo.

El hilo rojo sigue. Pero ahora está entrelazado con otros colores. Y esa mezcla no lo debilita. Lo fortalece.

El Tapiz de un Linaje

Buenos Aires, 2025.

Estoy sentado en mi escritorio, rodeado de pantallas. En el monitor principal, el árbol genealógico que construí con Daniela: más de mil quinientas personas, cada una un punto de datos, pero también una vida, una historia.

Mi viaje a través de la historia de mi familia llegó, formalmente, a su fin. Pero en realidad, siento que acaba de comenzar. Porque ahora que conozco esta historia, no puedo dejar de verla en todas partes: en mi propio rostro cuando me miro al espejo, en los gestos de mi hijo Dante Ezequiel, en ciertas palabras que uso sin pensar, ecos de la Haketía que nunca hablé pero que está en mi sangre.

Hay un antes y un después de esta investigación. El Leonardo que empezó no es el mismo que está escribiendo estas líneas finales. Sabía que era judío, sí. Sabía que veníamos de Marruecos, sí. Pero no sabía lo que significaba realmente. No entendía el peso de esa historia, la profundidad de esa herencia.

Ahora lo entiendo. Y no puedo dejar de verlo.

La historia del linaje Chocrón es, en muchos sentidos, un microcosmos de la odisea del pueblo sefardí. Comienza con algo casi trivial: un rasgo físico, un destello de cabello rojo en la antigüedad de un antepasado anónimo. Ese rasgo se cristaliza en un nombre árabe —*shakrūn*, pelirrojo— en el crisol multicultural de Al-Andalus, donde judíos, musulmanes y cristianos convivían en una tensión creativa que produjo una de las civilizaciones más brillantes de la historia medieval.

Ese hilo rojo de nuestro linaje no se rompió con la catástrofe de 1492. Se estiró, se adelgazó hasta casi desaparecer, pero no se rompió. Cruzó el Mediterráneo hasta las *_mellahs_* de Marruecos, donde

se tejió en la vibrante tela de la vida sefardí en el exilio durante cuatrocientos años. Allí, se impregnó de los sonidos de la Haketía, esa lengua hermosa y moribunda que guardaba la memoria de la patria perdida en cada verbo arcaico, en cada refrán transmitido de abuela a nieta.

Y cuando los vientos de la historia volvieron a cambiar en el siglo XIX, cuando las *mellahs* se volvieron insoportables y el Nuevo Mundo llamaba con su promesa de libertad y oportunidad, ese hilo cruzó el vasto Océano Atlántico. Se ancló en las pampas argentinas, en las ciudades que crecían explosivamente con la llegada de millones de inmigrantes de todo el mundo.

Hoy, aquí en Buenos Aires, una ciudad que no existía cuando mis ancestros vivían en Sefarad, una ciudad construida por inmigrantes de cien naciones diferentes, entiendo que la ciencia moderna ha confirmado lo que la historia y la tradición familiar siempre susurraron: no estamos solos. Somos el producto de miles de años de viajes, mezclas, supervivencias contra todo pronóstico.

Mi ADN es un tapiz viviente donde se entrelazan los hilos genéticos del antiguo Levante —esos cananeos de la Edad de Bronce que fueron mis ancestros más remotos—, la Península Ibérica donde mis antepasados vivieron durante trece siglos, y el Norte de África donde pasaron otros cuatro. No soy “puro” nada. Soy una mezcla, como todos. Y esa mezcla es mi riqueza, no mi debilidad.

La historia de los Chocrón —y de los Shocrón, esos primos separados por una letra mal transcrita en un puerto hace más de un siglo— es, en última instancia, un testimonio de la indomable capacidad humana para la supervivencia, la adaptación y la preservación

de la identidad frente a fuerzas que parecían destinadas a borradores del mapa.

Pensemos en ello: ¿cuántas civilizaciones han desaparecido en los últimos dos mil años? ¿Cuántos pueblos, lenguas, culturas, han sido borrados por las guerras, las conquistas, las asimilaciones? Los romanos que nos expulsaron de Judea ya no existen. Los visigodos que nos perseguían ya no existen. Los imperios que nos usaron y abusaron —el Califato de Córdoba, los Almohades, el Sultanato de Marruecos en su forma medieval— han desaparecido.

Pero nosotros seguimos aquí. Transformados, sí. Dispersados por el mundo, sí. Pero aquí. Todavía leyendo los mismos textos que leían nuestros ancestros hace tres mil años. Todavía celebrando las mismas festividades. Todavía transmitiéndoles a nuestros hijos las mismas historias fundamentales sobre quiénes somos y de dónde venimos.

Eso es un milagro. No un milagro religioso necesariamente, sino un milagro histórico, sociológico. ¿Cómo lo hicimos? ¿Cómo sobrevivimos cuando tantos otros desaparecieron?

Creo que la respuesta está en las pequeñas cosas que he descubierto en esta investigación. En la determinación de mantener la Haketía aunque el mundo te diga que hables “español de verdad”. En la insistencia de casarse dentro de la comunidad aunque eso signifique escribir cartas durante meses a una muchacha que nunca has visto. En la voluntad de cruzar un océano hacia lo desconocido antes que traicionar la fe de tus padres.

En la capacidad de construir una sinagoga en Buenos Aires que se parezca lo más posible a la que dejaste en Tetuán. En la memoria de las llaves de las casas de Sefarad, guardadas durante generaciones aunque todos sepan que nunca volverán a abrir ninguna puerta.

Sobrevivimos porque nos negamos a desaparecer. Esa es la respuesta simple. Nos negamos. Y esa negación, repetida generación tras generación durante dos mil años, es lo que nos trajo hasta acá.

Es un hilo rojo, a la vez frágil y tenaz, que conecta un pasado remoto con mi presente vibrante, aquí, en el sur del mundo, en una ciudad que mis bisabuelos apenas podían ubicar en un mapa cuando decidieron venir.

Y ahora, gracias a la búsqueda de una prima que no sabía que tenía, gracias a Daniela y su necesidad existencial de conocer sus orígenes, esta historia que estaba fragmentada, dispersa en anécdotas familiares y documentos polvorientos, es una narrativa coherente. Es una historia que puedo contar.

Pero más que eso: es una historia que debo contar. Porque cada generación que pasa sin transmitir estas historias es una generación que se pierde. Y en un mundo que cambia tan rápidamente, donde las identidades tradicionales se diluyen, donde los jóvenes se preguntan para qué sirve saber de dónde vienes cuando todo el mundo es global, estas historias son un ancla.

No un ancla que te ata al pasado y te impide moverte. Sino un ancla que te da estabilidad en medio de la tormenta. Que te recuerda quién eres cuando el mundo trata de convencerte de que eres intercambiable, reemplazable, un simple engranaje en la máquina económica global.

Mi búsqueda personal, descubrí, es un reflejo de nuestro tiempo. En una era de globalización e hiperconexión, usamos la tecnología — pruebas de ADN, bases de datos genealógicas, algoritmos de coincidencia genética— para reconstruir las historias particulares que nos

hacen únicos. Es una paradoja hermosa: usamos las herramientas de la globalización para resistir la homogeneización.

La odisea de mi familia es solo una de millones de historias similares. Cada familia judía tiene la suya. Cada grupo diaspórico —armenios, griegos, chinos, irlandeses— tiene las suyas. Entrelazadas, forman el tapiz eterno de la experiencia humana: la historia de personas arrancadas de sus hogares, forzadas a reinventarse en tierras extrañas, pero que encuentran la manera no solo de sobrevivir, sino de prosperar.

Y aquí hay algo importante que aprendí: esta historia no es solo “judía”. Es universal. La experiencia del exilio, de la pérdida, de la reconstrucción, es la experiencia humana fundamental. Todos venimos de algún otro lugar si retrocedemos lo suficiente. Todos somos el producto de migraciones, mezclas, adaptaciones.

Lo que hace única la historia judía es su antigüedad documentada, su continuidad consciente a lo largo de milenios. Pero la estructura emocional —el dolor de la expulsión, la nostalgia por lo perdido, la determinación de preservar la identidad, la esperanza en un futuro mejor— eso es universal.

Por eso este libro no es solo para judíos, y ciertamente no solo para sefardíes. Es para cualquiera que se haya preguntado de dónde viene. Para cualquiera que haya sentido esa necesidad de conectar con algo más grande que uno mismo, con una historia que empezó mucho antes de que naciéramos y continuará mucho después de que muramos.

Si sos descendiente de italianos en Argentina, tu historia es diferente pero el patrón es el mismo. Si sos descendiente de sirios en Brasil, de armenios en Uruguay, de chinos en Perú, el patrón es el

mismo. Todos somos el resultado de viajes imposibles y supervivencias improbables.

Y todos merecemos conocer esa historia. Porque es nuestra herencia. Porque nos define aunque no lo sepamos. Porque es hermosa y terrible y real.

Cuando comencé esta investigación, no sabía qué encontraría. Pensé que sería una curiosidad genealógica, una forma de ayudar a Daniela a resolver su misterio personal. No imaginé que terminaría escribiendo un libro. No imaginé que me transformaría de la manera en que lo hizo.

Porque ahora, cuando leo las noticias y veo refugiados huyendo de guerras, cruzando mares en botes precarios, arriesgando todo por la posibilidad de una vida mejor para sus hijos, no veo abstracciones. Veo a mis bisabuelos. Veo a Isaac y Mercedes, llegando a un puerto argentino sin hablar el idioma, sin conocer a nadie, con nada más que esperanza y determinación.

Cuando veo debates sobre inmigración, sobre identidad nacional, sobre quién “pertenece” a un lugar y quién no, pienso en mi propia historia. Soy argentino. Nadie duda de eso. Pero mis bisabuelos eran marroquíes. Mis ancestros antes de ellos eran españoles. y antes de eso, levantinos. ¿Dónde está mi “verdadero” hogar? ¿Cuál es mi “verdadera” identidad?

La respuesta, he aprendido, es que todas lo son. Soy todo eso y más. Soy el producto de cada migración, cada exilio, cada nuevo comienzo. Y lejos de ser una crisis de identidad, eso es una riqueza.

El pueblo judío ha sobrevivido durante tres mil quinientos años equilibrando dos imperativos aparentemente contradictorios: la integración en las sociedades donde vivimos y la preservación de una

identidad distinta. Cuando ese equilibrio se rompe —cuando nos asimilamos completamente o cuando nos aislamos completamente— corremos peligro.

Pero cuando lo mantenemos —cuando somos argentinos y judíos, venezolanos y sefardíes, estadounidenses y descendientes de Sefarad— creamos algo nuevo y hermoso. Somos puentes entre mundos. Somos traductores culturales. Somos la prueba viviente de que no tienes que elegir entre tu herencia y tu futuro.

La memoria de Sefarad, que durante siglos fue una herida abierta —la nostalgia dolorosa por un paraíso perdido que nunca podríamos recuperar— se transformó en algo nuevo en nuestra época. Se ha convertido en un puente cultural, en una fuente de orgullo y conexión.

Hoy, España ofrece ciudadanía a los descendientes de los judíos expulsados en 1492. Es un gesto simbólico más que práctico —pocos de nosotros necesitamos o queremos realmente mudarnos a España— pero el simbolismo importa. Es un reconocimiento de que lo que se hizo fue un error, una injusticia. Es una forma de cerrar una herida histórica.

Y mientras escribo estas líneas, pienso en Daniela. En su búsqueda que nos llevó a todos en este viaje.

La promesa que hice al principio era contar brevemente el desenlace de su historia. Después de meses de investigación compartida, después de construir ese árbol genealógico de más de mil quinientas personas, después de análisis de ADN y cruces de datos, finalmente encontramos a sus padres biológicos. Fue cuarenta y dos años después de que, siendo muy jóvenes y bajo presiones que nunca debieron enfrentar, fueron coaccionados a darla en adopción.

El reencuentro fue todo lo que uno podría esperar y temer: lágrimas, abrazos, palabras que no alcanzaban para expresar cuatro décadas de ausencia. No fue un final de cuento de hadas —las heridas de tanto tiempo no sanan instantáneamente— pero fue un cierre, una respuesta a la pregunta que había perseguido a Daniela: “¿De dónde vengo?”

Y en ese momento, en esa habitación cargada de emoción, estaba cristalizado todo lo que había aprendido sobre mi propia historia: que las familias pueden ser separadas pero no destruidas. Que los hilos pueden estirarse a través de décadas, de continentes, de abismos aparentemente insalvables, y aún así mantener su conexión.

Que el amor y la memoria son más fuertes que el tiempo y la distancia.

Y que siempre, siempre, vale la pena buscar de dónde venís. Porque solo cuando sabes de dónde venís puedes entender verdaderamente quién sos y, quizás, vislumbrar hacia dónde vas.

El hilo rojo continúa. Se extiende ahora hacia el futuro, hacia mis hijos y los hijos de mis primos, hacia generaciones que aún no han nacido pero que llevarán este apellido, esta historia, esta identidad compleja y hermosa.

Y si este libro logra algo, espero que sea esto: que inspire a otros a buscar sus propios hilos rojos, a trazar sus propias odiseas familiares, a descubrir las historias extraordinarias que se esconden en cada árbol genealógico.

Porque todos tenemos una historia que contar. Todos somos el producto de viajes épicos, de supervivencias improbables, de amores que cruzaron fronteras y de esperanzas que desafiaron la lógica.

Todos llevamos dentro el tapiz de un linaje.

Solo tenemos que tener el coraje de desenredarlo y mirarlo de frente.

Y cuando lo hacemos —cuando finalmente vemos ese tapiz completo, con todos sus colores y sus hilos entrelazados— entendemos algo fundamental: no estamos solos. Nunca estuvimos solos. Somos parte de algo mucho más grande que nosotros mismos.

Somos el hilo rojo.

Y el hilo rojo continúa.

Fuentes Citadas

1. El origen de los apellidos Dúviz, Naón, Rojas y Chocrón - Radio Sefarad, acceso: octubre 27, 2025

<https://www.radiosefarad.com/el-origen-de-los-apellidos-duviz-naon-rojas-y-chocron/>

2. www.radiosefarad.com, acceso: octubre 27, 2025

<https://www.radiosefarad.com/el-origen-de-los-apellidos-duviz-naon-rojas-y-chocron/#:~:text=Apellido%20de%20jud%C3%ADos%20y%20conversos,hebreo%2C%20de%20adom%2C%20rojo.>

3. Historia de los judíos en España - Wikipedia, la enciclopedia libre, acceso: octubre 27, 2025

https://es.wikipedia.org/wiki/Historia_de_los_jud%C3%ADos_en_Espa%C3%B1a

4. ESBOZO HISTÓRICO | Sefardiweb, acceso: octubre 27, 2025

<http://www.proyectos.cchs.csic.es/sefardiweb/node/9>

5. «Judíos» como región ancestral - Ancestry® Support, acceso: octubre 27, 2025

https://support.ancestry.com/s/article/European-Jewish-as-an-Ethnicity?language=es_US

6. Los descendientes vivos de los cananeos, identificados mediante... - National Geographic España, acceso: octubre 28, 2025

<https://historia.nationalgeographic.com.es/a/los-descendientes-vivos-de-los-cananeos-identificados-mediante-analisis-de-adn-de-3700-anos-de-antiguedad-24277>

7. Un test de ADN confirma que los fenicios eran un pueblo comerciante y no guerrero, acceso: octubre 28, 2025

<https://latunicadeneso.wordpress.com/2018/01/12/un-test-de-adn-confirma-que-los-fenicios-eran-un-pueblo-comerciante-y-no-guerrero/>

8. HISTORIA DE LOS JUDIOS EN ESPAÑA, acceso: octubre 28, 2025

<https://web.seducoahuila.gob.mx/biblioweb/upload/Anonimo%20-%20Historia%20De%20Los%20Judios%20En%20Espa%C3%B1a.pdf>

9. Judíos de Sefarad - Morasha, acceso: octubre 27, 2025

<https://www.morasha.com.br/es/comunidades-de-la-di%C3%A1spora/jud%C3%ADos-de-sefarad.html>

10. Sefardí - Wikipedia, la enciclopedia libre, acceso: octubre 27, 2025

<https://es.wikipedia.org/wiki/Sefard%C3%AD>

11. Puertos de expulsión de Judíos Sefardíes en el Mar Mediterráneo y costa sur del Atlántico en España, acceso: octubre 27, 2025

<https://europeanjewishquarters.wordpress.com/2023/03/08/puertos-de-expulsion-de-judios-sefardies-en-el-mar-mediterraneo-y-costa-sur-del-atlantico-en-espana/>

12. Expulsión de los judíos de España - Wikipedia, la enciclopedia libre, acceso: octubre 27, 2025

https://es.wikipedia.org/wiki/Expulsi%C3%B3n_de_los_jud%C3%ADos_de_Espa%C3%B1a

13. Sefarad - Judíos en la España medieval. Arqueología e Historia n.º9, acceso: octubre 27, 2025

<https://www.despertaferro-ediciones.com/revistas/numero/arqueologia-e-historia-n-09-sefarad/>

14. Sefardíes: características e historia de este conjunto de judíos - Psicología y Mente, acceso: octubre 27, 2025

<https://psicologiaymente.com/cultura/sefardies>

15. Los judíos de Sefarad - eSefarad, acceso: octubre 27, 2025

<https://esefarad.com/los-judios-de-sefarad/>

16. Las expulsiones judías de 1483 y 1492, acceso: octubre 27, 2025

<https://www2.ual.es/ideimand/las-expulsiones-judias-de-1483-y-1492/>

17. España se ocupa de los sefardíes 500 años después de expulsarlos - SWI swissinfo.ch, acceso: octubre 27, 2025

<https://www.swissinfo.ch/spa/espa%C3%B1a-se-ocupa-de-los-sefard%C3%ADes-500-a%C3%B1os-despu%C3%A9s-de-expulsarlos/41485432>

18. Diáspora sefardí - Wikipedia, la enciclopedia libre, acceso: octubre 27, 2025

https://es.wikipedia.org/wiki/Di%C3%A1spora_sefard%C3%AD

19. La herencia sefaradí de Tetuán - eSefarad, acceso: octubre 27, 2025

<https://esefarad.com/la-herencia-sefaradi-de-tetuan/>

20. Mellah: el barrio judío en las medinas de Marruecos. Reinterpretación del espacio de la minoría en la ciudad islámica - ResearchGate, acceso: octubre 27, 2025

https://www.researchgate.net/publication/326874652_Mellah_el_barrio_judio_en_las_medinas_de_Marruecos_Reinterpretacion_del_espacio_de_la_minoria_en_la_ciudad_islamica

21. La Mellah, el Barrio Judío de Marrakech - Barcelo.com, acceso: octubre 27, 2025

<https://www.barcelo.com/guia-turismo/es/marruecos/marrakech/que-ver/barrio-judio-de-marrakech/>

22. La Mellah y el Cementerio Judío de Marrakech - El Mundo con Ella, acceso: octubre 27, 2025

<https://www.elmundoconella.com/marruecos/la-mellah-y-el-cementerio-judio-de-marrakech/>

23. Full article: Jewish Tetouan: place, community, and ethnic boundaries from the Minutes Book of the community board, 1929-46, acceso: octubre 27, 2025

<https://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/1462169X.2021.1993543>

24. La comunidad judía de Tetuán (1881-1940) - Revistas Científicas UNED, acceso: octubre 27, 2025

<https://revistas.uned.es/index.php/ETFV/article/download/3025/2885/6313>

25. Historia de los judíos en Marruecos - Wikipedia, la enciclopedia libre, acceso: octubre 27, 2025

https://es.wikipedia.org/wiki/Historia_de_los_jud%C3%ADos_en_Marruecos

26. Jaquetía | Sergio Barce, acceso: octubre 27, 2025

<https://sergiobarce.blog/tag/jaquetia/>

27. La Vida en Haketia, para que no se pierda» de y por Solly Levy - eSefarad, acceso: octubre 27, 2025

<https://esefarad.com/lavidaenhaketia>

28. Los judeomarroquíes en Sudamérica: una experiencia migratoria singular - Acta Académica, acceso: octubre 27, 2025

<https://www.aacademica.org/000-028/95.pdf>

29. Las diversas corrientes migratorias marroquíes a la Argentina - 1870/1965 - Asociación Uruguay de Historia Económica, acceso: octubre 27, 2025

https://www.audhe.org.uy/Jornadas_Internacionales_Hist_Econ/III_Jornadas/Simposios_III/25/Epstein%20Diana.pdf

30. Inmigración Judía a la Argentina - AMIA | Comunidad Judía, acceso: octubre 27, 2025

<https://www.amia.org.ar/2019/02/22/inmigracion-judia-a-la-argentina/>

31. Haplogrupos: La huella de un gran viaje - ADNTRO, acceso: octubre 27, 2025

<https://adntro.com/es/blog/ancestria/haplogrupos-la-huella-de-un-gran-viaje/>

32. 76 % de ADN judío para un marroquí no judío (con foto). ¿Alguna teoría? : r/AncestryDNA, acceso: octubre 27, 2025

https://www.reddit.com/r/AncestryDNA/comments/1gjocnb/76_jewish_dna_for_nonjewish_moroccan_with_picture/?tl=es-es

33. Haplogrupo E (ADN-Y) - Wikipedia, la enciclopedia libre, acceso: octubre 27, 2025

[https://es.wikipedia.org/wiki/Haplogrupo_E_\(ADN-Y\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Haplogrupo_E_(ADN-Y))

34. Evidencia de ADN de un asentamiento judío croata y sefardí en la costa de Carolina del Norte que data de mediados a finales del siglo XVI - eSefarad, acceso: octubre 27, 2025

<https://esefarad.com/evidencia-de-adn-de-un-asentamiento-judio-croata-y-sefardi-en-la-costa-de-carolina-del-norte-que-data-de-mediados-a-finales-del-siglo-xvi/>

35. Vista de Marroquíes de origen judío en Argentina. Cohesión y dispersión comunitaria, acceso: octubre 27, 2025

<https://revele.uncoma.edu.ar/index.php/historia/article/view/81/79>

36. Sefaradís en los Barrios de Buenos Aires por Jose Menascé - eSefarad, acceso: octubre 27, 2025

<https://esefarad.com/sefaradies-en-los-barrios-de-buenos-aires-por-jose-menasce/>

37. ARGENTINA: INMIGRACIÓN DE JUDÍOS MARROQUÍES
- Milim Cultural, acceso: octubre 27, 2025

<https://milimcultural.com.ar/argentina-inmigracion-de-judios-marroquies/>

38. Una historia en la que reconocernos: el caso de la diáspora
judía hispano-marroquí, acceso: octubre 27, 2025

https://www.youtube.com/watch?v=F2yo_2tWyIs

39. Inmigración sefaradita a Argentina (de habla árabe) - Diario
Judío México, acceso: octubre 27, 2025

<https://diariojudio.com/opinion/inmigracion-sefaradita-a-argentina-de-habla-arabe/21088/>

40. Nostalgia y conciencia histórica en la diáspora sefardí del norte
de Marruecos a Venezuela (siglo XX) - Dialnet, acceso: octubre 28, 2025

<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/9285608.pdf>

41. Los sefaradíes en la independencia de Venezuela - eSefarad,
acceso: octubre 28, 2025

<https://esefarad.com/los-sefaradies-en-la-independencia-de-venezuela/>

42. Historia de los judíos en Venezuela - Wikipedia, la enciclopedia
libre, acceso: octubre 28, 2025

https://es.wikipedia.org/wiki/Historia_de_los_jud%C3%ADos_en_Venezuela

43. Judíos guayaníes de Venezuela, acceso: octubre 28, 2025

https://www.mercaba.es/prensa/judios_guayanies_de_venezuela.htm

44. Judíos de Marruecos - Wikipedia, la enciclopedia libre, acceso: octubre 28, 2025

https://es.wikipedia.org/wiki/Jud%C3%ADos_de_Marruecos

45. La diversidad ha definido durante mucho tiempo a la comunidad judía de EE. UU., acceso: octubre 28, 2025

<https://archive-share.america.gov/es/la-diversidad-ha-definido-durante-mucho-tiempo-a-la-comunidad-judia-de-ee-uu/>

46. La influencia sefardí en los Estados Unidos - Ministerio de Economía, Comercio y Empresa, acceso: octubre 28, 2025

https://portal.mineco.gob.es/es-es/ministerio/publicaciones/papel/Paginas/La_influencia_sefardi_en_los_Estados_Unidos.aspx

47. Judíos en EE.UU. – 350 años - Revista Morashá, acceso: octubre 28, 2025

<https://www.morasha.com.br/es/comunidades-de-la-di%C3%A1spora/Jud%C3%ADos-en-Estados-Unidos-350-a%C3%B1os..html>

48. Historia de los judíos en Estados Unidos - Wikipedia, la enciclopedia libre, acceso: octubre 28, 2025

https://es.wikipedia.org/wiki/Historia_de_los_jud%C3%ADos_en_Estados_Unidos

49. la iNMigRACiÓN JudÍA EN - Historia Mexicana, acceso: octubre 28, 2025

<https://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/article/download/1784/1602>

50. Los judíos en Argentina — Google Arts & Culture, acceso: octubre 27, 2025

<https://www.google.com/culturalinstitute/beta/u/o/exhibit/los-jud%C3%ADos-en-argentina/AQoRjNFS?hl=es-419>

51. Isaac Chocrón - Wikipedia, la enciclopedia libre, acceso: octubre 27, 2025

https://es.wikipedia.org/wiki/Isaac_Chocr%C3%B3n

52. Isaac Chocrón, uno de los grandes intelectuales venezolanos del siglo XX - Otilca Radio, acceso: octubre 27, 2025

<https://radio.otilca.org/isaac-chocron-uno-de-los-grandes-intelectuales-venezolanos-del-siglo-xx/>

53. Alejandro Chocrón - Junior Achievement Argentina, acceso: octubre 27, 2025

<https://junior.org.ar/staff/alejandro-chocron/>

54. La influencia de la época medieval sobre el judaísmo actual - Dialnet, acceso: octubre 28, 2025

<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/7351959.pdf>

55. El 12 de octubre de 1492: cuando Colón llegó por primera vez a América - National Geographic España, acceso: octubre 28, 2025

https://historia.nationalgeographic.com.es/a/descubrimiento-america-12-octubre-1492_10778

56. Gobernar es poblar - Red de estudios sobre el peronismo, acceso: octubre 28, 2025

<https://redesperonismo.org/wp-content/uploads/2019/03/Zabaleta.pdf>

57. Los judíos en la Rusia del siglo XX - ADDI EHU, acceso: octubre 28, 2025

https://addi.ehu.es/bitstream/handle/10810/43402/TFG_Mato.pdf?sequence

=1

58. JCA (Jewish Colonization Association), Argentina - The National Library of Israel, acceso: octubre 28, 2025

https://www.nli.org.il/en/archives/nnl_cahjp990042734440205171/NLI

59. La construcción de la identidad étnica: el caso judío Ashkenazi en la Argentina - Revistas INAH, acceso: octubre 28, 2025

<https://revistas.inah.gob.mx/index.php/cuicuilco/article/download/19409/20823/41439>

60. Echoes from Sepharad: signatures on the maternal gene pool of crypto-Jews - PubMed Central, acceso: febrero 19, 2025

<https://pmc.ncbi.nlm.nih.gov/articles/PMC4402619/>

61. Los movimientos antijudíos del siglo XIV en la Península Ibérica. Los asaltos de 1391 - Universidad de Barcelona, acceso: febrero 19, 2025

https://diposit.ub.edu/dspace/bitstream/2445/119613/1/TFG_Aranda%20Car-denete%2C%20Antonia.pdf

62. Peste negra y judíos: una panorámica general acerca de la incidencia de la epidemia - Universidad de La Laguna, acceso: febrero 19, 2025

<https://www.ull.es/revistas/index.php/cemyr/article/download/5033/3419/>

63. Los otros estragos de la peste negra: la caza de judíos en Estrasburgo en 1349 - National Geographic España, acceso: febrero 19, 2025

<https://historia.nationalgeographic.com.es/a/los-otros-estragos-de-la-peste-negra-la-caza-de-judios-en-estrasburgo-en-1349-17689>

64. La surrealista historia científica detrás del verdadero origen de Cristóbal Colón - El Confidencial, acceso: febrero 19, 2025

https://www.elconfidencial.com/tecnologia/ciencia/2024-10-13/cristobal-colon-judio-rtve-documental-granada-genoves_3981601/

65. Teorías sobre el origen de Cristóbal Colón - Wikipedia, acceso: febrero 19, 2025

https://es.wikipedia.org/wiki/Teor%C3%ADas_sobre_el_origen_de_Crist%C3%B3bal_Col%C3%B3n

66. La guerra de África (1859-1860) - Museo Zumalakarregi, acceso: febrero 19, 2025

<https://www.zumalakarregimuseoa.eus/es/actividades/investigacion-y-documentacion/la-guerra-de-africa-1859-1860-nueva/guerra-de-africa-1859-1860>

67. Pogrome von Oujda und Jerada - Wikipedia (alemán), acceso: febrero 19, 2025

https://de.wikipedia.org/wiki/Pogrome_von_Oujda_und_Jerada

68. Alliance Israélite Universelle - Jewish Virtual Library, acceso: febrero 19, 2025

<https://www.jewishvirtuallibrary.org/alliance-israelite-universelle>

69. Alliance Israélite Universelle - Wikipedia (inglés), acceso: febrero 19, 2025

https://en.wikipedia.org/wiki/Alliance_Isra%C3%A9lite_Universelle

70. Batalla de Tetuán - Wikipedia, acceso: febrero 19, 2025

https://es.wikipedia.org/wiki/Batalla_de_Tetu%C3%A1n

71. La guerra de Africa (1859-1860). Una revisión - Revistas Marcial Pons, acceso: febrero 19, 2025

<https://www.revistasmarcialpons.es/revistaayer/article/download/serrallonga-la-guerra-de-africa/3010/7388>

72. Ley de nacionalidad española para los sefardíes - Wikipedia, acceso: febrero 19, 2025

https://es.wikipedia.org/wiki/Ley_de_nacionalidad_espa%C3%Biola_para_los_sefard%C3%ADes

73. Sephardic signature in haplogroup T mitochondrial DNA - PubMed, acceso: febrero 19, 2025

<https://pubmed.ncbi.nlm.nih.gov/22108605/>

74. Las Bases de una Nación: Cuando Alberdi Pensó la Argentina del Futuro - Roberto Arnaiz, acceso: febrero 19, 2025

<https://www.robertoarnaiz.com/post/las-bases-de-una-naci%C3%B3n-cuando-alberdi-pens%C3%B3-la-argentina-del-futuro>

75. Gran Templo Piedras - ACILBA, acceso: febrero 19, 2025

<https://acilba.org/gran-templo-piedras/>

76. Jewish arrival in New Amsterdam - Wikipedia (inglés), acceso: febrero 19, 2025

https://en.wikipedia.org/wiki/Jewish_arrival_in_New_Amsterdam

77. History of the Jews in Venezuela - Wikipedia (inglés), acceso: febrero 19, 2025

https://en.wikipedia.org/wiki/History_of_the_Jews_in_Venezuela

78. Los judíos de Barcelona, Venezuela - Sfarad.es, acceso: febrero 19, 2025

<https://www.sfarad.es/los-judios-de-barcelona-venezuela/>

79. Émeutes d'Oujda et de Jerada - Wikipedia (francés), acceso: febrero 19, 2025

https://fr.wikipedia.org/wiki/%C3%89meutes_d%27Oujda_et_de_Jerada

80. Ley 12/2015, de 24 de junio, en materia de concesión de la nacionalidad española a los sefardíes - BOE, acceso: febrero 19, 2025

<https://www.boe.es/buscar/act.php?id=BOE-A-2015-7045>

81. Ley 12/2015 en materia de concesión de la nacionalidad española - Ministerio de Asuntos Exteriores, acceso: febrero 19, 2025

https://www.exteriores.gob.es/Embajadas/budapest/es/Comunicacion/Noticias/Paginas/Articulos/20151126_NOT2.aspx

82. Mimuna - Wikipedia, la enciclopedia libre, acceso: febrero 19, 2025

<https://es.wikipedia.org/wiki/Mimuna>

83. La noche de Mimuna o de buena fortuna - Enlace Judío, acceso: febrero 19, 2025

<https://www.enlacejudio.com/2017/04/22/la-noche-mimuna-buena-fortuna/>

84. Mimuna, la fiesta marroquí que se celebra cuando termina Pé'saj - Aish Latino, acceso: febrero 19, 2025

<https://aishlatino.com/mimuna-la-fieta-marroqui-que-se-celebra-cuando-termina-pesaj/>

85. La construcción de la identidad étnica: el caso judío Ashkenazi en la Argentina - Revistas INAH, acceso: octubre 28, 2025

<https://revistas.inah.gob.mx/index.php/cuicuilco/article/download/19409/20823/41439>

86. Los judíos de Barcelona, Venezuela - Sfarad.es, acceso: febrero 19, 2025

<https://www.sfarad.es/los-judios-de-barcelona-venezuela/>

EL RASTRO DEL HILO

EL HILO ROJO · UNA HISTORIA SEFARDÍ

«El Hilo Rojo» es una crónica personal y una profunda investigación histórica que comienza con la búsqueda de identidad de una prima lejana del autor. Lo que se inicia como una ayuda genealógica se transforma en una odisea que desentraña la milenaria historia del linaje **Chocrón**, cuyo apellido árabe significa «pelirrojo».

Este «hilo rojo» traza el viaje de la familia desde sus orígenes en el antiguo Levante, pasando por la Edad de Oro en Al-Andalus, el trauma de la Expulsión de 1492, la vida en las mellahs de Marruecos y, finalmente, la inmigración a Argentina.

Combinando memoria, historia y revelaciones de ADN, este libro es un testimonio de la resiliencia sefardí y un conmovedor mapa de

